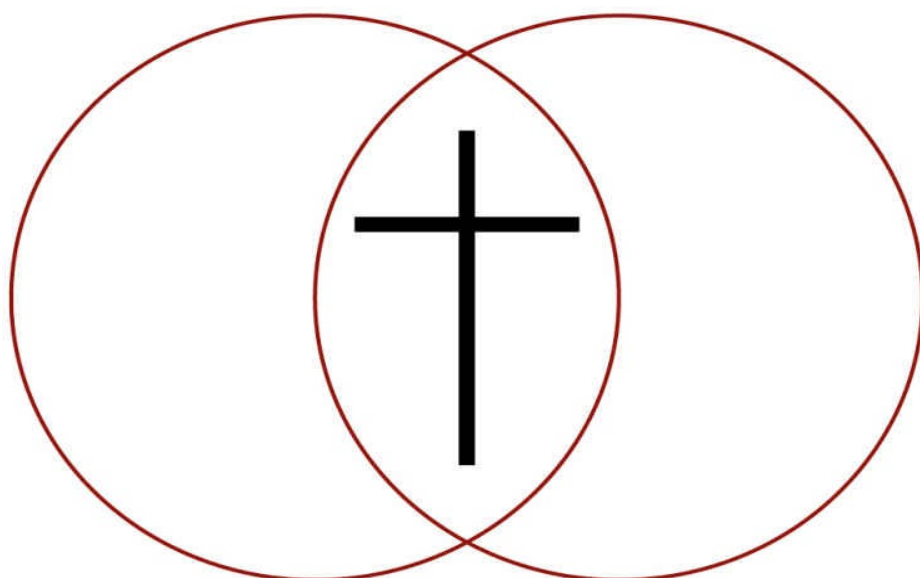


Prólogo por Tedd Tripp

AMANDO A TU ESPOSA

*como Cristo
ama a la iglesia*



Larry E. McCall

**AMANDO
A TU ESPOSA**
*como Cristo
ama a la iglesia*

Larry E. McCall

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#ComoCristoAma

Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia

Larry E. McCall

© 2020 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *Loving Your Wife As Christ Loves the Church* © 2009 por Larry E. McCall.

Publicado por BMH Books, Winona Lake, IN 46590 USA. www.bmhbooks.com

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation; las citas marcadas con la sigla RVC, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011, por Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

SDG

Dedicatoria

Dedico humildemente y con gratitud este libro
a los más grandes amores de mi vida:

A Gladine,

quien capturó mi corazón cuando era un adolescente
por su pasión por conocer a Cristo y darlo a conocer.

¡Eres demasiado hermosa!

Gracias por decir que sí

a ser mi esposa desde

ese hermoso día en 1975.

Eres un regalo de Dios para mí.

Al Señor Jesucristo,

“quien me amó y dio Su vida por mí” (Gálatas 2:20).

Tu amor es mayor que todos los otros.

Que seas honrado en la medida en que

los hombres que leen este libro

reflexionan en el amor que tienes

por Tu novia, la iglesia.

Contenido

Prólogo

Introducción

Capítulos

1. El Esposo perfecto
2. Un amor predeterminado
3. Un amor sin par, parte 1
4. Un amor sin par, parte 2
5. Un amor práctico
6. Un amor protector
7. Un amor con propósito
8. Un amor proveedor
9. Un amor con pasión
10. Un amor que pide y ora
11. Un amor que purifica
12. Un amor que perdona
13. Un amor que persevera

Los desafíos y las recompensas de un amor como el de Cristo

Apéndices

- A. Una relación personal con Dios
- B. Para el hombre con una esposa inconversa
- C. Para el hombre con un matrimonio particularmente difícil

D. Iniciando un grupo de rendición de cuentas para hombres

Reconocimientos Notas

Prólogo

Todos hemos recibido ciertas normas culturales: ideas que encuentran su lugar en el consenso común. Por ejemplo, muchos hombres creen que el romance es la clave del matrimonio. Se escriben libros que nos dicen cómo levantar un poco de romance. Los hombres piensan frecuentemente que son demasiado prácticos y que necesitan aprender a ser más románticos y sensibles con sus esposas.

Sin embargo, desde el punto de vista de la Biblia, la clave del matrimonio es la adoración. Ser esposos piadosos no inicia con amar a tu esposa, inicia con amar a Dios. La verdad de que un hombre debe amar a su esposa “como Cristo ama la iglesia” es una joya de verdad que brilla como diamante en Efesios 5. McCall saca este diamante del texto y a través de una exposición clara y exhaustiva muestra las diversas facetas de lo que significa amar como Cristo.

El corazón del lector será movido a la doxología por el incomparable amor de Cristo por la iglesia. Amar y adorar a Dios siempre lleva al cristiano a amar a los demás. Su punto de inicio es la adoración: es el amor de Cristo. Al enfatizar el amor de Cristo por la iglesia, el autor quita el enfoque de nosotros mismos y de nuestras esposas, y lo coloca en Cristo y en Su amor eterno por Su novia. Las diversas facetas del multicolor amor de Cristo por Su novia forman la base de los capítulos de *Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia*.

Si bien hay gran valor en ver el amor de Cristo como el estándar de nuestro llamado como esposos, la perfección de Cristo es bastante intimidante. Es aquí donde brilla el corazón pastoral de Larry McCall. Su libro está lleno de gracia para los esposos como yo que no aman como deberían. Y está lleno del poder y de la autoridad del evangelio. No necesitamos mirarnos a nosotros mismos y a nuestras debilidades y fracasos para encontrar la fortaleza que necesitamos. Al hacerlo, solo terminamos más orgullosos e hipócritas. Este libro nos lleva a Cristo para encontrar gracia, poder, sabiduría, comprensión, percepción, valentía y coraje para amar como Cristo amó.

Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia es una lectura sumamente placentera. Merece un espacio como libro de estudio para grupos de hombres. El amor de McCall por Dios y por su esposa Gladine se hace presente en cada página.

— **Dr. Tedd Tripp**, pastor, conferencista,
autor de *Cómo pastorear el corazón de tu hijo*.

Introducción

Ryan, que tenía la vista puesta en sus zapatos, levantó la mirada. Con un tono que no pude descifrar (¿dolor? ¿ira? ¿actitud defensiva?), comenzó a decirme: “Pero es que no sé cómo amar a mi esposa. Nunca tuve un buen ejemplo. Mis padres se separaron cuando yo tenía nueve años, y mi papá nunca sacó tiempo para mí”. En caso de que yo no hubiera entendido bien, Ryan repitió: “Es que no sé cómo amar a mi esposa. Nadie nunca me enseñó a hacerlo”.

Después de haber pasado pocos años casado, años que a Ryan le parecieron aceptables e incluso buenos, su esposa Abby¹ se volvió antipática y comenzó a alejarse; puede que estuviera deprimida. Un día, Ryan logró reunir el suficiente valor para preguntarle: “¿Qué te pasa Abby? Parece que nunca estás feliz”.

“No lo sé, Ryan —dijo Abby—. Estar casada contigo no ha resultado ser lo que pensaba. Trabajas por largas horas, llegas a casa, comes y no me hablas, duras horas frente al televisor, luego te acuestas después de que yo ya me dormí, y te levantas al otro día y haces lo mismo. La verdad no me siento amada, Ryan”.

No era lo que Ryan quería escuchar pero, en su desesperación, aceptó que Abby agendara una cita de consejería conmigo. Ahora, aquí estaban en su primera reunión conmigo, su pastor. En respuesta a mis preguntas que buscaban aclarar por qué habían venido, Abby lo dijo de una vez: “Ya no me siento amada por Ryan”.

Luego de unos momentos de silencio incómodo, miré a Ryan y le pregunté: “Ryan, ¿la amas?”.

Ryan me dijo que amaba a Abby desde que estaban en el último año de bachillerato.

Sin embargo, claramente Abby no se sentía amada en este momento. Por duro que fuera admitirlo, Ryan sabía que había serios problemas con el trato a su esposa. Pero él sentía que necesitaba entender la razón. Abby también necesitaba entenderla. Él tenía una buena razón para no saber cómo amar a su esposa.

Nosotros los hombres somos criaturas interesantes, ¿no? Tendemos a ser atraídos por aquellas cosas en las que nos sentimos competentes. ¿Somos buenos jugando al fútbol? Tendemos a sacar tiempo para poder jugar con compañeros en una cancha que nos quede cerca. Y nos encanta decir todo tipo de cosas con tal de recordarles cuán buenos somos en el deporte.

¿Somos buenos manipulando cosas mecánicas? Entonces no nos cuesta pasar horas y horas de nuestro tiempo libre trabajando en nuestro carro o motocicleta.

¿Te encanta la historia? Entonces consigues una suscripción a History Channel y pasas horas viviendo de manera indirecta las guerras de generaciones pasadas.

Por otro lado, nada nos asusta más que el hecho de que se revelen nuestras incompetencias. Si eres mejor viendo los partidos por televisión que jugándolos, probablemente prefieras hablar de algún campeonato con tus amigos, pero ¡difícilmente te verán en la cancha!

¿No sabes distinguir entre una bujía y el radiador? Pues llamas al mecánico para que haga lo que sea necesario.

¿Piensas que *Desert Fox* se refiere a algún animal? Olvídate del History Channel y quédate con Animal Planet.

Ahora bien, aunque nos interese a muchos de nosotros discutir de fútbol o de historia, es tiempo de hablar del matrimonio. Hablemos de *cómo ser esposos*. ¿Se te subió un poco la ansiedad al leer eso? ¿Por qué crees que es? La verdad es que son pocos los que se sienten competentes en el tema de ser buenos maridos. Y a los que están seguros de serlo ¡les haría bien tener una conversación honesta con sus esposas!

Como nos sentimos tan incompetentes en esta área, usualmente no tratamos el asunto. No queremos que nuestras incompetencias salgan a relucir. Es más seguro hablar acerca de nuestros trabajos, o de deportes, o de mecánica o de historia. Así que invertimos nuestro tiempo en actividades de recreación, sentados frente al televisor o leyendo de temas más cómodos. Nos atemoriza hablar seriamente (sin bromas) sobre el matrimonio en general y sobre nuestro rol como esposos en particular. Es por eso que la gran mayoría de las parejas que van a conferencias sobre el matrimonio lo hacen por la iniciativa (o los ruegos) de la esposa, no del esposo. Y es por eso que la gran mayoría de libros sobre el matrimonio son comprados por mujeres, no por hombres.

Pero... tú estás leyendo este libro, ¿no es cierto? Y es para esposos. Quiero felicitarte y animarte. Ya haya sido por tu propia iniciativa o por el ánimo de un amigo confiable (o tal vez de tu esposa), has decidido leer *Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia*. Todos los hombres casados (y los que anticipan casarse) pueden beneficiarse de leer este libro. Ya sea que hayas recién regresado de tu luna de miel o que estés celebrando tus bodas de oro, estudiar este libro te va a ayudar a encontrar aspectos del amor de Cristo por la iglesia que pueden formar tu amor por tu esposa.

Si estás comprometido, tal vez tu pastor o consejero te ha asignado este libro como tarea, como parte de tu consejería prematrimonial. Yo oro para

que Dios use este libro como ayuda para que bendigas a tu futura esposa con un amor como el de Cristo.

Sin importar dónde estés en este recorrido, yo te animaría fuertemente a observar el índice y a dejar este libro de lado. Empieza a contactar a algunos de tus amigos casados y pregúntales si están dispuestos a estudiar este libro juntos como un grupo de rendición de cuentas. Tengo el presentimiento de que aquellos que le van a sacar más provecho a este libro serán los que se reúnan como un grupo de hermanos en Cristo. Si te interesa iniciar un grupo de rendición de cuentas, pero necesitas algunos consejos, revisa el apéndice D.

Como señal de respeto a ti y a la valentía que has tenido al tratar un tema tan significativo, debo dejar esto bien en claro:

Este libro está basado en la Biblia. *Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia* está fundamentado en la premisa de que la institución del matrimonio es creación de Dios. El establecimiento del matrimonio no nace de la idea pragmática de ninguna cultura en particular ni de la sociedad en general. Dios mismo determinó que “No es bueno que el hombre esté solo” (Génesis 2:18). Dios mismo diseñó a Eva específicamente para completar a Adán como su mujer. Y Dios mismo diseñó la primera ceremonia de boda, presentándole a Adán a su esposa recién formada, para que él se alegrara (Génesis 2:22-24).

Dado que Dios diseñó el matrimonio, debemos depender de Su libro, la Biblia, para que nos explique los propósitos, los roles y las relaciones que Él desea. *Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia* está basado, entonces, no en los conceptos cambiantes de la psicología o la sociología centrada en el hombre, sino en la inerrante e inmutable Palabra de Dios.

Este libro está centrado en Cristo. De diversas maneras, este libro trata de Él. Aun aquellos que no se han casado son bendecidos cuando contemplan cuánto ama Jesucristo a Su iglesia, que somos nosotros. Y

entender el amor de Cristo por la iglesia, Su novia, es el punto de partida de cada esposo para que pueda amar a su esposa. Cristo es nuestro modelo. Estudiarlo a Él y estudiar Su amor por la iglesia es crucial en el ministerio del amor. Si Cristo es el modelo, nosotros somos los espejos. La manera en que reflejamos a Cristo cuando amamos a nuestras esposas hace que otros se interesen en conocer al Salvador. De hecho, esto aumenta las expectativas aún más en nuestro ministerio como maridos. No queremos ser un mal reflejo de Cristo delante del mundo, ¿o sí?

Este libro promueve la gracia. No hay manera de hacer esto en nuestras propias fuerzas. *Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia* no es un libro de “haz tu mejor esfuerzo y dale con todo”. Somos absolutamente dependientes de la gracia de nuestro Señor Jesucristo para cumplir con este asombroso ministerio de amar a nuestras esposas. Y, bendito sea Su nombre, Él nos da mayor gracia para amar a nuestras esposas. “Nosotros amamos porque Él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Así que, si empezamos a sentirnos desesperanzados y desamparados cuando comenzamos a considerar todo lo que involucra amar a nuestras esposas, necesitamos hacer una pausa y mirar atrás: mirar a la cruz. Su gracia es suficiente para nosotros (2 Corintios 12:9).

Volvamos a la sesión de consejería de Ryan y Abby. Al tener bastante experiencia del cuidado de matrimonios de nuestra iglesia, me di cuenta de que este joven esposo necesitaba esperanza. ¿Qué tan incapacitado se encontraba Ryan por no haber tenido un padre que le mostrara cómo ser un marido piadoso? ¿Tendría Ryan que vivir cojeando sin alcanzar su potencial debido a la falta de un mentor piadoso en su vida?

Yo sonreí. “Ryan, te tengo excelentes noticias. Quiero mostrarte al mentor de todos los mentores. Él te mostrará cómo amar a Abby. Permíteme mostrarte al Esposo ejemplar”. Al decir eso, abrí mi Biblia y les leí: “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se

entregó por ella” (Efesios 5:25). “Ryan —le dije— en las próximas semanas vamos a encontrar la ayuda que necesitas (la misma ayuda que yo necesito) para saber cómo amar a las preciosas esposas que el Señor nos ha dado. Queremos aprender a amar a nuestras esposas como Cristo ama la iglesia. Aprendamos juntos del Esposo perfecto”.

Preguntas para el diálogo²

1. En el tema de cómo ser esposo, ¿qué modelos humanos has tenido en tu vida? ¿De qué maneras te impactaron positivamente? ¿De qué maneras negativamente?
2. ¿De qué maneras esperas crecer como esposo por leer y dialogar este libro?
3. De manera honesta y pausada, lee 1 Corintios 13:4-7, sustituyendo la palabra amor por tu nombre. Luego, responde las siguientes preguntas en cuanto a la relación con tu esposa: ¿Cuáles atributos del amor parecen extraños cuando insertas tu nombre? ¿De qué maneras Dios te está llamando a cambiar?

Pasos de acción

1. Toma los primeros pasos hacia la formación de un grupo de rendición de cuentas. (Puedes ir al Apéndice D para obtener ideas de cómo iniciar uno). ¿Cuáles son algunas metas y planes que pudieras considerar para tu grupo a medida que leen y dialogan juntos este libro? Por ejemplo, ¿dónde y cuándo se reunirán? ¿Quisieran dialogar un capítulo cada vez que estén juntos? ¿Cuáles serán las reglas de confidencialidad?
2. Ora por ti y por los miembros de tu grupo, pidiéndole al Señor que le dé a cada uno humildad y esperanza mientras buscan juntos crecer como reflejos del amor de Cristo por sus esposas.
3. Pónganse de acuerdo en cuanto a la fecha de la próxima reunión y las maneras en que van a prepararse para compartir ese tiempo

juntos.

El Esposo perfecto

Es difícil hacer algo cuando nunca te han dicho cómo hacerlo, ¿cierto? Cuando hay mucho en juego y el costo de fallar es significativo, tratar de cumplir una tarea importante sin tener un modelo que te ayude te podría abrumar. Porque ¿qué misión es más importante para un hombre casado que ser esposo? ¿Sientes que tienes el control de tus responsabilidades *como marido* de tu esposa?

A solo horas de firmar el contrato para escribir este libro para esposos, me sentí abrumado por sentimientos de insuficiencia. ¿En qué me metí? Aunque mi esposa Gladine y yo tenemos más de 30 años de casados, de repente sentí que pertenecía al preescolar de la escuela matrimonial. “Señor, ¡muéstrame cómo ser marido de esta preciosa hija tuya!”.

Al hablar hace poco en una conferencia sobre el tema de las relaciones, le pregunté a los hombres que estaban ahí: “¿Cuántos de ustedes crecieron en un hogar con un papá que les mostró con su ejemplo cómo ser un esposo piadoso?”.

No es de sorprender que solo unos pocos levantamos nuestras manos. Pero creo firmemente que los hombres cristianos quieren ser el tipo de esposos que traen una sonrisa al rostro del Maestro y que se han ganado el respeto agradecido de sus esposas.

Pero ¿cómo podemos aprender? Sería bueno tener más modelos, ¿verdad?

Nosotros no somos la primera generación que creció sin buenos ejemplos de maridos que agradan a Dios. En el primer siglo, los hombres se convertían a Cristo desde un trasfondo griego, romano o judío sin tener una idea clara de cómo ser los esposos que Dios quería que fueran. Dios, en Su gracia, movió al apóstol Pablo a escribir: “Esposos, amen a sus esposas, *así como Cristo amó a la iglesia* y se entregó por ella” (Efesios 2:25, énfasis añadido). A través de esas palabras, los hombres cristianos en todas las culturas y por todas las generaciones tienen el mismo modelo. Jesucristo sirve como el Ejemplo para todos los esposos en todo lugar. Él es el Esposo perfecto.

Un gran misterio

¿Has pensado alguna vez en Jesús como esposo? Es muy probable que la mayoría de las personas no lo haya pensado. Después de todo, Él era soltero, ¿no es cierto? Y si bien estuvo 33 años en la tierra de manera física, nunca se casó. Sin embargo, en Efesios 5:25-33, Pablo presenta a Jesús como un esposo y a la iglesia como Su esposa. De hecho, en el versículo 32, Pablo dice: “Esto es un misterio profundo; yo me refiero a Cristo y a la iglesia”. No sé qué viene a tu mente al hablar de *misterio*, pero esa palabra es usada en la Biblia de una manera muy diferente a como la usamos hoy en películas o en novelas. Como explica el pastor británico D. Martyn Lloyd-Jones: “Gracias a Dios, el término ‘Misterio’ en el Nuevo Testamento no significa algo que no puede ser entendido. ‘Misterio’ significa algo que es inasequible a una mente sin ayuda, sin importar cuán grandiosa sea esa mente”.¹

Así que *misterio* no significa algo imposible de conocer, sino más bien algo que no puede ser conocido por los seres humanos a menos que Dios decida quitar la cortina y revelarlo.

El académico del Nuevo Testamento, Harold Hoehner, lo esclarece de esta manera: “[Un] misterio... es algo que estaba escondido en Dios y que los humanos no podrían comprender por su propia inteligencia ni su propio estudio, sino que es algo revelado por Dios para que los creyentes puedan entenderlo”.²

Lo que no era visto en tiempos del Antiguo Testamento, pero ahora ha sido revelado por el apóstol Pablo, es que Cristo es el esposo de Su esposa, la Iglesia. El predicador y autor John Piper dice: “El matrimonio es una metáfora, imagen, foto, parábola o modelo de algo mayor al hecho de un hombre y una mujer convirtiéndose en una sola carne. Representa la relación entre Cristo y la iglesia. Ese es el significado más profundo del

matrimonio. Debe ser un retrato vivo de la relación entre el amor de Cristo y el amor de la iglesia, el uno con el otro”.³

Esto lo hace más importante. Debemos estudiar a Cristo como el Esposo ejemplar para no solo tener matrimonios más felices, sino para poder reflejar mejor a Cristo. Nuestros matrimonios, si bien son imperfectos, son una imagen –un retrato vivo– para el mundo de la relación de amor entre Cristo y la iglesia.

Hasta cierto punto, lo que el mundo piense de Cristo y la iglesia dependerá de lo que vea en nosotros. Ellos verán nuestros matrimonios y verán cómo reflejan la relación de Cristo con Su iglesia como el prototipo máximo del matrimonio. Enfocarnos en el estudio de Cristo como el Esposo perfecto hará fructificar no solo en nuestros matrimonios, sino también la manera en como captamos la atención de la gente para que vean a Cristo. Hombres: ¡esa es nuestra misión!

Entonces, ¿qué podemos aprender de Cristo, el Esposo perfecto? Como fundamento, *el amor que tiene* por Su novia. El Espíritu Santo pudiera haberse enfocado en la autoridad de Cristo como Cabeza de la iglesia.⁴ La doctrina sería correcta... y ¡hubiera alimentado a los hombres deseosos de poder! Aunque Pablo menciona al hombre como cabeza cuando aconseja a las esposas en Efesios 5:23 (“Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es Su cuerpo”), su mandato a los esposos se enfoca más bien en el amor de Cristo por Su novia. Esto tiene implicaciones significativas.

¿Acaso Dios enfoca nuestra atención en las dinámicas del amor de Cristo por la iglesia porque Él sabe cuánto necesitamos los hombres este recordatorio?

Ejercer autoridad bien puede proceder naturalmente de los hombres, pero el amor –el tipo de amor que Cristo demuestra– debe surgir deliberadamente cuando elegimos seguir a nuestro Señor, dependiendo

siempre de Su gracia. Amar de una manera que refleje a Cristo va en contra de la carnalidad, requiriéndonos que miremos una y otra vez a nuestro Salvador y a Su gracia gratuita. Y ese es justo el lugar donde Él nos quiere: dependiendo y disfrutando de Su gracia en el contexto cotidiano de nuestros matrimonios.

Un gran modelo

En la imagen que nos muestra Efesios 5:25-33, ¿cuáles son algunas de las características sobresalientes del amor de Cristo por Su novia?

En primer lugar, el amor de Cristo por la iglesia es *incondicional*. Su amor por la iglesia está marcado por Su compromiso de hacer lo que es mejor para nosotros aun si nunca hemos merecido tal amor. Pablo escribe: “Pero Dios demuestra Su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Su decisión de amarnos no tuvo nada que ver con nuestro amor por Él, ni siquiera con nuestro valor para ser amados. La causa de Su amor está en Él, no en nosotros.

En segundo lugar, el amor de Cristo por Su novia es profundamente *sacrificial*. ¿Cómo lo dijo Pedro? “Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto” (1 Pedro 1:18-19).

El autor Gary Ricucci comenta: “El verdadero amor es costoso. Jesús no solo dio lo que tenía: Se dio a Sí mismo”.⁵ En palabras de un antiguo himno, podemos decir: “Maravilloso amor, ¿cómo puede ser, que Tú mi Dios, murieras por mí?”.⁶

En tercer lugar, el amor de Cristo por Su novia es *voluntario*. Las palabras de Pablo en Efesios 5:25 son bastante pintorescas: Jesús “se entregó por ella”. La palabra usada para “se entregó” tiene la idea de rendir o entregar. Pudiéramos parafrasear este versículo diciendo “Jesús amó a la iglesia y se rindió a sí mismo por ella”. Nadie lo obligó. Él tomó la iniciativa para pagar el precio de Sí mismo para comprar a Su prometida.

La noche antes de la cruz, Jesús buscó iluminar a Sus discípulos acerca del precio incondicional, costoso y voluntario que Él pagaría para redimir a Su iglesia cuando Él dijo: “Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos” (Juan 15:13).

Reflejos imperfectos

Hay dos palabritas en Efesios 5:25 que me intimidan: *así como*. “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella”.⁷ ¿Cómo puedo yo alcanzar ese tipo de amor?

Antes de rendirnos (al decidir que esta misión es imposible de cumplir), puede ser sabio escuchar al pastor y escritor Alistair Begg, quien escribe: “Si bien los humanos no pueden alcanzar el nivel de amor que Jesús muestra (puesto que Su amor es infinito y divino), sí pueden amar en la misma manera”.⁸ En otras palabras, aunque los esposos son reflejos *imperfectos* del Esposo perfecto, Él nos ha dado la comisión de amar a nuestras esposas de la misma manera que Él ama a la suya.

Amar incondicionalmente. Dado que *Su* amor es incondicional, el *nuestro* también debe serlo. Aprenderemos más de eso en el capítulo 2, “Un amor predeterminado”. Pero consideremos brevemente el ejemplo de Cristo de que amemos a nuestras esposas sin condiciones. No reservándonos hasta que nos sintamos amados o respetados, no en base a nuestra percepción del valor de nuestras esposas, no reservando nuestro amor hasta que nos gusta su físico, sus emociones o sus actitudes. Si, por la gracia de Dios, elegimos amar a nuestras esposas sin importar nuestra percepción de su dignidad o cómo respondan, reflejamos el amor incondicional de Cristo.

Amar sacrificialmente. De manera similar, nuestro amor por nuestras esposas, para ser como el de Cristo, debe ser profundamente sacrificial. Si bien escuchamos de vez en cuando historias de algún esposo que literalmente sacrifica su propia vida para salvar la de su esposa, muy pocos de nosotros tendremos un llamado como ese. Sin embargo, hacemos otros sacrificios. Debiéramos considerar estas profundas palabras del autor y presentador de radio Bob Lepine: “Muchas veces es más difícil vivir por tu

esposa que morir por ella. Requiere morir diariamente a tus deseos y sueños. Al final, el amor sacrificial involucra la disposición del esposo de no solo considerar a su esposa como más importante que él mismo (ver Filipenses 2:3), sino la disposición de dejar todo lo que amas para cuidarla a ella. Es una decisión de parte del esposo de que nada va a tomar prioridad sobre su pacto matrimonial. Es el tipo de amor que nunca se rinde”.⁹

¿Cuáles evidencias de egoísmo veo en mi vida como esposo? ¿Estoy salvaguardando mi tiempo, mi afecto, mi aprecio y mis palabras de afirmación porque no estoy dispuesto a dejar de lado mis prioridades? ¿De cuáles maneras me está llamando el Señor a “morir a mí mismo” para poder reflejar mejor el amor de Cristo hacia mi esposa?

Amar voluntariamente. Nuestro amor también debe reflejar el amor voluntario de Cristo por Su novia. Muestras insignificantes de amor que nuestras esposas sacan de nosotros o que hacemos porque así nos lo pidió nuestro consejero matrimonial no son suficientes. Debemos regresar continuamente a Cristo, llenándonos de Su maravilloso amor por nosotros para ser movidos a amar a otros, especialmente a nuestras esposas. Déjame parafrasear las palabras del apóstol Juan en 1 Juan 4:19-21: “Amamos porque Él nos amó primero. Si alguien dice ‘amo a Dios’, pero odia a su esposa, él es un mentiroso. Todo aquel que no ama a su *esposa*, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto. Y Él nos ha dado este mandamiento: Aquel que ame a Dios debe amar también a su *esposa*”.

Así que, hermanos, si bien somos imperfectos, el amor de Dios nos manda a amar a nuestras esposas como Cristo ama a la Suya, la iglesia. Entreguémonos al estudio de Cristo juntos. Como escribe el Dr. D. Martyn Lloyd-Jones: “Debemos iniciar estudiando la relación de Cristo con la iglesia, y entonces, solo entonces, podemos mirar la relación entre el esposo y su esposa”.¹⁰

Iniciamos nuestra aventura. En cada uno de los próximos capítulos exploraremos una cualidad del amor de Cristo por Su novia y las maneras en que nosotros, si bien somos espejos imperfectos, podemos reflejar mejor al Esposo perfecto.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Cuáles aspectos de ser un esposo te salen más fácilmente?
2. ¿Cuáles crees que son algunos de los aspectos más retadores de ser un esposo? ¿Qué partes de ser esposo son particularmente difíciles para ti?
3. ¿Cuáles atributos del amor de Jesús por Su novia, la iglesia, son particularmente poderosos para ti? ¿Por qué?
4. ¿Cuáles características del amor de Cristo quisieras que tus amigos y familiares no cristianos pudieran ver en tu relación con tu esposa?

Pasos de acción

1. Ora por humildad en aprender a ser más como Cristo en tu amor por tu esposa. Entonces haz lo siguiente:
2. Teniendo cuidado de no ser defensivo, pregúntale a tu esposa de qué maneras ella quisiera verte crecer como esposo. Pregúntale si ella se comprometería a orar por ti cada día en la medida que buscas crecer en tu ministerio de ser un esposo conforme a Cristo.

Un amor predeterminado

Para tenerte y sostenerte, desde este día en adelante, para bien o para mal, en riqueza o en pobreza, en salud y enfermedad, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe. Yo tenía tan solo 21 años, pero esos fueron los votos que le hice a mi prometida –quien era aún más joven–, ese día de junio hace más de 30 años. Tal vez tú hiciste votos similares.

El autor y conferencista Jim George nos hace una pregunta provocadora:

En los meses o años desde ese día (de tu boda), ¿has vuelto a pensar en los votos que le hiciste a tu prometida? ¿Cuándo fue la última vez que pensaste en los votos y los compromisos que has hecho? Estoy seguro que, si eres como la mayoría de los hombres, la última vez que pensaste en la ceremonia de bodas fue el día de tu boda. Lo irónico de nuestra tendencia a olvidar los votos es que nuestro día de bodas es uno de los momentos más importantes de nuestras vidas. Lo que dijimos en esa ceremonia nos afecta por el resto de nuestras vidas.¹

¿Has contado alguna vez los *si* que hay en los votos matrimoniales? Es decir, “Prometo amarte hoy *si* continúas tratándome siempre de una

manera que me haga sentir bien conmigo mismo”, o “prometo amarte hoy *si* mantienes una figura atractiva luego de dar a luz tres hijos”.

Cuéntalos. ¿Cuántos *si* has escuchado en votos matrimoniales? Así es: ninguno. Y así debe ser. En nuestras bodas, cada uno de nosotros hizo una promesa solemne en presencia de Dios y de los testigos de que amaremos a nuestras esposas cueste lo que cueste. Por eso dijimos: “Para bien o para mal, en riqueza o en pobreza, en salud o enfermedad”. Sin *si*. El esposo, en un sentido, le dice a su esposa y a todos los que presencian ese sagrado evento que ha decidido con antelación que va a amar a su esposa sin importar lo que pase en el futuro. ¿Alguna vez has pensado en eso con relación a tu esposa?

En el día de tu boda no tienes forma de saber qué te deparará el futuro: cuáles cambios, cuáles desafíos, cuáles dificultades esperan.

Sin embargo, juramos nuestro amor fiel. Juramos un amor “predeterminado”. Un amor “decidido antes de tiempo” que no se rinde cuando vengan los cambios y desafíos.

La elección deliberada de Cristo

¿Cuándo decidió el Señor amarnos?

¿Acaso lo hizo luego de un período de prueba, viendo qué tipo de cristianos seríamos y qué tipo de novia seríamos para Él? No. Su amor fue anterior a eso. De lo contrario, ¡nunca nos hubiera amado!

¿Acaso decidió amarnos en el día de nuestra salvación? No. Su decisión por amarnos fue anterior a ese día.

¿Acaso decidió amarnos el día que nos vio nacer? No, Él lo decidió mucho antes de eso.

La Biblia dice: “Dios nos escogió en Él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de Él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos Suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de Su voluntad, para alabanza de Su gloriosa gracia, que nos concedió en Su Amado” (Efesios 1:4-6). ¡Piénsalo!

Aun antes de que dijera las palabras de Génesis 1:3, “¡Que exista la luz!”, Dios ya había decidido amarnos. El amor de Cristo por nosotros, Su novia, es un amor decidido antes de tiempo. Su amor es un amor predeterminado. Sin condiciones. Sin “si...”.

Bob Lepine lo dice de esta manera:

Su amor por nosotros no depende de la manera en que nos comportemos. Él no nos encuentra atractivos porque, como algunos han sugerido, ve a través del tiempo y se acerca a aquellos que un día lo elegirán. No, de acuerdo con las Escrituras, solo hay una razón por la que Dios nos ha adoptado como hijos. Es según “el buen propósito de Su voluntad, para alabanza de Su gloriosa gracia” (Efesios 1:5-6). Dicho de otra manera, Dios eligió adoptarnos como hijos simplemente porque Él quiso. Eso es todo.²

Pudiéramos ir más allá y decir que el amor del Señor por nosotros, Su novia, ni siquiera depende de nuestra dignidad. Mucho antes de la creación del mundo, cuando nuestro Dios omnisciente decidió amarnos, Él estaba consciente de que seríamos, de hecho, indignos de Su amor. Pablo lo puso de esta manera: “A la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra Su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6-8).

Hablándole a la congregación de Westminster Chapel, el Dr. Martyn Lloyd-Jones trae claridad a esta verdad: “Él nos amó no porque hubiera nada en nosotros; Él nos amó a pesar de lo que había en nosotros, ‘cuando todavía éramos pecadores’. Él amó a los malvados ‘mientras éramos enemigos’. En toda nuestra indignidad y vileza, Él nos amó. Él amó a la iglesia no porque era gloriosa y hermosa: no, sino para Él hacerla gloriosa y hermosa”.³

La Biblia es clara. Su amor era un amor predeterminado, un amor incondicional, un amor cueste lo que cueste. Sin condiciones: “*Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella*” (Efesios 5:25).

Lepine nos recuerda: “Un esposo que ama a su esposa como Cristo ama la iglesia va a comenzar a entender que su amor es una decisión, a pesar de (no a razón de) las acciones, actitudes o apariencia de su esposa. Una vez él le ha pedido que sea su esposa, un esposo hace el juramento de amor incondicional hacia ella, para bien o para mal”.⁴

Para bien o para mal

Es tan empequeñecedor pensar en cuántas veces, a lo largo de los años, le he respondido a mi esposa Gladine de la manera en que lo he hecho porque he pensado que ella me ama, me respeta y apoya mi liderazgo. Cuando me he sentido amado y honrado, la he bañado de amor. Cuando no he sentido el amor y el apoyo que he deseado, he preferido guardarme mis expresiones de amor. ¡Qué diferente es Cristo! Más veces de las que quisiera admitir, mi amor ha sido condicional. Ha habido demasiados “*si...*”.

Pero en aquel caluroso día de junio yo le prometí un amor predeterminado. Le prometí que ya había decidido amarla “mientras estuviéramos vivos”, cueste lo que cueste. Y mi hermosa novia con sus hermosos ojos azules estaba prestando atención a mis votos ese día. Pero ella no era la única. Dios también estaba escuchando. “Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo —escribió Salomón—. A Dios no le agradan los necios. Cumple tus votos: Vale más no hacer votos que hacerlos y no cumplirlos” (Eclesiastés 5:4-5).

Cuán bueno ha sido Dios que no *me* ha tratado como merecen mis pecados (Salmo 103:10), sino que me ha amado incondicionalmente por la cruz de Cristo. Él tiene más gracia de lo que yo tengo de imaginación. Que pueda yo ser un espejo del amor de mi Señor mientras ministro a mi esposa con un amor predeterminado no solo en los buenos tiempos, sino en aquellas épocas de nuestro matrimonio que no sean tan divertidas.

Puede que esto signifique amarla incondicionalmente a través de la irritabilidad que solo puede venir en ciertos momentos del mes. Puede significar amarla unilateralmente durante tiempos de depresión o de desánimo, cuando *ella* no esté segura de si *me ama*. Puede que signifique

un amor determinado como el de Oseas a través de períodos donde ella esté viviendo en rebelión contra el Señor que la compró.⁵

En riqueza y en pobreza

Las temporadas que vienen con dificultades económicas pueden traerle una mayor carga a cualquier matrimonio. El dinero solo da para ciertas cosas, y el esposo puede tener una idea muy diferente a la de su esposa sobre cómo invertir el dinero. Estos argumentos pueden causar grandes dificultades en el matrimonio. Esposos frustrados pueden presionar y poner mala cara, haciendo que sus esposas no se sientan amadas. Los esposos egoístas que ignoran las peticiones y las prioridades de sus esposas hacen que ellas no se sientan respetadas ni amadas. Las épocas de pobreza pueden poner a prueba el amor de un hombre por su esposa. Pero si decidimos antes de tiempo que amaremos a nuestras esposas de manera incondicional, como Cristo, la gracia de Dios nos bastará.

Puede que muchos hombres se encuentren esperando ansiosamente que su amor sea probado en los tiempos de riqueza, pensando que el ser más rico hará que sus matrimonios sean más agradables. Sin embargo, las riquezas pueden traer sus propios problemas si no son manejadas de una manera que glorifique a Dios.

Abriendo su corazón y sin dudar, el autor de Eclesiastés confesó: “Quien ama el dinero, de dinero no se sacia. Quien ama las riquezas nunca tiene suficiente. ¡También esto es absurdo!” (Eclesiastés 5:10).

Pero tener ingresos elevados tampoco garantiza un matrimonio más feliz. Las riquezas por sí mismas pueden poner a prueba nuestras prioridades y lealtades. Si Dios decide confiarnos más cosas de las que necesitamos, debemos recordar nuestro amor predeterminado hacia nuestras esposas. Nuestra lealtad aquí en la tierra debe ser a ellas, no a nuestro dinero ni a las cosas. Debemos siempre verlas y amarlas como personas “más valiosas que las piedras preciosas” (Proverbios 31:10).

En salud y enfermedad

Pocos hombres que se casan siendo jóvenes, como lo hice yo, piensan significativamente en este voto a medida que se preparan para el matrimonio. Sin embargo, a medida que pasan los años, nuestros cuerpos se agotan. ¿Acaso esa esposa que disfrutaba de una intimidad física apasionada con nosotros en nuestra juventud nos encontrará tan amorosos cuando necesite un andador para caminar o esté luchando contra el Alzheimer?

Si la salud de la esposa falla antes que la nuestra, somos tentados en nuestra cultura egoísta a justificarnos encontrando algún otro objeto de nuestro afecto. Pero si hemos entendido la gracia del Señor y Su dirección en amar a nuestras esposas como Él amó la iglesia, entonces las amaremos durante cualquier enfermedad que les debilite o a través de los problemas que vienen con la edad. Algunos hemos visto esposos que han modelado esto: Un hombre que afirma a su esposa expresándole su amor mientras la asea y viste su cuerpo que lucha contra una esclerosis múltiple. Otro que visita diariamente el hogar de ancianos, alimentando cuchara en mano a su esposa que lucha contra el Alzheimer, mientras le canta las canciones de su juventud. Un amor predeterminado como el de Cristo nos ayudará durante todas las épocas del matrimonio, en la salud y en la enfermedad.

Para amar y cuidar, hasta que la muerte nos separe

Cristo nos ama con un amor predeterminado. Su razón para amarnos no tiene nada que ver con nuestras condiciones. No hay “si...”. Podemos contar con su amor predeterminado sin temor a que Él vaya a cambiar de opinión caprichosamente por algo que hayamos hecho o dejado de hacer. Su razón para amarnos descansa completamente en Él, no en nosotros. Él ya ha decidido y prometido que nos amará por siempre. “Nunca te dejaré; jamás te abandonaré” (Hebreos 13:5).

¿Puede mi esposa esperar una firmeza tal de mí? ¿De que yo he decidido y prometido amarla cueste lo que cueste? ¿Amarla y cuidarla hasta que la muerte nos separe? Hace muchos años, en ese caluroso día de junio, ella me escuchó hacer ese juramento. Yo prometí amarla con un amor predeterminado hasta que el Señor nos llame a Su hogar. Sin “si...”.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Por qué te ama Dios? ¿Qué se necesita para que Dios deje de amar a alguien? ¿En qué pasajes de la Biblia pudieras sustentar tu respuesta?
2. Lee Efesios 1:3-14. ¿Qué llama tu atención de este pasaje y por qué?
3. ¿Cuánto puedes recordar de tus votos de boda?
4. ¿Qué amas específicamente de tu esposa? ¿Son esas cosas “condiciones” para que continúes amándola? ¿Qué si ella deja de ser así o deja de hacer esas cosas que te llevan a quererla? ¿Seguirías amándola?

Pasos de acción

1. Sorprende a tu esposa esta semana separando tiempo para que los dos puedan sentarse juntos en el sofá, mirando tranquilamente su álbum de bodas.
2. Recuérdale (lo mejor que puedas) tus votos en ese día. Dile que dijiste esos votos en serio y que todavía los crees hoy.

Un amor sin par, parte 1

Jesús ama a todo el mundo. ¿Estás de acuerdo? Es fácil decir: “¡Claro que sí!”. De hecho, si no lo crees, algunos te dirán que eres un *hereje*. En un sentido, es cierto que Dios ama a todo el mundo. “Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). A Dios le importan profundamente todas Sus criaturas, especialmente los que llevan Su imagen, los seres humanos. Él muestra ese amor como Creador al proveer aire, comida... y vida.

Ahora bien, ¿ama a Dios a todo el mundo de la misma manera? ¿O tiene Él un amor peculiar para algunos, un amor preferencial para ciertas personas?

El amor sin par de Jesús por Su novia

Para encontrar la respuesta a esta intrigante pregunta, prestemos atención a la conversación de Jesús con Su Padre celestial la noche antes de la cruz. Algunos han dicho que el verdadero corazón del hombre es escuchado con claridad en sus últimas palabras antes de morir. ¿Qué estaba en el corazón de Jesús horas antes de la cruz? ¿*Quién* estaba en el corazón de Jesús? El apóstol Juan escuchó a Jesús orar: “A los que me diste del mundo les he revelado quién eres. Eran Tuyos; Tú me los diste y ellos han obedecido Tu palabra... Ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son Tuyos” (Juan 17:6, 9).

Qué interesante, ¿no? Horas antes de la cruz, Jesús distinguió a los Suyos de aquellos que Él llamó “el mundo”.¹ Dios padre eligió a este grupo de personas en la eternidad pasada para que el Hijo los redimiera. Si bien Jesús tuvo sin duda un amor general por todas las personas, Él mostró un amor preferencial por un grupo en especial: “Su pueblo”. ¿No debería esto tener implicaciones profundas en nuestro entendimiento del pasaje: “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella” (Efesios 5:25)?

Jesús confirma Su amor enfocado y especial por Su pueblo, la iglesia, pues trata a Su novia de una manera diferente a como trata a la humanidad en general. No todo individuo en el mundo ha sido redimido.

Sin embargo, la Biblia muestra que Él se dio a Sí mismo por ellos, por Su pueblo amado de manera especial, redimiéndolos a través de Su obra en la cruz. Y, como veremos en próximos capítulos, Jesús no es un esposo de “ámalos y déjalos ir”. No, Él continúa mostrando un amor sin par por Su esposa al quedarse fielmente con nosotros, siendo persistente en Su obrar en nosotros, de manera que lleguemos a ser “una iglesia radiante, sin

mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable” (Efesios 5:27).

En Su amor, Él nos ha dado todo lo que necesitamos para la vida y la piedad (2 Pedro 1:3). Todo el amor que Él ha derramado en la iglesia tiene este glorioso propósito: la mayor boda de todas entre Él y Su novia, la iglesia (Efesios 5:27; Apocalipsis 19:9; 21:2). Ciertamente nuestro Esposo celestial ha *derramado* Su amor sobre nosotros (1 Juan 3:1). Cómo no seremos sobrecogidos con el amor dedicado y sin par que tiene Él por nosotros, Su esposa.

Nuestro amor sin par para nuestras esposas

Si nosotros los esposos vamos a amar a nuestras esposas como Cristo amó la iglesia, debemos hacer nuestro mayor esfuerzo para ayudarlas a sentir un amor especial y preferencial. No hay otra cosa, otra actividad ni otra persona que nos importe más que ellas. Nuestras esposas deben sentirse absolutamente amadas por nosotros. Como dice el pastor Allistair Begg: “No hay un regalo más precioso dado a un hombre que el atesorar a su esposa. Ella debe ser admirada y apreciada más que todas. Ella debe tener el primer lugar en el corazón de su esposo, en su mente y en sus afectos. Ella debe recibir un cuidado y una atención tan especial que no deje lugar a dudas en cuanto a la estima que le tiene su esposo”.²

Creo que una traducción literal de 1 Timoteo 3:2 nos puede servir bastante aquí. Al dar las condiciones necesarias para un obispo en la iglesia, Pablo incluye esto: “El obispo debe ser... [literalmente] un hombre de una mujer”. Este término es traducido “esposo de una sola mujer” (NVI) o “marido de una sola mujer” (NBLH, RV60).

¿Qué nos está diciendo Pablo? No parece ser que Pablo está tratando el tema de si los hombres divorciados y vueltos a casar –o los enviudados y vueltos a casar– pueden ser ancianos en la iglesia. Si bien ese es un asunto que las iglesias deben tratar, creo que no es el punto de 1 Timoteo 3. Pablo está tratando principalmente con asuntos de carácter.

Pablo está diciendo que si un obispo/anciano va a modelar cómo debe ser la vida cristiana para otros hombres en la iglesia, él debe ser un hombre de una sola mujer. La infidelidad marital era demasiado común en el imperio romano cuando Pablo escribió esta carta, así como lo es hoy en día. La iglesia necesita líderes que modelen una lealtad incondicional hacia sus esposas: hombres que le muestren a sus esposas un amor especial y sin igual, y solo dirigido a ellas.

Oídos solo para ella

Como un joven que crecía en las montañas de Pennsylvania, una vez fui a cazar mapaches con algunos amigos bajo la supervisión de la Brigada de Servicio Cristiano, un ministerio evangélico para chicos. Para cazar mapaches se necesitan perros y oscuridad: los mapaches son criaturas nocturnas.

Los perros caza-mapaches están entrenados para seguirle el rastro a esas criaturas peludas, persiguiéndolas hasta que quedan refugiadas en un árbol. Los perros aúllan de una manera triste, gimiendo durante la búsqueda. Entonces, cuando la criatura está (literalmente) en un árbol, el aullido cambia, dejándole saber al cazador que la presa está disponible para ser cazada o ser liberada.

En esta memorable primera experiencia de caza, escuché el aullido de un perro llamado Blue que se alejaba y se alejaba hasta que era casi imperceptible. En nuestra inexperiencia, mis amigos y yo nos preocupamos por este perro cazador, y empezamos a gritar en la oscuridad: “¡Ven, Blue, ven! ¡Ven para acá, Blue!”.

Nada.

Ya desesperados, con focos en nuestras manos, encontramos a un viejo cazador –el Señor Bowser– quien era dueño de Blue. Le expresamos cuán preocupados estábamos.

Él lanzó un grito bien simple: “¡Oye, Blue!”. Al poco tiempo escuchábamos el mover de las hojas en el bosque oscuro. De repente, moviendo su cola, llegó Blue donde el Señor Bowser.

Boquiabiertos, le preguntamos al viejo cazador: “¿Cómo hiciste eso!?”.

Su respuesta fue bien simple: “Es que Blue es un perro de un solo hombre”.

Un perro de un solo hombre. Hmm. En otras palabras, nosotros podíamos habernos quedado mudos gritándole a Blue toda la noche y nunca hubiera respondido. Él tiene oídos para un solo hombre, su dueño, el Señor Bowser. El viejo Blue solo respondía a una sola voz.

¿Tengo yo oídos para una sola mujer o soy influenciado por las palabras bonitas de alguna otra mujer? ¿Soy un hombre de una sola mujer? ¿Eres un hombre de una sola mujer? ¿Estoy enteramente dedicado a una sola mujer? ¿En mis pensamientos? ¿En mis afectos?

Ojos solo para ella

¿Qué tal mis ojos? ¿Están mis ojos dedicados a una sola mujer?

Un día estaba en el centro comercial con mi esposa, y pasamos por una tienda de Victoria Secret, con sus ventanas de tentación. Gladine me imploró apasionadamente: “¡No mires!”.

¿Por qué fue su clamor tan enfático? Porque quiere que solo tenga ojos para ella. Ella no quiere que quede embelesado o que tenga una segunda mirada al cuerpo de otra mujer. Nuestras esposas quieren saber que estamos embelesados con ellas y solo con ellas. Ellas anhelan sentir nuestro amor único y dedicado, de tal forma que podamos decirles con integridad: “¡Cuán bella eres, amada mía! ¡Cuán bella eres!” (Cantares 1:15).

El “echar un vistazo” a otras mujeres, ya sea en el centro comercial, en la playa o en el internet puede parecer algo inocente y perdonable. Después de todo, ¿qué hay de malo con una miradita? Sin embargo, nuestros ojos son las puertas hacia nuestras almas, y una mirada se convierte en lujuria a la velocidad de la luz. La lujuria nunca tiene suficiente, siempre nos pide más y más y más. En solo un instante, aquellos ojos que estaban dedicados solo a nuestras esposas empiezan a sentir curiosidad lujuriosa por otras mujeres.

Hace un tiempo, una pareja casada vino a mi oficina buscando consejo. Cuando le pregunté la razón de su visita, la esposa dijo que había encontrado pornografía escondida en su casa.

El esposo respondió rápidamente con una defensa muy casual. “Yo no veo cuál es el problema. No le hago daño a nadie”. Como él me estaba viendo a mí, no notó las lágrimas que corrían por el rostro de su esposa.

En ese momento, mi sangre se puso más roja de lo normal. “¡Mira a tu esposa! —le respondí—. ¡Mírala! ¿No ves cómo corren lágrimas por su

rostro? ¿Cómo puedes decir que no le haces daño a nadie?”.

Como toda esposa honesta, esta esposa confesó sentirse devaluada y defraudada al pensar que su esposo prefiere ver los cuerpos de otras mujeres y no el de ella, y al considerar que él tal vez ha estado fantaseando con esas modelos pornográficas falsificadas mientras usaba su cuerpo como sexo suplente.

Me entristece decir que, a pesar de nuestros esfuerzos por salvar ese matrimonio, ellos terminaron divorciándose. El esposo había subestimado considerablemente el gran impacto de “solo mirar”. ¿Que no es gran cosa? ¿Que no le hace daño a nadie? Él deshizo el corazón de su esposa, a quien le había jurado su amor. En su intento vano de satisfacer la insaciable lujuria de su corazón, alimentada por su hábito de pornografía, sacrificó su matrimonio.

Este hombre no está solo. El autor y predicador Chuck Swindoll lo dice con franqueza: “Tanto los no cristianos como los cristianos luchan con la presencia de la lujuria a lo largo de sus vidas. Algunos piensan que casarse hará que la tentación huya. Pero no lo hace... sino que la imaginación sensual los persigue, buscando cada vez más atención y gratificación... La tentación sigue ahí, pidiendo sin cesar ser satisfecha”.³

Entonces, ¿qué puede hacer un esposo cristiano para asegurarse de que tiene ojos para ella y solo para ella?

1. *Considera la seriedad de la codicia de los ojos (1 Juan 2:16)*. Mirar con lujuria a otra mujer en el trabajo, en la playa, en la televisión de un hotel o en Internet no es un pasatiempo inocente. Es una ofensa ante el Dios que nos compró con la sangre preciosa de Su Hijo. Rehusarnos a huir de la tentación sexual de cualquier tipo es un acto de desobediencia. La Biblia lo dice explícitamente:

Ustedes saben cuáles son las instrucciones que les dimos de parte del Señor Jesús. La voluntad de Dios es que sean santificados; que se aparten de la inmoralidad sexual; que cada uno aprenda a controlar su propio cuerpo de una manera santa y honrosa, sin dejarse llevar por los malos deseos como hacen los paganos, que no conocen a Dios... por tanto, el que rechaza estas instrucciones no rechaza a un hombre sino a Dios, quien les da a ustedes Su Espíritu Santo (1 Tesalonicenses 4:2-5, 8).

Considera el daño hecho por entretener la lujuria no solo en nuestra relación con Dios, sino también el daño a nuestra alma. Dietrich Bonhoeffer, el teólogo alemán que dio su vida resistiendo a Hitler, escribió esta poderosa descripción personal de la lujuria:

En nuestros miembros hay una durmiente inclinación hacia el deseo que es tan repentina como feroz. Con un poder irresistible, el deseo domina la carne. Secretamente, un fuego ardiente es encendido. La carne quema y está en llamas... El gozo en Dios es... extinguido, y buscamos nuestro gozo en la criatura. En este momento, Dios se vuelve algo no real para nosotros... Aquí Satanás no nos llena de odio hacia Dios, sino de olvido hacia Dios... La lujuria así envuelve la mente y la voluntad del hombre en profunda oscuridad. Los poderes del discernimiento y la decisión son robados de nosotros... Es aquí donde todo lo que está en mí se levanta en contra de la Palabra de Dios.⁴

Con el tiempo, la lujuria habitual puede llevar a un hombre –aun a un esposo– a dejar de lado la realidad y preferir un sustituto barato de un mundo artificial. En la preocupación por sus fantasías lujuriosas, el alma

del hombre se desensibiliza frente a la satisfacción de los verdaderos placeres del amor marital. Como escribe John Ensor: “En la pornografía, el amor es idealizado como una satisfacción sexual sin intimidad, sin amistad y sin obligaciones. Simplemente no es real”.⁵

2. *Considera el daño al corazón de tu esposa y a tu relación con ella.* Aun si pudieras de alguna manera mantener ese ilusorio mundo a escondidas de tu esposa, tu matrimonio será afectado. Tu deseo por tu esposa será diluido. Ya ella no disfrutará ese amor único, dedicado a ella y solo a ella. Muy comúnmente, los hombres que dan rienda suelta a la pornografía también se satisfacen sexualmente a través de la masturbación. Y esta práctica le roba a su esposa lo que es solo de ella, la posesión completa de su cuerpo para la satisfacción sexual (1 Corintios 7:4-5).

3. *Al considerar el daño, arrepíentete del pecado de no huir de la tentación, la cual lleva a entretener la lujuria.* El verdadero arrepentimiento implica la confesión verbal del pecado y el apartarse de él. “Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón” (Proverbios 28:13).

Cuando confesamos nuestro pecado delante del Señor, llamamos a las cosas por su nombre. No es solo un problema. No es un desarreglo. Es pecado. Y el apóstol Juan escribe: “Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1 Juan 1:9). ¡Hay perdón en Cristo!

4. *Considera seriamente tu arrepentimiento.* En gratitud, has lo que tengas que hacer para alejarte de tentaciones innecesarias. En su libro *Point Man [El hombre clave]*, Steve Farrar escribe: “Puedo prometerte esto: Si no somos extremos con respecto a la tentación de nuestros ojos, entonces tal tentación será extrema con nosotros”.⁶ Él tiene razón, ¿no crees? En palabras de una hipérbole muy llamativa: “Por tanto, si tu ojo

derecho te hace pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo, y no que todo él sea arrojado al infierno” (Mateo 5:29).

¿Qué necesitas “sacar y tirar”? Yo tengo un amigo que, mientras tiene viajes de negocios, le pide al hotel que saque el televisor de su cuarto para disminuir así su tentación a la lujuria. Otros hombres tendrán que poner filtros de pornografía en sus aparatos electrónicos, pidiéndole a sus esposas o a un compañero de rendición de cuentas que les haga preguntas difíciles. Algunas de estas medidas pueden sentirse incómodas, pero debemos tener ojos solo para nuestras esposas.

Recuerdo la visita que mi esposa y yo hicimos a Florida. Estábamos visitando una playa muy popular durante las vacaciones de primavera. Había muchas mujeres en la playa usando trajes de baño para nada modestos. Luego de unos minutos, le confesé a Gladine que estaba luchando con mis ojos, y se nos ocurrió una solución muy creativa: preguntamos en algunos locales si había otras playas cerca donde iban más las familias o las personas mayores y no los estudiantes universitarios. El ir a otra playa no solo benefició mi alma, sino que también animó a mi esposa. Ella apreció mi apertura al hablar sobre la lucha con mis ojos.

5. *Clama al Señor por Su ayuda.* Este tal vez debería ser el paso dos... ¡o el paso uno! Craig Peters escribe:

Para la mayoría de nosotros (que luchamos con la lujuria sexual) es una batalla diaria (o tal vez de cada hora o de cada minuto) el mantener nuestras pasiones lujuriosas bajo control. El largo proceso que toma para liberar a un hombre de una lucha interna con las pasiones sexuales no es agradable ni placentero, y sin duda va a cargar nuestras relaciones por un tiempo. ¿Por qué será que cuando se nos agotan los recursos, no encontramos más opciones y no tenemos idea de cómo volver al hogar es cuando por fin

dejamos nuestro orgullo de macho al lado y dependemos de la oración?⁷

Nuestro Señor nos entiende. A Él le importa. Él puede ayudar. “Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino Uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (Hebreos 4:15-16).

6. *Por los dones de la misericordia y la gracia, comprométete a pelear la guerra contra la lujuria.* Job, un hombre casado, reveló su batalla abiertamente al decirle a sus amigos: “Yo había convenido con mis ojos no mirar con lujuria a ninguna mujer” (Job 31:1). Qué buena idea, ¿cierto? En total dependencia de la gracia de Dios, sería sabio que cada uno de nosotros hiciera un voto o un convenio con nuestros ojos. Si nos tomamos en serio la pecaminosidad del pecado, y si anhelamos que la gloria de Dios sea reflejada en nuestras vidas como hijos del Rey Altísimo, con gusto tomaremos tales decisiones, no dándole a la lujuria de los ojos ningún espacio en nuestras vidas.

7. *Construye tu vida de relaciones que animen y rindan cuentas.* El Señor diseñó la vida cristiana para ser vivida en el contexto de la comunidad. Caminamos este camino con nuestros hermanos y hermanas en Cristo, ayudándonos en la medida en que lo recorremos.⁸ Sin embargo, muchos hombres cristianos luchan con el aislarse en sus tentaciones lujuriosas. Cuán beneficioso sería si nos humillamos delante del Señor y delante de nuestros hermanos en Cristo, admitiendo nuestras luchas y pidiéndoles que nos ayuden a rendir cuentas.

Por años me he beneficiado de participar en un grupo de rendición de cuentas. Casi todos los viernes en la mañana, por los últimos cinco años,

cuatro hombres de mi iglesia y yo nos hemos reunido en un restaurante local con el propósito de ayudarnos unos a otros a vivir para Cristo en nuestras vidas personales, nuestros hogares, nuestra iglesia y nuestra comunidad. Podemos preguntarnos libremente cualquier cosa y compartir nuestras luchas sin temor a la condenación.

Si actualmente no estás en este tipo de relación con otros hermanos cristianos, te recomiendo que te unas o que formes un grupo como este. (Ver el Apéndice D).

Además, necesitamos compartir nuestras luchas y tentaciones y confesar nuestros pecados a nuestras esposas, quienes son las personas más cercanas a nosotros en esta tierra.⁹

Labios solo para ella

Un esposo cristiano que se compromete a ser un hombre de una sola mujer pronto descubrirá que las conversaciones también pueden meternos en problemas. ¿Cómo podemos hablar con otras mujeres de una manera que asegure a nuestras esposas de que nuestros labios le pertenecen a ella solamente?

Elogios

En mi ministerio converso con cientos, si no miles, de personas cada año. Como pastor, me encuentro constantemente tratando de dar comentarios de ánimo a las personas que veo en la iglesia y a aquellos que me saludan después de hablar en una conferencia o en otra iglesia.

Un asunto aparentemente inocente con el que he luchado es si debo elogiar a una mujer por su apariencia. ¿Podría yo, ya siendo un esposo, decirle a alguna mujer: “¡Vaya, qué bien te ves hoy!”, o: “Te arreglaste el pelo de una manera diferente. ¡Se te ve muy bien!”?

A lo largo de los años, he desarrollado una política personal de nunca elogiar una mujer sobre su apariencia física a menos que sea mi madre, mi hija o mi esposa. La única excepción que puedo recordar es si la mujer es suficientemente mayor como para ser mi madre y su “brillo” como hermana mayor en Cristo merece una palabra de ánimo.

De lo contrario, he tomado la decisión de no hablar en cuanto a la apariencia física de cualquier mujer que no sea familia directa. En esas extrañas ocasiones donde una mujer (ya sea inocentemente o con algún propósito) está buscando un elogio de mi parte, yo le he respondido con una cortesía puntiaguda, diciendo algo como: “¡Dejaré que mi esposa sea quien hable!”.

Creo que nosotros, los hombres casados, debemos no solo evitar hablar *con* las mujeres acerca de su apariencia física, sino también hablar *de* la apariencia física de cualquier mujer que no sea nuestra esposa. ¿Cómo se sentiría el corazón de mi mujer si hago un comentario como este: “¡Vaya! Jennifer se ve muy bien ahora que perdió esas libras de más”? ¿O qué si, mientras vemos televisión, yo digo “¡Qué mujer tan hermosa!”? Hundiría el corazón de mi Gladine al darse cuenta de que mis labios no estaban dedicados a elogiarla a ella solamente en cuanto a su belleza física.

Por tanto, mis palabras necias también dicen a mi esposa que tampoco tengo *ojos* solo para ella. He estado mirando y aprobando el cuerpo de otra mujer. Mi esposa de seguro se sentirá herida, asumiendo que estoy comparándola con otras mujeres y que ella está perdiendo en estos “concursos de belleza”.

Coqueteo

Un hábito aún más peligroso que el de los labios es el coquetear con mujeres que no sean nuestras esposas. Algunos hombres toman como deporte coquetear con compañeras de trabajo, con mujeres en el gimnasio o aun con mujeres en la iglesia. Pero este es un juego peligroso. Un pequeño jugueteo puede llevar a conversaciones más amistosas. Estos encuentros aparentemente fortuitos pueden convertirse en reuniones planeadas intencionalmente.

Como advierte Steve Farrar: “El problema con estar y hablar a solas es este: Puede que a la mujer le interese lo que tengas que decir. En la medida que discutes tus ideas y tus planes, sin duda vas a sentir que ella te anima. Empezarás a sentir una actitud de comprensión y apreciación que tal vez no has sentido en tu casa en un buen tiempo”.¹⁰

Puede que pronto te encuentres disfrutando hablar con esta otra mujer más de lo que disfrutas hablar con tu esposa, poniendo en juego tu amor por ella. Además, esa otra mujer puede también ser tentada a tener sentimientos pecaminosos hacia ti, un hombre casado. Vas a herir a tu propia esposa, y también al esposo de la otra mujer, si ella está casada.

Evita coquetear. No lo hagas. El consejo de Pablo a Timoteo es igual de útil para nosotros hoy como lo fue en aquel momento: “Trata... a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza” (1 Timoteo 5:1-2).

Dedica tus labios solo a tu esposa. Derrama palabras de ánimo y elogios a ella. Dile lo que disfrutas de su pelo o de sus ojos o de sus labios (¡o de todo su cuerpo!). ¿Necesitas ideas? Lee el Cantar de los Cantares, y utiliza las analogías de Salomón de una manera que sea culturalmente apropiado, por supuesto. Demuéstrale tu amor sin igual por ella en la manera que hablas acerca de su atractivo físico, y en la manera en que *no*

hablas del atractivo físico de otras mujeres. Déjale saber que tus labios son de ella y solo de ella.

Manos solo para ella

“Abrazar o no abrazar”, esa es la cuestión. Es fácil defender los abrazos libres entre personas diciendo cosas como: “Así es como somos en _____ (aquí pones el país de donde vienes)”; o: “Es que somos una iglesia que abraza”. Si bien quisiera aceptar esas racionalizaciones, creo que necesitamos más sabiduría en cuanto al toque físico entre un hombre y una mujer que no están casados entre ellos.

1. *Considera el corazón de esta mujer que no es tu esposa.* Si bien los hombres responden sexualmente por la mirada, las mujeres lo hacen por el toque físico. Es posible que el hombre no esté tratando de comunicar nada más que un saludo afectuoso, pero si la mujer está deseosa de recibir atención masculina, tu toque físico puede llevarla a una dirección no apropiada.

Recuerdo una situación muy incómoda en nuestra iglesia hace algunos años. Entre servicios, una mujer cercana a mi edad estaba derramando su corazón acerca del quebrantamiento de su matrimonio. Ella estaba llorando y se notaba que necesitaba un abrazo. A pesar de la simpatía que el Señor había puesto en mi corazón por esta mujer en dolor, sentí en mis adentros que yo no era la persona para dar ese abrazo. Busqué a mi esposa, pero no la encontraba. Así que encontré a otra hermana en el Señor. “Cindy, —le dije— creo que Susana necesita un abrazo. ¿Serías tan amable?”.¹¹ El confort físico que Susana necesitaba vino de alguien más apropiado, su hermana en el Señor, y no de un hombre casado (¡yo!). Cuando mi esposa escuchó acerca de este incidente, me agradeció que lo hubiera manejado de esa manera. Ella necesita saber que mis “manos” (mi toque físico) son solo para ella.

2. *Considera tu corazón.* Nosotros los hombres disfrutamos la admiración y la apreciación. Pero la respuesta “positiva” de una mujer a tu

toque físico puede hacer que tu corazón se aleje de tu mujer y se acerque a ella. Si se empiezan a encender las luces de alerta en tu vida, ¡aléjate! No camines, ¡corre!

Pero ¿acaso no hay momentos donde un abrazo fraternal es apropiado? Tal vez. Pero ten cuidado. Mi política personal es evitar abrazar a una mujer fuera de mi familia a menos que mi esposa esté al lado mío, y ella ya la ha abrazado. Si esta otra mujer está casada, y son parejas cercanas, un abrazo fraternal entre los cuatro puede ser apropiado. Sin tratar de ser legalista, este simple consejo puede evitar problemas potenciales: Cuando estás en duda, no lo hagas.

Steve Farrar hace eco de este consejo. Escribe: “No hay nada de malo con un abrazo. Pero la próxima vez que quieras abrazar a una mujer y no estás seguro de tus motivaciones, no lo hagas. Si quieres abrazar a alguien, ve y busca a tu esposa”.¹² Mejor errar por el lado de la cautela, no solo para guardar nuestros susceptibles corazones, sino para asegurarnos de que nuestro toque le pertenece solo a nuestras esposas.

¿Soy un hombre de una sola mujer al punto de que ella siente que me le he dedicado por completo? A través de nuestras conversaciones diarias y nuestras acciones, que no haya dudas en nuestras esposas de que ellas son el claro objeto de nuestro amor sin igual, de manera que no sientan temor de ninguna competencia.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Cuál parte de este capítulo fue de particular importancia para ti y por qué?
2. ¿Cuáles cualidades del amor de Jesús por “Su pueblo” son diferentes a Su amor por todo el mundo? (Ver Juan 17:6-26).
3. Lee Proverbios 6:20-35. ¿Cuáles son algunas de las consecuencias de ceder al pecado sexual?
4. ¿Cuáles límites has puesto en tu vida para guardar tus ojos de las diversas formas de pornografía de manera que tu esposa sepa que tus ojos son solo para ella?
5. Si un hombre está comprometido con reflejar a Cristo, ¿cómo debe tratar a las mujeres con quienes no está casado? (Ver 1 Timoteo 5:2).

Pasos de acción

1. ¿Puedes identificar algún momento donde has puesto en juego tu compromiso de un amor sin igual por tu esposa al ser demasiado amigable con otra mujer (o con otras mujeres)? Confiésalo delante del Señor en este mismo momento. ¿Cómo te está llamando el Espíritu Santo al arrepentimiento? ¿Cuáles pasos necesitas dar?
2. ¿Cuáles cambios en tu vida diaria debes considerar para que tu esposa se sienta segura de tu amor sin par por ella? Recuerda los diversos temas que cubrimos en este capítulo: Los oídos, los ojos, los labios y las manos. ¿Cómo puedes demostrarle a tu esposa que

eres un hombre de una sola mujer en cada una de estas áreas?
Pídele en humildad su parecer.

3. ¿En cuáles aspectos del amor sin igual por tu esposa te está trayendo convicción el Espíritu Santo? ¿Te atreverías a confesarlo en humildad delante del Señor y a comprometerte con arrepentirte de ello ahora mismo? Habla con los otros hombres en tu grupo, y pídeles su ayuda en oración y en rendición de cuentas.

Un amor sin par, parte 2

Ahí estaba sentado Gregory en mi oficina, moviéndose en la silla y mirando al piso. Solo de vez en cuando me miraba a mí. Era una conversación difícil para los dos, pero más para él. Él se había envuelto en una relación sexual con una mujer que no era su esposa. Por la misericordia de Dios, él había sentido convicción de pecado. Y cuando me lo confesó a mí, debo haber caído en un completo silencio por unos momentos. Yo pensaba que él era un hombre piadoso. La mujer con la que se involucró era una mujer muy reconocida en nuestra iglesia como una mujer piadosa.

Finalmente él rompió el silencio incómodo. “Supongo que nunca lo vimos venir”, dijo.

Y yo le respondí, “Supongo que eso fue gran parte del problema, ¿cierto?”.

Un corazón solo para ella

Dudo que muchos cristianos profesos se sientan a calcular las formas en las que pueden romper sus votos matrimoniales. He escuchado de más de un hombre que ha sido atrapado en adulterio decir “No sé qué pasó. Supongo que sin darnos cuenta nos enamoramos”.

No quisiera ser duro, pero sí había ciertas señales. De alguna manera estos hombres ignoraron advertencia tras advertencia. Pero, ¿cómo puede un hombre casado que ha prometido todo su amor a su esposa terminar compartiendo su corazón y su cuerpo con otra mujer?

Steve Farrar en su libro *Hombre clave* describe la manera en que las infidelidades crecen en el terreno de la insatisfacción en casa:

Usualmente inicia con el descontento. Las cosas han cambiado. Ya no es como antes entre los dos...Ya no se la pasan tan bien como cuando estaban de citas. Casi nunca disfrutan de una buena conversación. Simplemente no son cercanos. Comen en la misma mesa, comparten el mismo baño, duermen en la misma cama, pero bien podrían estar a miles de kilómetros de distancia”.¹

Pero en vez de tomar la iniciativa y reducir la distancia entre él y su mujer, el esposo empieza a dudar si es que debió haberse casado con ella. De tal forma, el esposo descontento está alistando todo para el desastre.

En su libro *Amor que perdura*, Alistair Begg comenta: “Es revelador escuchar cuán comúnmente una infidelidad inicia con una conversación casual cerca del bebedero de agua, al tomar un café o en algún otro lugar ‘inocente’. Pero cada vez que una persona lleva la discusión a nuevos niveles de intimidad mayores que los que ella comparte con su pareja, la yerba empieza a brotar y germinar”.²

Comúnmente, en esas “conversaciones casuales” de las que nos habla el pastor Begg, una o ambas partes comentan que las cosas no están muy bien en casa:

“Mi esposa (o esposo) simplemente no me entiende”. El anzuelo cayó en el agua. Y muy pronto, una parte o la otra le añade hilo al anzuelo del descontento: “Mi esposa (o esposo) simplemente no me entiende... *como tú*”.

Pronto el anzuelo encuentra la carnada: “¿Quieres reunirse a hablar sobre eso? Parece que tenemos mucho en común”.

Se encienden todas las luces de advertencia en la conciencia del hombre: “¡Corre! ¡Corre!”. Trágicamente, en su descontento y en su deseo de satisfacer la soledad de su alma (y/o en las pasiones de su cuerpo), él ignora su conciencia y empieza a racionalizar: “Me siento tan insatisfecho con mi matrimonio ahora mismo. De seguro que Dios quiere que yo sea feliz, y me siento más feliz estando con esta otra mujer de lo que me he sentido en siglos. ¿Qué hay de malo con hablar un poco? Además, mi esposa no tiene por qué enterarse”.

Así empiezan las reuniones con esta otra mujer. Pasan de encuentros fortuitos a momentos planeados. En días o semanas el hombre encuentra que emocionalmente (si no es que ya físicamente) se ha tragado el anzuelo del adulterio, y ni siquiera sabe si quiere escupirlo.

Al poco tiempo él le da su corazón y su cuerpo a otra mujer, violentando pecaminosamente la promesa que le hizo a su esposa el día de su boda.

Si has caído en el anzuelo

¿Estás en una relación adúltera? Tal vez te encontraron en pecado y es por eso que estás leyendo este libro. O tal vez piensas que tu pecado está bien escondido, pero estás asustado. Estás buscando una salida antes de que sea demasiado tarde. ¿Qué puedes hacer?

1. *Llama a esta relación con esta otra mujer de la misma manera en que Dios lo hace: adulterio.* En su libro *¿Qué hace a un hombre?*, editado por Bill McCartney, el fundador de los *Promise Keepers* (*Guardadores de promesas*), Steve Farrar escribe un capítulo titulado “Los verdaderos hombres no”. Él enfatiza la importancia de identificar propiamente este pecado.

Hay algo muy extraño en esta epidemia, aparte de estar infectando a la novia de Cristo casi sin detenerse. Lo extraño es que no la llamamos “adulterio”. Llamemos a las cosas por su nombre. Pongamos las cartas sobre la mesa. Llamemos al adulterio por lo que es. En la relación matrimonial, el adulterio es traición. Pero no le llamamos traición. Hemos desarrollado un término más refinado y sofisticado. El adulterio se ha convertido en una “aventura”.³

El hábito de usar el término *aventura* en vez de *adulterio* tiende a suavizar, en nuestras mentes, su ofensa a Dios. Pero si quieres ser lleno con la maravilla de la misericordia y el perdón de Dios, no te engañes pensando que lo que has hecho no es tan malo. El minimizar tu pecado minimiza tu necesidad de Su gracia y también minimiza tu apreciación de Su gloria. Y eso no te beneficia.

Más bien, aprópiate de tu pecado. No hagas excusas. Evita echarle la culpa a otros. Clama a Dios con la confesión del rey David cuando cayó

bajo la carnada del adulterio:

Ten compasión de mí, oh Dios,
conforme a Tu gran amor;
conforme a Tu inmensa bondad,
borra mis transgresiones.
Lávame de toda mi maldad
y límpiame de mi pecado.
Yo reconozco mis transgresiones;
siempre tengo presente mi pecado.
Contra Ti he pecado, solo contra Ti,
y he hecho lo que es malo ante Tus ojos;
por eso, Tu sentencia es justa,
y Tu juicio, irreprochable (Salmo 51:1-4).⁴

2. *Confiesa tu pecado a aquellos a quienes les rindes cuentas espiritualmente*, como a tu esposa, a tus pastores y a tus compañeros de rendición de cuentas. Sé transparente. Eso te ordena Santiago: “Confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados” (Santiago 5:16). Si bien puede asustarte, al final serás más fuerte en tu lucha contra el pecado si *confieras* tu pecado a otro miembro del cuerpo de Cristo.

3. *Arrepiéntete ahora*. Corta todo contacto con la otra mujer sin dejar ninguna línea disponible que te permita volver a tener una relación pecaminosa con ella. Pudieras ser tentado hoy o mañana a tratar de reconectar con la otra mujer para “ver si está bien”. Y puede que sea bueno que *alguien* la contacte y vea cómo sigue, pero *no debes ser tú*. Recuerda que el que renuncia a su pecado encuentra misericordia (Proverbios 28:13).

4. *Humíllate delante de tu esposa.* Después de confesarle tu pecado, pídele explícitamente su perdón. No suavices tu confesión con frases apáticas como: “Oye, lo siento. Las cosas estaban mal en nuestro matrimonio, y sentí que debía buscar mi felicidad”. Esa no es una verdadera confesión de pecado. No hay humildad en esa confesión.

Mejor di algo como esto: “Amor, lo siento mucho. He pecado contra Dios y he pecado contra ti. He roto los votos de boda que te hice. He pecado al involucrarme con otra mujer. Lamento tanto cómo te he herido y cómo traicioné tu confianza. Entiendo si necesitas tiempo para procesar todo esto y orar por tu respuesta. Cuando estés lista, vendría a ti en humildad si me perdonaras. Yo quiero trabajar en nuestro matrimonio. Quiero hacer lo que sea necesario para probar que me he arrepentido, y no quiero nunca más hacer nada ni por asomo parecido a esto. Estoy planeando entrar en consejería y hacer rendición de cuentas. Me sentiría muy agradecido si me acompañas a las sesiones”.

Restaurar la confianza de tu esposa, volver a ganar su corazón, va a tomar tiempo... tal vez mucho tiempo. No demandes palabras rápidas de perdón para sentirte mejor contigo mismo. No siempre pasa así. Pero, por la gracia de Dios, muchos matrimonios son salvados después de experimentar el gran dolor del adulterio.

Si conoces una pareja cuyo matrimonio ha sido restaurado y sigue intacto y creciendo años después, pregúntales si estuvieran dispuestos a ser tanto tus mentores como los mentores de tu esposa a través de un proceso de restauración.

Resistiendo la carnada

¿Cómo pueden aquellos que *no* han caído en el pecado del adulterio evitar este terrible anzuelo? ¿Cómo podemos evitar el pecado del adulterio?

1. *Confiesa tu propia vulnerabilidad.* Steve Farrar nos recuerda: “Hombres mejores que nosotros han caído. No estamos exentos. Estamos en una guerra espiritual y, dadas las circunstancias equivocadas, cualquiera de nosotros puede caer con el tiempo”.⁵

Debemos escuchar la advertencia de 1 Corintios 10:12: “Si alguien piensa que está firme, tenga cuidado de no caer”.

Hace unos años, cuando una hermana querida en Cristo fue encontrada en adulterio, pensé: *¡No puedo creer que ella haya hecho eso!* Pero de manera casi inmediata, el Espíritu me llevó a preguntarme: *¿Qué dice esta reacción acerca de cómo te miras a ti mismo, Larry? ¿Piensas que nunca caerías en ese pecado?* Humillado, me di cuenta de que debí llorar por ese pecado y oré: “Señor, ese pude haber sido yo. No soy mejor que ella. Oh, Señor, necesito desesperadamente Tu gracia y protección en mi vida cada día, cada hora y a cada momento”.

2. *Cuando enfrentes la tentación, siempre busca una salida.* Justo después de la advertencia de Pablo a los corintios acerca de los peligros de la autoconfianza, él nos recuerda: “Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano. Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, Él les dará también una salida a fin de que puedan resistir” (1 Corintios 10:13).

En ocasiones, la “salida” es no meternos en situaciones comprometedoras en primer lugar. Por ejemplo, como familia teníamos una inquebrantable “regla de tres” para los tiempos de noviazgo de nuestros hijos. No tenían permitido estar a solas con su pareja: ni en

nuestra casa, ni en un apartamento ni en un carro estacionado. Siempre debía haber una tercera persona cerca: un padre, un hermano o un compañero. ¿Por qué habrían de tener los hombres casados un estándar más bajo?

Durante muchos años de ministerio pastoral rehusé reunirme con una mujer a solas. Si bien algunos considerarían esto anticuado, si una mujer soltera o una esposa cuyo esposo no quiere venir me pide consejería, les requiero que traigan una amiga en quien confían. Si no encuentran a alguien que les pueda acompañar, entonces le pido a mi esposa que nos acompañe. Si la aconsejada no quiere ninguna de estas opciones, le explico que entonces no puedo ser su consejero. Trataré de encontrar otra mujer mayor piadosa que se reúna con ella, pero no puedo quedarme a solas con ella. Esto causa ciertas situaciones incómodas, pero debo siempre recordar que yo no soy libre de tentación. ¿Por qué ponerme neciamente en una situación comprometedora?

Esta política también ha animado a mi esposa a lo largo de los años, confirmándole que mi corazón es solo para ella.

3. *Enfrenta el costo de cometer el pecado del adulterio.* Salomón le enseñó sabiamente a su hijo las advertencias y los costos del pecado sexual. Aquellos con hijos varones debemos hacer lo mismo. Una “aventura” con otra mujer puede lucir apetecible, pero las apariencias engañan. Salomón nos dice: “De los labios de la adúltera fluye miel; su lengua es más suave que el aceite. Pero al fin resulta más amarga que la hiel y más cortante que una espada de dos filos. Sus pies descienden hasta la muerte; sus pasos van derecho al sepulcro” (Proverbios 5:3-5). Aquí algunos de los costos más comunes de caer en el anzuelo de la tentación sexual:

- El adulterio lleva a una decepción profunda. Lo que parecía bueno acaba en una simple ilusión. Steve Farrar escribe: “La atracción del adulterio es pensar que esa otra mujer en verdad va a satisfacer tus necesidades. La mentira del adulterio es que ninguna otra persona sobre la faz de la tierra, sin importar cuán atractiva, interesante o hermosa sea, tiene la capacidad de satisfacer las necesidades de otro ser humano. Por eso, en última instancia, el adulterio es un engaño. *Promete algo que no puede dar*”.⁶
- El adulterio lleva a la ruina financiera. Salomón escribe: “Aléjate de la adúltera; no te acerques a la puerta de su casa, para que no entregues a otros tu vigor...para que no sacies con tu fuerza a gente extraña, *ni vayan a dar en casa ajena tus esfuerzos*” (Proverbios 5:8-10, énfasis añadido). ¡Ese otro hombre pudiera ser el abogado de tu esposa!
- El adulterio arruina reputaciones y familias. Salomón nos advierte que en última instancia el adúltero dirá: “Ahora estoy al borde de la ruina, en medio de toda la comunidad” (Proverbios 5:14). Considera el costo que esto tendrá para tus hijos también.
- Pero lo más importante es que Dios mismo ve el adulterio, aun el adulterio que crees que puedes mantener en secreto. Y eso lo ofende grandemente. Salomón escribe: “Nuestros caminos están a la vista del Señor; Él examina todas nuestras sendas” (Proverbios 5:21).⁷

La mejor defensa: Una buena ofensiva

Las palabras de Pablo a la iglesia de Corinto son muy útiles aquí: “Huyan de la inmoralidad sexual. Todos los demás pecados que una persona comete quedan fuera de su cuerpo; pero el que comete inmoralidades sexuales peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? *Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios*” (1 Corintios 6:18-20, énfasis añadido).

La mejor defensa contra el pecado del adulterio es una buena ofensiva. Justo en el centro de la advertencia de Salomón a su hijo acerca de los peligros del adulterio, él da este consejo explícitamente: “Bebe el agua de tu propio pozo, el agua que fluye de tu propio manantial. ¡Bendita sea tu fuente! ¡Goza con la esposa de tu juventud! Es una gacela amorosa, es una cervatilla encantadora. ¡Que sus pechos te satisfagan siempre! ¡Que su amor te cautive todo el tiempo! ¿Por qué, hijo mío, dejarte cautivar por una adúltera? ¿Por qué abrazarte al pecho de la mujer ajena?” (Proverbios 5:15, 18-20).

Invertir en tu matrimonio, cultivar el amor por tu esposa y disfrutar de la bendición de la intimidad marital dada por Dios son maravillosos cercos de protección en contra del adulterio. En *Learning from the Sages* (*Aprendiendo de los sabios*), el comentarista bíblico Kenneth T. Aitken lo explicó de la siguiente manera: “Aquí tenemos un pasaje tremendo que habla con entusiasmo acerca de los gozos y las delicias de las relaciones sexuales entre un esposo y una esposa. El disfrute, no la procreación, es su temática. Esta temática viene de Cantar de los Cantares, que es la hermosa celebración del amor humano y la fidelidad del novio con su novia”.⁸

Nuestro amor apasionado por nuestras esposas, expresado en relaciones sexuales gozosas, hace que cualquier relación adúltera no sea más que una copia barata. Como me dijo una querida señora mayor: “Si tus zapatos están bajo tu cama, no estarán bajo el colchón de alguna otra mujer”. ¿Sabe tu esposa que tu corazón es de ella y de nadie más?

Tal vez no tienes ni nunca has tenido otra mujer en tu vida. ¡Gloria a Dios! Pero ¿no sería posible que haya otras amantes? ¿Hablas con más pasión o le das más espacio a tu corazón para pensar en tu trabajo, en tu ministerio o en tu pasatiempo que en “la mujer de tu juventud”? ¿Es posible que tu esposa sienta que solo obtiene las sobras de tu atención y de tu afecto? ¿Le estás enviando un mensaje de “me dejé la vida en la oficina”? ¿Pudiera ella sentir que tu ministerio, tu pasatiempo o tu posesión preciada se está convirtiendo en un amante, compitiendo por el afecto que le habías prometido solo a ella?

Algunas esposas sienten que sus esposos todavía tienen un pie en la casa de sus padres, prefiriendo la atención y la aprobación de Mamá y Papá por encima de la de ella. En el libro de Bill McCartney *What Makes a Man? (¿Qué hace a un hombre?)*, los autores Gary Smalley y John Trent escribieron un capítulo titulado “Las promesas que le haces a tu esposa”. Ahí, ellos dan este consejo importante y bíblico: “Hay un versículo usado en casi todas las ceremonias matrimoniales que casi nadie le presta atención. Sin embargo, esta sola frase es clave para las relaciones exitosas... ‘Por esta razón’, el hombre ‘dejará’ a su padre y madre y se ‘unirá’ a su mujer”.⁹

Si bien podemos y debemos honrar a nuestros padres y aun buscar su consejo cuando iniciamos la relación con nuestras esposas, ellas nunca deben sentir que está perdiendo la competencia por nuestro amor y lealtad.

Cristo nos llama a amar a nuestras esposas con un amor sin igual. Bien dice Derek Prince: “Ella debe tener la confianza de que para su esposo ella

es la persona más importante del mundo”.¹⁰

Preguntas para el diálogo

1. Cuando nos rendimos ante diversas tentaciones que ponen en juego nuestro amor sin par por nuestras esposas, frecuentemente tratamos de justificarnos a nosotros mismos o nos justificamos delante de ellas. Lee 1 Corintios 10:12-13. ¿Cómo nos habla este pasaje frente a nuestra tendencia de excusarnos por ceder a la tentación?
2. ¿Cuáles son algunas señales de advertencia que podrían indicarte que estás permitiendo que tu corazón se aparte de tu compromiso de amar sin igual a tu esposa?
3. ¿Por qué crees que es tan difícil para los hombres cristianos hablar sobre sus tentaciones y confesarse unos a otros sus pecados, particularmente en el ámbito sexual?
4. ¿Cómo puede tu iglesia ser más intencional en fortalecer a los hombres para que resistan en contra de la tentación de la lujuria y el adulterio? ¿Cómo pueden los hombres en tu iglesia ministrar fielmente unos a otros en esta área tan importante de la vida?

Pasos de acción

1. ¿Qué cosas podría tu esposa considerar como competencia por tus afectos? ¿Tu trabajo? ¿Los deportes? ¿La televisión? ¿La computadora? ¿Algún pasatiempo? Sin defenderte a ti mismo, pregúntale.
2. Habla con tus compañeros de rendición de cuentas sobre cómo piensas humilde y firmemente intervenir en la vida de ellos si has visto que alguno ha puesto en juego su amor sin igual por su

esposa. ¿Cómo luciría esa intervención? Lean Gálatas 6:1 y discutan su compromiso de velar los unos por los otros.

3. Habla con tu esposa esta semana acerca de tu deseo de ser un hombre de una sola mujer, dedicado a ella en todas las áreas de tu vida. En humildad, pídele que ore por ti e invítala a que te confronte si ella siente o ve que has puesto en juego ese compromiso. Tomen un momento para orar juntos por eso.

Un amor práctico

Ya nuestros hijos crecieron y se casaron. Sin embargo, cuando estaban creciendo, traté de enseñarles importantes lecciones de vida. Algunas de esas lecciones salieron de nuestros estudios sistemáticos durante los devocionales familiares. Otras surgieron de manera espontánea en nuestro día a día como familia. Algunas lecciones eran más sencillas, como: “¡Los libros son nuestros amigos!”. Otras eran más sobrias, y les proveían a nuestros hijos la sabiduría para vivir en este mundo caído.

Una de las enseñanzas más solemnes que recuerdo haberles enseñado (¡y espero que ellos la recuerden también!) era esta: “Si alguien te dice una cosa con los labios y otra con su vida, créele a su vida. Está mintiendo con sus labios”.

¿Cuál era mi punto? Quería que mis hijos vieran que los hipócritas iban a tratar de engañarlos con sus palabras, pues con sus vidas revelarían algo muy diferente. Es una triste pero importante lección para navegar en las turbulentas aguas de nuestras culturas. Ninguno de nosotros se consideraría un hipócrita, y sin embargo me parece que todo el que ha caminado por esta tierra ha sido hipócrita de alguna manera, a excepción de Uno.

Jesús: El amante constante

Jesús es el único hombre cuya vida perfecta se correspondió siempre con las palabras de Sus labios. Nunca fue inconsistente. Estaba completamente libre de hipocresía. Lo que Jesús decía se correspondía siempre con lo que vivía.

Tomemos el importante ejemplo del amor de Jesús por Su iglesia. Él le dijo a Su pueblo que los amaba. En el aposento alto, la noche antes de Su crucifixión, Jesús miró a Sus discípulos y les aseguró: “Como el Padre me ha amado, así también Yo los he amado; permanezcan en Mi amor”. Entonces continuó: “Este es Mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, así como Yo los he amado” (Juan 15:9, 12). Con Sus labios, Jesús nos aseguró Su amor, ¿pero acaso Su vida confirmó Sus palabras? ¿Hizo algo más que *hablar* de Su amor por Su pueblo? Podemos pensar en muchísimas maneras en que Jesús puso Sus palabras de amor en acciones. El mismo hecho de que Él viniera a esta tierra es una demostración de Su amor: que Él voluntariamente dejara las glorias y las comodidades de un cielo sin pecado para venir en forma humana a este mundo lleno de maldad e infectado por la caída. Mientras estuvo en la tierra, Jesús mostró una compasión amorosa por aquellos que sufren por la enfermedad, el maltrato y el pecado.

Sin embargo, el enfoque de Su amor es la cruz. Inmediatamente después de ordenarle a Sus discípulos el amarse unos a otros, Él explicó: “Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos” (Juan 15:13). Horas después, esto es exactamente lo que Jesús hizo. De manera voluntaria, Él rindió Su propia vida para así redimir a Su amada iglesia: “Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella” (Efesios 5:25). La vida de Jesús se correspondió perfectamente con Sus palabras.

¿Cómo podemos reflejar este tipo de amor coherente con nuestras esposas?

Convirtiéndonos en los amantes prácticos de nuestras esposas

¿Te suenan bien estas dos palabras: *amantes prácticos*? Usualmente cuando escuchamos la palabra *amante*, nuestra mente se va a la pasión, al romance y al sexo. Esas cosas son parte de lo que es ser un buen amante para tu mujer, y vamos a hablar de esos aspectos del amor en el capítulo 9, “Un amor con pasión”. Así que ¡sigue leyendo! (Si te pica la curiosidad y quieres ir a leer ese capítulo ahora, no te olvides de volver atrás y leer lo explicado aquí sobre el amor práctico).

En este contexto, esta definición de la palabra *práctica* puede funcionar mejor: “Lo que concierne al uso en vez de a la teoría; inclinado más a la acción que a la especulación”.¹ En otras palabras, los esposos son amantes prácticos cuando hacen más que *hablar* palabras de amor a sus esposas; es decir, cuando ponen su amor en acción.

En nuestro deseo de ser como Cristo al amar a nuestras esposas, ¿cómo podemos reflejarlo a Él al obedecer el mandato de Efesios 5:25: “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y *se entregó por ella*”? (Énfasis añadido).

Queremos confirmar continuamente nuestro amor a nuestras esposas al decir con nuestros labios: “Te amo”. Jesús también usó sus labios cuando expresó amor por Su pueblo. La noche antes de la cruz, le expresó a Sus seguidores: “Así como el Padre me ha amado a Mí, también Yo los he amado a ustedes. Permanezcan en Mi amor” (Juan 15:9).

Puede que ya hayas escuchado la trillada historia de aquel viejo granjero que fue junto a su esposa a consejería matrimonial. La esposa se quejaba de que su esposo nunca le decía estas palabras tan importantes:

“Te amo”. ¿La defensa del granjero? “El día de nuestra boda ya te dije ‘te amo’. Si algún día cambio de opinión, ¡te dejaré saber!”.

Sonreímos y no prestamos mucha atención a esta historia absurda. Pero si somos honestos, ¿qué tan seguido expresamos con los labios nuestro amor por nuestras esposas? ¿No apreciarían ellas escuchar de nosotros más a menudo esas dos hermosas palabras?

Luego de todos estos años de matrimonio, parece que mi esposa nunca se cansa de escucharme *decir* esas palabras cargadas de poder. En la mañana, ella disfruta que la levante con un beso, seguido de un “te amo, Gladine” y de unos momentos acurrucados. Antes de empezar un día cargado, viene otro beso y otro recordatorio: “Te amo”. Llegar a casa en la noche me da otra oportunidad para abrazarla y decir otro “te amo”. Y al apagar las luces en la noche, otro beso más y otro recordatorio: “Te amo”.

Pero estas palabras no pueden ser *solo* palabras. Nuestras vidas deben ser coherentes con nuestros labios. El apóstol Juan lo explicó bien: “En esto conocemos lo que es el amor: en que Jesucristo entregó Su vida por nosotros. Así también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos [*y por nuestras esposas!*]... Queridos hijos, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad” (1 Juan 3:16,18).

Imagínate aplicando esas palabras de 1 Juan 3 en el contexto de nuestros matrimonios. El amor que tenemos por nuestras esposas debe ir más allá de las palabras. Debe ser expresado en acciones y en verdad. En palabras del Dr. Lloyd-Jones: “El amor no es solo algo de lo que se habla; el amor no es solo algo de lo que se escribe (en poemas o canciones). El amor es la cosa más práctica del mundo. Pues no es lo que tú y yo digamos lo que verdaderamente manifiesta el amor, sino lo que nosotros hacemos”.²

Entonces ¿cómo demostramos un amor “práctico” como el de Cristo?

Sirviendo a nuestras esposas con un amor práctico

Es fácil en nuestras culturas pensar que nuestras esposas existen para *servirnos*, sin considerar que para modelar a Cristo *nosotros* tenemos que aprender a *servirlas*. Al recordar que nosotros somos las cabezas de nuestros hogares, podríamos asumir que las palabras *líder* y *siervo* son en cierta manera incompatibles. Pero miremos una vez más al Amante perfecto.

Durante esa misma noche en el aposento alto, en la velada anterior a la cruz, vemos a Jesús ejerciendo los poderes tanto de líder como de siervo. Ya había iniciado la cena de Pascua, y sin embargo nadie se había prestado para hacer la humilde y acostumbrada tarea de lavar los pies de los demás. Para sorpresa de todos, no fue Pedro, Juan ni Andrés quienes se levantaron a hacer este servicio. Fue el Líder: Jesús mismo. En *Walking like Jesus did* [*Caminando como lo hizo Jesús*], escribo acerca de este incómodo evento.

Juan presenta este fascinante detalle contextual antes de contar la historia del Maestro que lava los pies de Sus discípulos: “Sabía Jesús que el Padre había puesto todas las cosas bajo Su dominio, y que había salido de Dios y a Él volvía” (Juan 13:3).

¿Cuál era el punto de Juan? Jesús no estaba actuando desde una posición de debilidad, sino de poder; no de inseguridad, sino de certeza. Él estaba seguro en Su relación con Su Padre celestial. Él estaba confiado en Su regreso al lugar de honor y gloria. Él estaba consciente de que el Padre había puesto todas las cosas “bajo Su dominio” o, aún más literal, “en Sus manos”.

Así, tan consciente de Su poder, habilidad y autoridad, ¿qué hizo Jesús? En vez de demandar *ser* servido por Sus seguidores, Jesús decidió voluntariamente servirles. Decidió usar Su poder y autoridad para servir a Sus hombres en la labor más humilde, a pesar de que Sus discípulos habían mostrado un gran orgullo en su debate y en su falta de iniciativa para servirse unos a otros.³

Nuestro Modelo perfecto nos muestra cómo usar nuestras posiciones como cabeza del hogar no para ser servidos, sino para servir. Cuando le dices a tu esposa “te amo”, ¿ella sonríe como diciéndote: “Yo sé que me amas. Lo veo en la manera que me sirves aquí en nuestra casa”?

¿De qué maneras prácticas reflejamos al Cristo que “amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella”?

El amor práctico de compartir las cargas

Muchos de nosotros tenemos una noción preconcebida sobre las tareas del hogar que son “masculinas”. Cortar el césped, colgar los cuadros, arreglar el fregadero. Los hombres están usualmente dispuestos a hacer esas tareas. Pero de alguna manera ignoramos a nuestras esposas mientras cargan con dificultad la ropa sucia hasta la lavadora, o tal vez nos alejamos de la mesa del comedor sin ayudar a llevar los platos. En muchas tradiciones, esas tareas son consideradas “cosas para mujeres”.

Pero me pregunto cuántas esposas se sentirían verdaderamente amadas si sus esposos dejaran de ver el partido en la televisión y les dijeran: “Mi amor, permíteme ayudarte con eso”. Cuántas esposas no se quedarían boquiabiertas si escucharan a sus esposos decir: “Amor, has tenido un día largo. ¿Por qué no te sientas en el sofá y lees un rato? Yo me encargo de los niños y de la limpieza”.

¿Por qué es que un esposo puede estar en la misma habitación donde está su bebé llorando y gritarle a su esposa que está al otro lado de la casa: “Mi amor, ¡el bebé está llorando! Creo que hay que cambiarle el pañal”?

Hombres, sirvamos a nuestras esposas con un amor práctico. Tomemos la iniciativa de cambiar los pañales, lavar los platos, sacar la basura y llevar a los niños a sus prácticas.

Podemos parafrasear Filipenses 2:3-5 para aplicarlo a nuestras relaciones con nuestras esposas: “No hagan nada por egoísmo ni vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. Cada uno de ustedes, esposos, deben velar no solo por sus propios intereses sino también por los intereses de sus esposas. La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús”.

¡El amor es así de práctico! Amar es considerar que nuestras esposas son más importantes que nosotros mismos y, después, con la actitud de

Cristo, servirles con humildad.

Te propongo un reto: Pregúntale a tu esposa qué pudieras hacer para que ella se sienta amada. Su respuesta puede sorprenderte. Muchas mujeres quieren que sus esposos muestren que las aman al tomar la iniciativa en llevar la carga del hogar.

El amor práctico en escuchar activamente

Otra manera en que nuestras esposas se sienten más amadas es cuando nos tomamos el tiempo de escucharlas y hablar con ellas. ¿Por qué no respaldar tus palabras de afecto con el amor práctico de sentarse a conversar tiernamente con tu esposa?

Por años, no percibía el clamor de mi esposa de que la escuchara regularmente y con atención. Tiendo a ser una persona enfocada en cumplir metas, con muchas cosas en mi lista diaria de quehaceres. Me he convencido de que la forma de ser piadoso es estar todo el tiempo haciendo varias cosas a la vez, por lo que asumí que podía estar trabajando en otros proyectos mientras escuchaba a Gladine. Mientras ella me contaba su día, yo arreglaba cosas en la cocina o revisaba el correo.

Hasta que un día, frustrada, ella exclamó: “¡Puedo ver que no me estás haciendo caso!”.

Al principio me reí, pensando que ella estaba haciendo un comentario chistoso. Pero eventualmente su clamor ganó terreno en mi mente ocupada. Ella quería ver que la estaba escuchando. Anhelaba que le demostrara, de manera práctica, mi amor por ella dejando de lado todas las otras ocupaciones: sin correo, sin computador, sin televisión, sin periódico, sin celular. Ella quería ver mi rostro mirando el suyo, mis ojos encontrándose con los suyos, y mi mente concentrada en escuchar no solo sus palabras, sino también su corazón.

Como escribe Jim George: “Escuchar es un acto de amor. Cuando escuchas, estás diciendo: ‘Yo valoro a mi esposa y quiero escuchar lo que tiene que decir’”.⁴

Esta demostración práctica del amor no solo significa quedarse sentado pasivamente mientras tu esposa te habla *a* ti mientras tú dices: “Sí... ajá... exacto...” sin pensarlo dos veces.

Escuchar como una demostración de amor práctico es un ejercicio completamente *activo*, o tal vez sería mejor decir que es un ejercicio *interactivo*. Nuestra tendencia como hombres es a darle a nuestras esposas una “escuchada” rápida, y luego tratar de arreglar lo más rápidamente posible cualquiera que sea su preocupación con tal de volver a lo que queremos hacer (volver al televisor o al periódico, por ejemplo).

Amigos: Nuestras esposas no quieren que las arreglemos. Ellas quieren sentir que nos importan. No solo que nos importa el asunto que tenemos que tratar, sino que nos importan ellas y cómo ese asunto puede estar afectándolas. Les confieso que sigo aprendiendo a demostrar este tipo de amor. Y me estoy dando cuenta que frecuentemente debemos quedarnos callados, con nuestra boca cerrada, y no interrumpir con frases como: “No es tan malo como parece”, o: “Sí, sé cómo te sientes”.

En *Marriage in the Whirlwind* [*El matrimonio en el torbellino*] Bill y Pam Farrel escriben: “Frecuentemente, una esposa trata de compartirle a su esposo cómo se está *sintiendo*, y él le responde diciéndole lo que ella debería estar *haciendo*. Esas dos cosas no son necesariamente lo mismo”.⁵

En vez de presumir la respuesta, por qué no preguntarle: “Cariño, ¿cómo te sientes sobre este asunto?”. O tal vez podemos conversar más con ella: “Esto parece que te está afectando mucho. Ayúdame a entender, ¿qué estás sintiendo? Quisiera saber lo que hay en tu corazón”. Aun si discernimos que la respuesta de nuestra esposa a la situación puede no ser lo que Dios quiere de ella, demostrar primeramente una preocupación amorosa por ella abrirá puertas que nos permitirán guiarla gentilmente y con gracia a una respuesta más piadosa.

Una de las mejores cosas para nuestro matrimonio en años recientes ha sido sacar tiempo cada día para hablar como marido y mujer. Caminar juntos para hacer ejercicio por 30 o 40 minutos casi todas las mañanas no solo ha mejorado un poco nuestra condición física, sino que también ha

sido fenomenal para la salud de nuestro matrimonio. Casi nunca somos interrumpidos al salir a caminar temprano por las calles de nuestro vecindario. Podemos hablar y escuchar juntos. También tratamos de desayunar juntos casi todas las mañanas, y luego leemos la Biblia juntos, para hablar de cómo ponerla en práctica y para orar como esposo y esposa. Generalmente también tratamos de cenar juntos, o de conversar más tarde en la noche sobre los eventos del día. Es un amor muy *práctico*.

A algunos de ustedes que todavía tienen niños pequeños en casa les será más difícil sacar esos espacios a diferencia de nosotros, pues nuestros hijos ya no viven en nuestra casa. Tal vez tengan que levantarse antes de que los niños salgan de casa y poder tomar una taza de café o de té temprano en la mañana. Tal vez tú tengas que ser más diligente en asegurarte de que los niños tengan una hora fija de acostarse para que ustedes dos puedan tener unos minutos a solas juntos. Pero, por favor, tómate el tiempo de exhibir una demostración práctica de cuánto amas a tu esposa. Ella te bendecirá por haberlo hecho.

Preguntas para el diálogo

1. Lean Filipenses 2:3-5 juntos como grupo. Discutan las maneras en que este principio puede transformar su matrimonio.
2. ¿Cuáles son las tareas del hogar que tú, el esposo, generalmente haces en la casa? ¿Qué otras tareas generalmente hace tu esposa? ¿Cómo llegaron a ese acuerdo? ¿Están tú y tu esposa satisfechos con eso? ¿Le has preguntado?
3. ¿Hay alguna tarea que tu esposa lleva tiempo queriendo que tú hagas, pero siempre lo dejas para después? ¿Qué está evitando que lo hagas ya?
4. Cuéntale a los de tu grupo alguna vez en donde hayas sorprendido a tu esposa haciendo algo inesperado que genuinamente le agradara. (Si no puedes pensar en nada, no hay problema. ¡Sorpréndela esta semana!).
5. Lean Juan 13:1-17 como grupo. ¿Cuáles son algunas maneras en que los esposos podrían “lavar los pies” de sus esposas?

Pasos de acción

6. Durante esta semana, busca tres o cuatro maneras cada día de poder ir donde tu esposa y decirle: “Te amo”. Al menos una de esas maneras debe convertirse en un patrón en donde diariamente puedas expresarle tu amor. Por ejemplo, dile “te amo” cada día antes de que salgas a trabajar, o en la noche antes de acostarse. Encuentra otras maneras creativas para decirle verbalmente a tu esposa lo preciada que es para ti. Por ejemplo, saca tiempo para enviarle un correo o un texto durante el día donde diga: “Solo para decirte que te amo”.
7. Elige una noche durante la próxima semana para que, después de cenar, animes a tu esposa a que se siente en su silla favorita con su libro favorito mientras tú (¿y los niños?) limpian la cocina y guardan todo.
8. Si no lo estás haciendo ya, elige un momento que funcione cada día para poder enfocarte en escuchar el corazón de tu esposa. Crea el hábito de dejar toda distracción (televisión, periódico, celular) para poder escucharla de veras, haciendo preguntas no solo de los hechos, sino también de sus sentimientos. Aun si se siente extraño al inicio, ¡sigue intentando! La próxima vez que tu grupo se reúna, cuéntales cómo te fue.

Un amor protector

Honestamente, no recuerdo qué fue lo que dije. Supongo que ya no importa. La dolorosa pero buena lección que aprendí es lo que cuenta. Esto es lo que recuerdo. Yo tenía 16 años; era orgulloso y desconsiderado. Mi mamá me estaba instruyendo, pero yo era muy engreído como para recibir la instrucción. Como estaba más interesado en mis cosas, le respondí de mala manera, lo que sin duda era pecado. Gracias a Dios, no recuerdo los detalles, y espero que mi mamá también los haya olvidado. Estoy asombrado por la gracia de Dios. El encuentro que le siguió, un momento sobrio con mi papá, se ha quedado en mi alma por casi 40 años.

No fue un “¡Ya basta!” molesto de un padre insensible. Él me sentó en la mesa del comedor, y con una voz temblorosa y ojos humedecidos, me dio esta orden inolvidable: “¡No quiero que nunca más le hables a mi esposa de esa manera!”. Sus palabras eran firmes, determinantes y apasionadas.

Aunque tan solo tenía 16, y estaba muy lejos de mi matrimonio con Gladine, mi papá me enseñó una lección muy importante acerca del amor de un esposo por su esposa. Él no había planificado una lección de padre e hijo para ese día. Simplemente, me modeló la manera en que un esposo, tal como lo hizo Cristo, debe amar a su esposa con un amor protector.

Recuerdo sus palabras claramente. Él no dijo: “No quiero que le vuelvas a hablar así a tu madre”. No, él usó palabras diferentes: “No

quiero que le vuelvas a hablar así a *mi esposa*”. Las palabras que se quedaron en mi mente y en mi corazón fueron esas dos: *mi esposa*. Él no estaba hablando solo como mi padre en ese momento, sino como el devoto esposo de mi madre. Estaba amándola al protegerla de mí, un adolescente creído y orgulloso.

El amor protector de Jesús por su Novia

Jesús hace tan buen trabajo en proteger a Su iglesia que ni siquiera lo pensamos dos veces. No es un esposo alejado ni insensible. Como nuestro Salvador, está constantemente cuidándonos y protegiéndonos momento a momento. “Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de Él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Como escribe Lou Priolo: “El verbo griego de donde se deriva la palabra *salvador* involucra mantener a alguien sano y salvo, rescatándolo del peligro o de la destrucción, salvándolo del juicio, del mal o del daño; de cualquier riesgo, enfermedad, o muerte”.¹

Jesús nos protege de Satanás y de la paga de nuestro propio pecado. Esto le costó la vida, ofrecida gratuitamente en la cruz para protegernos del devorador, el Diablo, y además para protegernos de las consecuencias de la condenación por nuestra pecaminosidad.

La protección de nuestro Pastor

Usando la analogía de un pastor con su rebaño, Jesús nos dice: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado no es el pastor, y a él no le pertenecen las ovejas. Cuando ve que el lobo se acerca, abandona las ovejas y huye; entonces el lobo ataca al rebaño y lo dispersa. Y ese hombre huye porque, siendo asalariado, no le importan las ovejas” (Juan 10:11-13). Jesús nunca le huyó a Su compromiso de protegernos, si bien Su amor le costó mucho.

En las palabras gráficas del puritano Thomas Watson: “Él saltó al mar de la ira de Su Padre para salvar a Su esposa de morir ahogada”.² Ciertamente, Su protección amorosa se extiende más allá de aquel horrible día en el Calvario. Pablo nos dice que el amor protector de Jesús continúa hasta hoy: “Pero el Señor es fiel, y Él los fortalecerá y los protegerá del maligno” (2 Tesalonicenses 3:3).

La protección del Espíritu Santo

Jesús continúa mostrando Su amor protector por nosotros, Su novia, al darnos Su Espíritu Santo. Horas antes de la cruz, Jesús confrontó a Sus discípulos ansiosos y confundidos al prometerles: “Y Yo le pediré al Padre, y Él les dará otro Consolador para que los acompañe siempre: el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedes y estará en ustedes” (Juan 14:16-17). Este Consolador prometido es nuestro ayudador divino, nuestro defensor y protector contra los ataques del acusador y de sus huestes tanto demoníacas como humanas.

La protección de los líderes de nuestra iglesia

¿Alguna vez has pensado que los líderes de tu iglesia son una evidencia del amor incesante y protector de Jesús por ti? Jesucristo dio estos hombres a la iglesia (Efesios 4:11) y les encomendó la responsabilidad de proteger al cuerpo de fuerzas destructivas, tanto internas como externas (Hechos 20:28-31; Hebreos 13:17). ¡Oh, cuánto nos ama Jesús! Él provee la protección que necesitamos ahora y para siempre. Cuánto podemos descansar en Su amorosa protección. Pablo escribe: “Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo, y conserve todo su ser —espíritu, alma y cuerpo— irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que los llama es fiel, y así lo hará” (1 Tesalonicenses 5:23-24).

Nuestra protección amorosa de nuestras esposas

¿Siente tu esposa tu amor protector? ¿Por qué no le preguntas? Pensemos en algunas maneras prácticas de reflejar en nuestros matrimonios el amor de Cristo por Su novia.

Protegerla físicamente

El cuidado físico es probablemente en lo primero que piensan los hombres al hablar de proteger a sus esposas. Como dice el locutor cristiano Dennis Rainey: “Imagínate estar acostado tarde en la noche y escuchar un ruido dentro de la casa. ¿Qué esposo podría, con limpia conciencia, levantar a su esposa y decirle, ‘tengo miedo, ve tú?’”.³ Parece como si el Señor hubiera dotado a los esposos con la disposición de demostrar amor a sus esposas (y de demostrar su masculinidad) al proteger a sus esposas físicamente. Si el esposo está disponible, él siempre será el que revise el sonido en la noche, el que mate la araña o el que disponga del ratón muerto que trajo el gato de la familia. Si bien no es tan emocionante como el alejar a los leones, a los tigres o a los osos, hay otras maneras en que podemos expresarle a nuestras esposas nuestro amor a través de la protección física:

- *Haz de tu casa un lugar seguro.* ¿Por qué no crear el hábito de asegurar la casa antes de irse a dormir? Que tu esposa sepa que vas a cerrar las puertas, asegurarte de que está todo cerrado y que el sistema de alarma está encendido.
- *Mantén viva la caballerosidad.* Camina del lado de la acera que da a la calle, ábrele las puertas, enciende las luces en la medida que ella entra.
- *Cuida el vehículo de tu esposa.* ¿Necesita gasolina? Llénalo tú. Si vives en un clima frío, busca un tiempo extra en la mañana para quitarle el hielo y la nieve a sus ventanas. ¿Y qué si puedes calentar su vehículo antes de que ella salga para el trabajo o a hacer diligencias? Aun si no eres mecánico, demuéstrole tu amor al monitorear el mantenimiento y asegurarte de que cualquier reparación necesaria se realice a la mayor brevedad posible.

- *Ayúdale a cuidar su salud física.* Frecuentemente es la esposa quien interviene en la salud de su esposo, pero ocasionalmente un esposo necesita tomar la iniciativa en proteger la salud de su esposa. Esto puede tomar una dosis extra de sensibilidad para evitar ser degradante o condescendiente. ¿Está descansando bien? ¿Cómo puedes ayudarla a descansar? ¿Trabaja a tiempo completo y a la vez cuida de la familia? ¿Podría tu familia subsistir con un solo sueldo, o con sueldo y medio? ¿Podrías tú ayudar más en la casa? Si no estás “domesticado”, ¿por qué no le pides humildemente que te enseñe a lavar la ropa o a limpiar la casa? ¿Quizá podrías aprender a cocinar algunas cosas básicas para que ella no tenga que hacerlo todo en la cocina? ¿Podrías tal vez demostrar amor por tu esposa cansada al ayudar a los niños con las tareas o con sus responsabilidades en el hogar, liberando a tu esposa de algunas de las tantas cosas en su lista de quehaceres? Déjale saber que te importa su salud, y muéstralo con acciones.
- *Ejemplifica en los asuntos de salud.* ¿Necesitas tomar la iniciativa en cambiar los hábitos alimenticios de la casa? ¿Puedes romper con el hábito del tabaco o iniciar un programa de ejercicio? ¿Puedes asegurarte de que todos están yendo al médico? Puedes demostrar un amor práctico por tu esposa al promocionar hábitos de vida saludables en tu familia. Un esposo amoroso toma la iniciativa de cuidar a su esposa en esas formas tan fácilmente olvidadas.

Aunque ya eso de cargar en brazos al amor de tu vida para colocarla en el asiento de tu convertible blanco suena a una película anticuada, aún puedes demostrarle tu amor protector haciendo cosas especiales como estas.

Protegerla emocionalmente

Esta parte es un poco más difícil. La idea de demostrar amor físicamente es más fácil de entender para los hombres. Es algo concreto. Es varonil. Sin embargo, la mayoría de los hombres tienen dificultad en entender las emociones de sus esposas. Si no la entiendes emocionalmente, ¿cómo podrías demostrarle tu amor protegiéndola en esta esfera tan esquiva de las emociones que vivimos día a día?

¿Por qué no le preguntas? Amigos, sé que esto va a estar difícil, pero hacer tan solo una pregunta quizá sea una gran demostración de amor para nuestras esposas. Aquí hay algunas ideas que mi esposa me ha compartido, junto con algunas ideas que he aprendido haciendo consejería matrimonial a lo largo de los años:

- *Protégela del estrés de trabajar demasiado.* Podemos demostrar amor como el de Cristo al proteger a nuestras esposas de sentirse demasiado saturadas. Algunas esposas, al igual que algunos esposos, tratan de alcanzar demasiado, tratando de realizar 25 horas de actividades en un día de 24 horas. Mi esposa, Gladine, aprecia que me siente con ella cada semana para hablarle de las diversas cosas que creemos que “necesitamos” hacer. Ella no quiere que trate de ser un general militar, diciéndole: “Necesito que hagas esto y esto, pero no aquello ni esto otro”, pero sí aprecia que muestre interés en su semana y la ayude a ubicar sus prioridades. A veces es útil sugerirle en amor: “¿Por qué no mejor te enfocas en esto esta semana? Esas otras cosas pueden esperar a que estemos menos ocupados”. A Gladine le encanta que yo me detenga y diga: “Busquemos juntos la guía del Señor antes de

seguir adelante”. Ella dice que el orar juntos, el hablar juntos y el planificar juntos la hace sentir amada y protegida.

- *Protégela de preocupaciones innecesarias en cuanto al bienestar económico de tu familia.* Los hombres podemos ponernos rápidamente a la defensiva cuando nuestras esposas tratan de verbalizar sus preocupaciones sobre las finanzas. Podemos pensar que están atacando nuestras habilidades de ganarnos el pan. Pero una respuesta más apropiada es una actitud humilde, centrada en Dios, de tomar a nuestra esposa de la mano e ir juntos ante el trono de la gracia y pedirle al Rey por sabiduría y provisión. El antídoto contra la preocupación económica no es necesariamente conseguir más dinero (si bien algunos esposos deben considerar un cambio de trabajo para proveer mejor a sus familias). Tomar la iniciativa al hacer el presupuesto puede comunicarle a tu esposa que sí te importa el bienestar económico de la casa. ¿Por qué no desarrollar el hábito de tomar parte del día de año nuevo para desarrollar el presupuesto anual juntos? Y manténgase atentos a ver el progreso. El trabajar en esto podría proteger a tu esposa y aliviarla del estrés de no saber de dónde viene el dinero o adónde está yendo.
- *Protégela del estrés emocional de personas dañinas.* Los esposos deben estar atentos, en las preciosas vidas de sus esposas, a la hora de identificar a aquellas personas que les están causando gran daño emocional. ¿Recuerdas lo que me dijo mi papá en la situación que relaté al inicio de este capítulo? Aparentemente, él no es el único esposo que demostró amor por su esposa al protegerla de un adolescente descarado. Steve Farrar cuenta una historia similar de un hombre que protegió a su esposa al corregir

a su hijo irrespetuoso. ¿Cuál fue la respuesta de la esposa a la defensa amorosa pero firme de su esposo?

En todos nuestros años de matrimonio has hecho muchas cosas maravillosas por mí. Me has dado regalos hermosos y nos hemos ido de viaje a lugares muy especiales. Pero nada de lo anterior significó más para mí que la manera que demandaste que nuestro hijo nos respetara. Nunca podrás entender cuánto eso me hizo ver lo mucho que me amas y que me valoras.⁴

¿Diría tu esposa lo mismo de ti? ¿Necesitas hacer algunos cambios en tu vida en la manera que proteges a tu esposa de cómo otros la tratan, aunque sean sus propios hijos?

- *Protégela de la tentación sexual.* También podemos proteger a nuestras esposas emocionalmente al proveerles una intimidad satisfactoria en el matrimonio. Hablaremos más sobre esto en el capítulo 9, “Un amor con pasión”, pero también debemos considerarlo aquí. Las esposas que se sienten olvidadas por sus esposos, romántica y sexualmente, están en un mayor riesgo cuando otro hombre les presta una atención especial. Hombres, protejan a sus esposas de una tentación innecesaria al amarlas romántica y sexualmente, proveyendo gozo y satisfacción en la intimidad de su matrimonio.

Protegerla espiritualmente

Si la sección pasada de proteger a nuestras esposas emocionalmente parecía difícil, esta área del amor protector se convierte en un terreno desconocido para la mayoría de los esposos. ¿Cómo los esposos podemos proteger a nuestras esposas *espiritualmente*? ¿Cómo luce eso?

Al igual que nosotros, nuestras esposas se encuentran con diversas tentaciones, tanto internas como externas. Como lo dice el viejo himno: “Tal como soy, arrojado de lado a lado en diversos conflictos, con dudas y luchas y miedos, por dentro y por fuera”.⁵

¿Cuál es nuestro rol en demostrar un amor como el de Cristo al proteger a nuestras esposas espiritualmente?

En primer lugar, recuerda que una onza de precaución es mejor que una libra de cura. O, para ponerlo de otra forma: “Si mantienes tu césped bien regado, no gastarás mucho tiempo apagando incendios”.

En segundo lugar, *saca tiempo* para alimentar a tu esposa espiritualmente:

- Ora con ella.
- Lee la Biblia y otros buenos libros cristianos con ella.
- Aparta un tiempo devocional con ella.
- Habla con ella en conversaciones cotidianas acerca de Cristo y de Su gracia prometida.
- Escuchen música cristiana que edifique su alma.
- Involúcrense en su iglesia local y en su grupo pequeño, donde tanto tú como tu esposa puedan desarrollar profundidad en su disfrute de Cristo y en su semejanza con Él. Si tu iglesia no enseña ni vive la Palabra de Dios, encuentren una que sí lo haga.

Asegúrate de que tanto tú como tu esposa estén recibiendo la nutrición espiritual que ambos necesitan.

Tercero, *estudia* el corazón de tu esposa. Esta es la clave para estos hábitos espiritualmente saludables.

- ¿Cuáles tentaciones enfrenta comúnmente? ¿Las conoces? ¿O tienes que preguntarle? ¿Es tentada a la ira o a la amargura? ¿A las fantasías o la lujuria? ¿Al descontento y a la queja? ¿A la incredulidad y a la desesperanza?
- ¿Cómo puedes ayudarle a resistir esas tentaciones? ¿Hay maneras específicas en las que pudieras orar con ella? ¿Hay pasajes de la Escritura que pudieras sugerir en amor que estudien juntos?
- No la dejes sola luchando con estas tentaciones si puedes venir al lado de ella y ayudar a protegerla.

El primer esposo que existió sobre esta tierra (a quien los teólogos también llaman el primer Adán) debió haber protegido a su esposa, Eva, cuando la serpiente le susurró sus tentaciones seductivas. Después de todo, Adán estaba ahí mismo “con ella” (Génesis 3:6). Jesucristo (a quien los teólogos llaman el segundo Adán) modeló la respuesta correcta de un esposo ante un ataque espiritual. Él nunca renunció a Su responsabilidad de proteger a Su novia, la iglesia (2 Tesalonicenses 3:3). Al mirarlo a Él –Su ejemplo, Su fuerza, Su gracia– amemos a nuestras esposas con un amor protector.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Cuáles son algunas de las formas en las que Jesús demuestra Su amor por nosotros, Su novia? ¿De qué nos está protegiendo?
2. ¿Puedes recordar algún incidente donde tomaste la iniciativa de proteger a tu esposa de daño físico, emocional o espiritual? Como esposo, ¿cómo te sentiste cuando le demostraste tu amor a tu esposa de esa manera?
3. El apóstol Pedro habla de tratar a nuestras esposas con respeto (1 Pedro 3:7). Una traducción literal sería “darles honor”. Pero nuestra cultura frecuentemente degrada a la mujer. ¿Cuáles son algunas maneras en que podemos nadar contracorriente y proteger a nuestras esposas física, emocional y espiritualmente?

Pasos de acción

1. Durante tu tiempo de oración esta semana, da gracias al Señor por demostrar Su amor al protegerte del maligno (2 Tesalonicenses 3:3). Agradécele también por los líderes de tu iglesia que buscan fielmente protegerla del daño espiritual (ver Hechos 20:28).
2. En algún momento de esta semana, hazle esta pregunta a tu esposa: ¿Cómo puedo demostrarte mejor mi amor por ti al protegerte? Dale tiempo para que lo piense. Explora formas en las que puedes tomar iniciativa protegiéndola emocional y espiritualmente.
3. Si tu esposa expresa sentimientos de sentirse con demasiadas cosas, toma tiempo para, con ternura, hacerle preguntas que te ayuden a entender qué está pasando en su vida y cómo eso la está afectando

física, emocional y espiritualmente. Resiste a la tentación de dar respuestas rápidas. Más bien, muestra compasión, ora con ella, y pídanle al Señor dirección y fortaleza. *Después de haber hecho eso*, empiecen a conversar sobre posibles soluciones a las que el Señor puede estar llevándolos.

Un amor con propósito

Ya toca otra vez. Es el momento de volver a hacer ese plan de cinco años. Tengo el privilegio de servir a nuestra iglesia como pastor titular por más de veintiséis años. A lo largo de los años, nuestra iglesia ha seguido creciendo, y con ese crecimiento hemos tenido la necesidad de evaluar y actualizar nuestra planificación regularmente. ¿Estamos en camino de seguir la voluntad revelada de Dios para nosotros como iglesia? ¿Estamos siendo sensibles a las maneras en que Él quiere que cambiemos y cómo quiere que ministremos en el futuro? Cada cinco años, el liderazgo de nuestra iglesia pasa mucho tiempo en oración, evaluación y planificación, organizando el plan de los *próximos* cinco años, siempre sometidos a Su voluntad soberana, por supuesto. Y ya toca volver a hacer la planificación de los próximos cinco años.

Si estás en los negocios, en el ámbito académico o en el ministerio, sabes de lo que estoy hablando. Puede que seas muy bueno en esto. Que te llene de ánimo el postrarte en oración y poder soñar dónde ves tu negocio o tu ministerio en el futuro y poder armar un plan que te ayude a llegar a ese destino mientras Dios provee, guía y ordena.

Sin embargo, como nota Bob Lepine: “Muchos de esos hombres de negocios que pueden fácilmente establecer un plan para sus compañías no tienen idea de cómo poder pensar estratégicamente en cuanto a las necesidades espirituales, emocionales, físicas y sociales de sus esposas.

Pregúntales cuál es su plan de cinco años para su matrimonio, y van a quedar totalmente sin palabras”.¹

¿Un plan de cinco años para mi matrimonio? ¿A quién se le ocurrió eso? Tal vez la idea te suene extraña por un par de razones.

En primer lugar, usualmente no pensamos en que nuestro matrimonio tenga metas. De seguro tenemos metas para nuestras carreras o para nuestra jubilación, pero hasta ahí. Si es que tenemos metas para nuestro matrimonio, por lo general tienen que ver con las finanzas. Tengo el presentimiento de que muy pocos esposos han orado y pensado acerca de las metas espirituales para sus matrimonios.

En segundo lugar, pocos esposos han pensado significativamente acerca de su responsabilidad a la hora de liderar a sus esposas a metas espirituales específicas. Tal vez nos hagamos la pregunta: “¿En serio es mi responsabilidad la salud espiritual de mi esposa?”.

Aquí te planteo un ejercicio interesante. Mírate en el espejo y pregúntate: “¿Cómo quiere Dios que mi esposa sea al final de nuestros días, y qué quiere Él que yo haga para ayudarla a llegar hasta ahí?”. Mejor no hagas este ejercicio sin antes tomarte una buena taza de café. De seguro te quedarás sin palabras.

Increíble, ¿no es cierto? Sin embargo, por la gracia de Dios, esta pregunta debe estar en la cabeza de cada esposo que está tratando de seguir a Cristo. “Señor, ¿qué quieres ver en mi esposa? ¿Cómo quieres que la ayude a llegar hasta ahí?”.

Este concepto es tan pero tan nuevo para la mayoría de nosotros que necesitamos algún tipo de modelo o de ejemplo, algún prototipo que podamos observar si es que alguna vez vamos a avanzar en este amor dinámico por nuestras esposas. Pues ¡gloria a Dios! Tenemos el Modelo perfecto. “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua

mediante la palabra, *para presentársela a Sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable*. Así mismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo” (Efesios 5:25-28, énfasis añadido).

El amor con propósito de Jesús por Su novia

Jesús tiene planes para nosotros, Su novia. Planes de amor. Dicho de otra manera, Él nos ama con un amor con *propósito*. Si bien toda meditación sobre el amor de Cristo por Su iglesia debe comenzar con Su obra salvífica en la cruz, no debe parar ahí. El Dr. D. Martyn Lloyd-Jones dijo una vez: “Él [Jesucristo] no para en el primer paso [justificación]; continúa con la santificación. En otras palabras, Su muerte en la cruz por nosotros, por nuestros pecados, fue simplemente el primer paso en este gran proceso. Y Él no para en el primer paso. Él tiene un propósito completo para la iglesia, y lo va a cumplir, paso por paso”.²

¿Hasta dónde crees que llega el plan de Jesús por Su iglesia? ¿Hasta el año que viene? ¿Dentro de cinco años? ¿Qué tal diez?

El amor de Jesús por Su iglesia es de largo alcance. De hecho, Él tiene sus ojos puestos en la eternidad. Está mirando hacia adelante a esa gloriosa cena del Cordero, cuando regrese a la tierra por Su novia. Dios permitió que el apóstol Juan, ya anciano, tuviera un vistazo de lo que está por venir. Así expresó Juan su experiencia: “Después oí voces como el rumor de una inmensa multitud, como el estruendo de una catarata y como el retumbar de potentes truenos, que exclamaban: ‘¡Aleluya! Ya ha comenzado a reinar el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. ¡Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria! Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado, y se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente’. (El lino fino representa las acciones justas de los santos)” (Apocalipsis 19:6-8).

Por eso Pablo habla, con relación a Cristo, de “presentarse” a Sí mismo a Su novia como “una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable”.³ El amor de Jesús por nosotros no es solo una reacción inconsciente de nuestro amor por Él. No. Su amor

tiene un propósito muy específico. Él nos está guiando a la meta, la meta maravillosa, de ser Su novia gloriosa en aquel día.

¿Cuál es el propósito máximo de Jesús por nosotros, Su novia? Que seamos Su reflejo, que seamos como Él. “Queridos Hermanos —escribe Juan— ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga *seremos semejantes a Él*, porque lo veremos tal como Él es” (1 Juan 3:2, énfasis añadido).

Jesús nunca pierde de vista Su propósito máximo para con nosotros. “Él no estará satisfecho hasta que ella no sea perfecta. Él quiere poder presentarse a Sí mismo una iglesia gloriosa”, escribe Dr. Martyn Lloyd-Jones. Y luego lo ilustra de la siguiente manera: “A la novia más hermosa que hayas visto en toda tu vida, multiplícala por el infinito, y aún así ni siquiera has empezado a entender su hermosura. Así va a ser la iglesia”.⁴

Nuestra belleza como Su novia —nuestra *gloria*— va a ser Su glorioso carácter en nosotros. Este siempre ha sido Su plan.

Todo lo que el Señor trae a nuestras vidas, tanto de manera individual como en la calidad de Su novia, es para el propósito final de transformarnos con el fin de reflejar Su gloria. No importa si las experiencias son agradables o dolorosas, todas sirven para el propósito máximo de Dios. “Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con Su propósito. Porque a los que Dios conoció de antemano, también *los predestinó a ser transformados según la imagen de Su Hijo*, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:28-29). El amor del Señor por nosotros está siempre llevándonos al “bien” supremo de ser más como Cristo. Como dijo Thomas Watson hace muchos años: “Cristo no piensa que ama lo suficiente a Su novia hasta que no pueda ver Su propio rostro en ella”.⁵

Jesús nos guía con un amor con propósito y nos lleva a prepararnos para aquel glorioso día de bodas.

Nuestro amor con propósito por nuestras esposas

“Así mismo el esposo debe amar a su esposa”, escribe Pablo en Efesios 5:28. Así como Cristo ama con un amor con propósito, así nosotros debemos amar. Así como Cristo tiene una maravillosa meta para nosotros, Su novia, y nos está llevando hacia allá, también nosotros como esposos debemos tener metas para que nuestras esposas honren a Dios, y en amor debemos llevarlas hasta allá, “hasta que la muerte nos separe”.

“¿Cuáles metas?”, podrías preguntar. La idea de llevar a nuestras esposas a una meta suprema nos desconcierta. La tentación es a ir al mundo a buscar sabiduría. Pero eso no funciona. Esas direcciones no nos ayudarán a llegar al destino.

A veces en nuestro orgullo nos negamos a pedir direcciones. Si fuera solo por nosotros, miraríamos hacia adentro, ideando nuestras propias metas para con nuestras esposas. Lamentablemente, ya sea por costumbre o por diseño, la tendencia es a tratar de hacer que nuestras esposas sean como nosotros. Tontamente pensamos que si nuestras esposas fueran más como nosotros, nuestros matrimonios serían mejores y nuestras vidas tendrían menos preocupaciones.

Al contrario, ¿por qué Dios querría hacer a nuestras esposas a nuestra propia imagen? Más bien, nuestra meta final es un reflejo de la meta final de Cristo para Su novia: parecernos a Él. “Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, *somos transformados a Su semejanza* con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu” (2 Corintios 3:18, énfasis añadido). Nosotros los esposos somos herramientas primarias en las manos del Espíritu Santo en ese glorioso proceso de moldear a nuestras esposas a ser más y más como Cristo. Así que nos sería muy útil entender mejor cómo el Espíritu nos usa

con el objetivo de que sirvamos a nuestras esposas en este proceso de transformación.

Nuestro ejemplo

El Espíritu Santo usa el ejemplo de nuestras vidas cotidianas como esposos en formar el carácter, las prioridades y las pasiones de nuestras esposas. ¿Cuál fue el consejo del apóstol Pablo a las personas que él dirigía? “Imítenme a mí, como yo imito a Cristo” (1 Corintios 11:1). ¿Puedes imaginar lo serio que es esto: poder decirle a tu esposa estas mismas palabras? ¿Podrías imaginarte diciendo, humildemente y con integridad, estas palabras: “Amor, el Señor me ha dado la misión a mí, tu marido, de ayudarte a ser más como Jesús. Por tanto, mira mi ejemplo: imítame a mí, como yo imito a Cristo”?

Servir a nuestras esposas dándoles un ejemplo de la vida real que ellas puedan seguir obviamente requiere que entendamos lo que significa seguir a Cristo. Como enseñó el apóstol Juan: “De este modo sabemos que estamos unidos a Él: el que afirma que permanece en Él, *debe vivir como Él vivió*” (1 Juan 2:5-6, énfasis añadido). ¿Sabes de qué manera vivió Jesús en la tierra? Es importante que cada esposo preocupado por amar con propósito a su esposa tenga el desafío de por vida de conocer a Cristo cada vez más. Como modelos de Jesús para nuestras preciosas esposas, necesitamos un entendimiento práctico de Su humildad, santidad, compasión, paciencia, perdón, gozo, amor y más. Necesitamos reflejar esos atributos de Cristo en nuestras propias vidas. Estudiemos a Cristo, no solo para nuestra propia santificación,⁶ sino también para el crecimiento espiritual de nuestras esposas.

El ser un ejemplo diario puede ser una poderosa influencia. El autor y pastor John Piper dice:

El liderazgo, más que algo que *haces*, es algo que *eres*. Si sales de tu tiempo a solas con el aroma de Cristo cerca de ti, tu esposa y tus

hijos intuitivamente sentirán que estás a cargo de esta nave con la mano de Dios en tu hombro. Las técnicas de liderazgo y las estrategias son en vano si el hombre no ha estado con Dios. Es lo que somos en el tiempo a solas con Dios lo que nos hace líderes espirituales. Si fallamos ahí, fallamos completamente.⁷

Tal vez pudiéramos preguntarnos: “¿Es mi esposa hoy más como Jesús que cuando nos casamos gracias a la influencia de mi ejemplo cristiano?”. Señor, ¡que así sea! En las palabras del escritor de himnos Charles H. Gabriel: “¡Más como el Maestro yo quiero ser!”.

Nuestra enseñanza

Durante nuestro desayuno semanal, uno de los hombres de mi grupo de rendición de cuentas le quitó la tapa al salero del restaurante y tomó un palillo. Con estos accesorios (que se veían graciosamente diminutos en sus manos gigantes), nos contó de una sencilla pero alentadora conversación que tuvo con su esposa. Si bien él era creyente por muchos años, nunca había apartado seriamente el tiempo ni la energía para crecer en la madurez cristiana. En sus propias palabras, “nunca había pasado de primera base”. Estaba luchando por poner en práctica su fe débil en el trabajo y en la casa.

Pero un día su esposa lo retó. Ella le dijo que él estaba tratando de batallar en el mundo, pero que no se había vestido de la armadura de Dios. Él nunca había sido intencional en seguir la estrategia de Efesios 6:10-11: “Por último, fortalézcanse con el gran poder del Señor. Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo”. Su esposa le compartió una ilustración visual. Al levantar la tapa del salero, le dijo: “¡Tu ‘escudo de la fe’ es del tamaño de esta tapita!”. Y al tomar el palillo, le expresó: “¡La ‘espada del Espíritu’ que estás usando es del tamaño de este palillo!”.

¡Ouch! El Señor usó la exhortación de su esposa para llamar la atención de mi amigo. Había una buena explicación para sus luchas al representar a Jesús en su negocio, en su iglesia y en su casa. Él no se había esforzado por crecer en su propio entendimiento y aplicación de las Escrituras. Con esta nueva luz, preparó un plan para leer la Palabra diariamente y orar. Con el tiempo, pasó de la primera base, y era posible observar su crecimiento espiritual. Su coherencia al representar a Cristo en el trabajo y en la casa mejoró significativamente, lo cual animó grandemente a su esposa.

El pastor John Piper retó a los hombres de su iglesia en esa misma línea. “Para proveer comida espiritual para la familia, tienes que conocer la comida espiritual. Eso significa que el hombre debe seguir a Dios con todas sus fuerzas. Solo puedes liderar espiritualmente si estás creciendo en tu propio conocimiento de Dios y en tu amor por Dios. Si estás alimentando tu alma con la Palabra de Dios, tendrás el deseo de alimentar a tu esposa y a tus hijos”.⁸

Steve Farrar es aún más específico. Escribe: “Caballeros, si vamos a ser líderes espirituales para nuestras esposas e hijos... necesitamos sacar tiempo para sumergirnos en la Palabra de Dios; necesitamos tiempo para masticar lo que la Escritura nos está diciendo; necesitamos tiempo para venir delante de Dios y pedirle la sabiduría que necesitamos para ser Sus hombres en este mundo”.⁹

Sabemos que si queremos estar en forma físicamente, cinco minutos de ejercicio al día no serán suficientes. Sin embargo, asumimos que cinco minutos de ejercicio espiritual al día nos pondrán en forma espiritualmente.

Si vamos a ser instrumentos en las manos del Espíritu de Dios, sirviendo a nuestras esposas para enseñarles los caminos de Dios, necesitamos tomar bien en serio nuestro crecimiento espiritual, de modo que podamos tener un fundamento espiritual que enseñarles. Bob Lepine dice que “debemos asumir la responsabilidad de nutrirlas y disciplinarlas. Esto es parte fundamental de ser un esposo”.¹⁰

¿Cómo enseñamos a nuestras esposas? Lepine lamenta: “La verdad es que, para muchos hombres cristianos, la idea de un tiempo formal de estudio bíblico y de instrucción está en su lista de actividades más amenazantes. Nos sentimos inadecuados e inseguros de nosotros mismos”.¹¹ Algunos hombres quedan totalmente intimidados, tratando de excusarse diciendo: “Yo no tengo el don de la enseñanza”. Pero enseñar

pudiera ser tan simple como sacar un tiempo diariamente para leer una porción de la Escritura con ella, apuntando a algún pasaje que sea de descanso o de desafío para ti. Pudieras notar algo en la lectura de ese día que puede ser particularmente útil para tu esposa, en la medida que ella enfrenta desafíos con los que simpatizas.

No necesitas tener una librería de comentarios bíblicos a su disposición. A veces animo a los hombres a encontrar una buena Biblia de estudio y a pasar unos minutos revisando las notas antes de leer el pasaje con sus esposas. Si todavía no tienes algún plan para enseñar las Escrituras a tu esposa, ¿por qué no ir delante del Señor hoy mismo? Luego, aparta con ella una hora, un lugar y un pasaje, y manos a la obra. Yo sospecho que tu esposa va a sentirse bendecida por tener un esposo que la ame espiritualmente con tal propósito.

Nuestro ánimo

También podemos amar a nuestras esposas con propósito al animarlas en su semejanza a Cristo a través de las diversas oportunidades de crecimiento. Hablamos un poco de esto en el capítulo pasado en cuanto al tema de la protección espiritual, pero necesitamos enfatizarlo aquí una vez más con algunas ideas que nos ayuden a liderar con propósito a nuestras esposas con la meta de ser más como Cristo:

Fomenta oportunidades de crecimiento espiritual fuera de la casa. Facilita la participación en oportunidades de crecimiento espiritual: grupos pequeños, clases de escuela dominical y sermones. (Tal vez debas ser tú quien se salga un momento de la reunión para calmar al niño que está llorando). Llévala a algún seminario. Anímalala a leer buenos libros cristianos. Como aconseja Jim George: “Toma un rol activo en asistir el proceso de madurez de tu esposa en los diversos aspectos de su vida”.¹² El mismo hecho de que estés pensando en tales oportunidades para su crecimiento y tomando la iniciativa en animarla gentilmente de seguro va a refrescar su alma y va a mostrarle tu cariño y amor.

Fomenta oportunidades de crecimiento en la vida diaria de la familia. En la medida que viven la vida, notarás por momentos que tu esposa se siente desanimada o aun deprimida. Si eres como yo, puede que te sientas frustrado o herido con su desánimo. Es fácil sentir que las señales de su desánimo representan un fracaso para ti como esposo.

Muchas veces he querido “arreglar” a mi esposa, ya sea sermoneándole sobre su perspectiva negativa, o tratándole de mostrar lo positivo en la situación. Esas reacciones son miopes y hasta egoístas. Son “impías”, puesto que están dejando a Dios fuera de la ecuación. No estoy llevando a mi esposa a Cristo, donde podemos encontrar verdadero gozo. Gary

Ricucci pregunta: “¿Le recuerdo constantemente el evangelio de la gracia de Dios y de la bondad de Dios a nuestro favor?”.¹³

Hombres, si vamos a servir a nuestras esposas con un amor con propósito que las lleva firmemente tras la imagen de Cristo, debemos ser hombres de gracia: hombres que disfrutan la gracia de Dios, hablan de la gracia de Dios y modelan la gracia de Dios. “En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad Su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:11-13).

El punto principal

Cuando escribo esto, mis padres están a punto de celebrar su aniversario número sesenta.

Aunque estoy seguro que para ellos los años han pasado volando, eso parece mucho tiempo de matrimonio.

He estado meditando en este pensamiento: “Si Dios permite que tanto Gladine como yo tengamos una larga vida, tal vez nosotros, también, celebremos sesenta años de matrimonio. De ser así, ¿podré yo verla a los ojos en ese día de celebración y saber que, por la gracia de Dios, he sido un instrumento en las manos del Espíritu Santo, llevándola a ser más como Cristo de lo que antes era cuando nos casamos?”.

Esta es mi oración: *¡Que así sea Señor! Ayúdame a invertir en el alma de mi esposa. Ayúdame a ser como Tú, amando a mi esposa con un amor con propósito, guiándola en cada paso que ella tome hacia Ti.*

Preguntas para el diálogo

1. ¿Cuál es la meta del Señor para con nosotros? ¿A cuál “bien” final nos está moviendo Su amor? (Ver Romanos 8:28-29 y 1 Juan 3:1-3).
2. A la luz de tu respuesta a la pregunta anterior, responde la siguiente pregunta: De manera específica, ¿qué quiere el Señor que sea tu esposa? De manera práctica, ¿cómo debe ser la madurez espiritual de tu esposa? ¿Cómo quién debe ser tu esposa a medida que crece espiritualmente?
3. Como esposo, ¿cuál debe ser tu responsabilidad en el proceso que está realizando el Señor de conformar a tu esposa conforme a la semejanza de Su Hijo?
4. Imagina decirle a tu esposa: “Imítame a mí, como yo imito a Cristo” (1 Corintios 11:1). Si eso parece algo muy extraño, piensa por qué. ¿Qué necesitarías para poder decirle eso a tu esposa con confianza?

Pasos de acción

1. Ora más o menos así: “Padre, quiero que mi esposa pueda decir en mi funeral: ‘Yo hoy soy más como Jesús de lo que era el día de mi boda por el amor con propósito y la ayuda de mi esposo a lo largo de toda mi vida’. Señor, muévete en mi vida de tal manera que yo pueda ser fiel en este desafío santo”.
2. Guiar a tu esposa a la semejanza de Cristo asume que estás progresivamente asemejándote más y más a Él. ¿Cuál es tu plan

para el crecimiento espiritual? Si no tienes un plan o apenas estás improvisando uno, desarrolla un plan realista y de largo alcance esta misma semana para poder ponerse en forma espiritualmente. ¡Manos a la obra!

3. Si no lo has hecho, aparta tiempo esta semana para discutir un plan en el que los dos puedan pasar tiempo en la oración y en la meditación de la Palabra de Dios.

Un amor proveedor

Hoy me cepillé los dientes. “¿Y eso qué importa?”, preguntarás. Bueno, que no me cepille los dientes sería un asunto importante. Y no me refiero solo con aquellos que estén lo suficientemente cerca de mí como para detectar mi aliento desagradable. Si le doy vacaciones a mi cepillo de dientes, probablemente termine con una boca llena de dientes podridos, entre muchos otros pesares.

De hecho, me cepillo los dientes varias veces al día. No solo eso, sino que casi todos los días también me ducho. Yo tomo vitaminas y trato de comer saludable. Hago ejercicio de manera apropiada para un hombre en sus cincuenta, y voy al doctor todos los años para hacerme un chequeo general, si bien no disfruto todas las partes de esa visita.

¿Por qué hago todo esto? Te aseguro que no lo hago porque quiera salir en una revista de deportes. En las sabias palabras de mi hijo adulto: “Papá, para ti el atletismo no es más que un recuerdo distante”. (Creo que él tiene el don de mantener humilde a su padre). No tengo una agenda oculta con mis chequeos ni con mi cuidado físico. Déjame ser totalmente honesto: tengo cuidado de mí mismo porque me amo.

No quiero dar la idea incorrecta. No estoy adulando de manera narcisista al calvo que se me queda mirando en el espejo. Si bien sigo luchando con la vanidad, estoy demasiado viejo como para desear quedarme más tiempo de lo necesario mirando a la verdad frente al espejo. Pero sí me importa cómo me siento y cómo funciono físicamente. Así que

me ejercito. Me baño. Como avena. Me cepillo los dientes (en ese orden, de hecho).

¿Soy acaso diferente a los otros hombres? El mismo apóstol Pablo dijo: “Pues nadie ha odiado jamás a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida” (Efesios 5:29). Todos nosotros prestamos atención a nuestro bienestar de una manera u otra. Esa es la experiencia humana.

Lo interesante es que Pablo usa esta tendencia natural de cuidar de nuestros cuerpos como una lección para los esposos. Y aún más interesante es que él levanta nuestros ojos de lo mundano y lleva nuestra atención al Esposo perfecto, a Jesucristo.

La provisión amorosa de Cristo por Su “Cuerpo”

Una de las analogías más hermosas que Pablo usa para la iglesia, además de que somos Su novia, es que somos Su cuerpo. “Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno es miembro de ese cuerpo” (1 Corintios 12:27). Nosotros, la iglesia, estamos vitalmente conectados con Cristo, quien es nuestra “Cabeza”. En Efesios 5:23 Pablo enseña que “el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es Su cuerpo”.

Como cabeza amorosa, Jesucristo tiene un excelente cuidado de Su cuerpo, la iglesia. Él es el Proveedor perfecto. Él “alimenta y cuida” a la iglesia (Efesios 5:29). Esos dos términos son usados comúnmente para describir el cuidado tierno hacia nuestros hijos. La primera palabra, *alimenta*, también podría ser traducida como *nutre*. La segunda palabra, traducida como *cuida*, viene de una palabra que significa “confortar, apreciar o calentar”.

De acuerdo con un comentarista bíblico, esta “metáfora es aplicada al cuidado de Cristo por la iglesia para apuntar a la constante provisión y edificación de Su cuerpo”.¹ Y como nos asegura el Dr. Harold Hoehner: “Aun con todas sus imperfecciones, Cristo nutre y tiene un tierno cuidado de Su cuerpo, la iglesia. Cristo no da a luz a la iglesia y luego la abandona. Él la nutre con el calor de Su poder y de Su amor para que ella pueda sobrevivir en el mundo”.²

Es cierto. ¡Jesús tiene cuidado de nosotros! “Su divino poder, al darnos el conocimiento de aquel que nos llamó por Su propia gloria y potencia, nos ha concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda” (2 Pedro 1:3). ¿Qué viene a tu mente cuando piensas en Jesús proveyendo amorosamente todo lo que necesitamos para vivir para Él como Su cuerpo? Él provee perdón de pecados, promete vida eterna, gozo

inefable, el Espíritu Santo, dones espirituales, líderes para la iglesia, la comunión con otros creyentes ¡y más! Él es el proveedor perfecto para nosotros, Su cuerpo, Su novia.

Me anima tanto la imagen verbal de Cristo que Thomas Watson pintó en la década de 1660: “Él trae provisión fresca a Su esposa. Si ella se aparta de su camino, Él la guía. Si ella tropieza, Él sostiene su mano. Si ella se cae, Él la levanta. Si ella se adormece, Él la despierta por Su Espíritu. Si ella es perversa, Él la atrae con cuerdas de amor. Si ella está triste, Él la consuela con sus promesas”.³ ¡Cuán perfecto Proveedor es nuestro *Esposo*!

Nuestra provisión amorosa por nuestro “cuerpo”

Usando esta doble analogía –nuestra provisión amorosa y diaria por nuestros cuerpos físicos y la provisión perfecta de Cristo por Su cuerpo, Su novia, la iglesia– Pablo dice que nosotros, los esposos, debemos “amar a [nuestra] esposa como a [nuestro] propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo, pues nadie ha odiado jamás a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida, así como Cristo hace con la iglesia, porque somos miembros de Su cuerpo” (Efesios 5:28-30). Pablo luego refuerza esta idea al decir: “Cada uno de ustedes ame también a su esposa como a sí mismo” (Efesios 5:33).⁴

¿Alguna vez has escuchado a un hombre introducir a su mujer como “mi mejor mitad”? Esto es más que solo una expresión. Es la realidad. En este importantísimo pasaje sobre el matrimonio, Pablo retrocede hasta el comentario que hace Moisés en Génesis 2:24 sobre la institución divina de la relación matrimonial y cita: “Los dos llegarán a ser un solo cuerpo” (Génesis 2:31). Nuestras esposas son en verdad nuestra “otra mitad”. El Dr. Martyn Lloyd-Jones explica este principio de esta manera: “Un hombre ama a su esposa como a su cuerpo; eso es lo que está diciendo. No ama a su esposa ‘como si fuera’ su cuerpo. ¡No! Un hombre debe amar a su esposa como a su cuerpo, como una parte de sí mismo. Así como Eva era una parte de Adán, tomada de su costado, así la esposa es para el hombre, porque ella es parte de él”.⁵

Nosotros los esposos no debemos pensar de nosotros mismos de manera individualista, como si estuviéramos completos por nosotros mismos. Si de alguna manera pudiéramos vernos a nosotros mismos separados de nuestras esposas, nos daríamos cuenta de que somos, de hecho, “mitades”. Nuestras esposas son nuestra *otra* mitad que, al unirse a

nosotros, nos completa. Nosotros y nuestras esposas hemos sido unidos por Dios para ser uno solo.

¿No es esto lo que le dijo Jesús a los fariseos cuando los reprendía por su mala visión de la permanencia del matrimonio? Él también se dirigió a Génesis 2:24:

¿No han leído —replicó Jesús— que en el principio el Creador “los hizo hombre y mujer”, y dijo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo”? Así que ya no son dos, sino uno solo. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre (Mateo 19:4-6).

Esta orquesta divina de unidad y plenitud en la unión matrimonial puede explicar por qué aquellos que están divorciándose comúnmente expresan un profundo dolor diciendo que “sienten que están siendo desgarrados”. En un sentido, lo están siendo.

Considerando esta metáfora, piensa en la observación de Pablo en Efesios 5:28: “Quien ama a su esposa se ama a sí mismo”. En otras palabras, lo que el esposo hace para su esposa, en un sentido, lo está haciendo por sí mismo. Él es beneficiado al beneficiarla a ella. John Ensor escribe: “Cuando ella siente plenitud en su vida, yo siento plenitud y riqueza. Esta es la esencia del amor, lo más importante del asunto. Es así como ‘los dos llegarán a ser una sola carne’”.⁶

Recientemente he estado pensando mucho en el comentario de Jesús: “Donde está tu tesoro, ahí estará tu corazón” (Mateo 6:21). Con frecuencia, algunas personas piensan en las palabras de Jesús de una manera distinta a como las dijo. Muchos asumen que Jesús estaba observando que tendemos a invertir en lo que es importante para nosotros.

Que tendemos a poner nuestro tiempo, energía y dinero en aquello que valoramos.

Pero la verdad es que Jesús estaba diciendo lo contrario. Jesús dijo que nuestros corazones, lo que valoramos, seguirán a nuestras inversiones. Por ejemplo, si fueras a poner una gran porción de tus ahorros en las acciones de una compañía en específico, estarías muy interesado en la salud financiera de esa inversión. Constantemente revisarías las acciones, investigarías cómo van las cosas y mantendrías tu ojo puesto en la inversión. El valor que pones en esas acciones aumentaría en proporción a la cantidad que hayas invertido.

Si bien Jesús no aplicó directamente este proverbio al matrimonio, me he estado preguntando cómo le sirve. Si invierto mucho de mi tiempo, de mis pensamientos y de mis energías en mi trabajo, mis pasatiempos o aun en mis ministerios, voy a encontrar que mi corazón camina hacia esas direcciones. Mientras más invierto en esas cosas, más me importarán.

Tristemente, si estoy invirtiendo de manera significativa en esas áreas, con toda probabilidad estoy descuidando a mi esposa, mi “cuerpo”. Mis miserables “depósitos” de tiempo, pensamiento y energía invertidos en ella disminuyen su valor en mi corazón. Al descuidarla –al no valorarla– le hago daño. Y como ella es mi “otra mitad” –mi “cuerpo”–, me hago daño a mí también.

Los esposos nos estamos haciendo daño al desatender a nuestras esposas. Pero el “atesorarlas” traerá gran recompensa.

Entonces, ¿cómo podemos mostrar un amor como el de Cristo a nuestras esposas al invertir en ellas? ¿Y qué cosas podemos proveerles las cuales nos sean de beneficio a ambos?

Proveer estabilidad financiera

Si bien no tenemos garantía de bienestar económico en nuestro lugar de empleo o en nuestra nación, los esposos debemos hacer todo lo posible para proveer financieramente tanto para nosotros como para nuestras esposas. Es cierto que algunos hombres no pueden proveer adecuadamente para sus familias por una temporada debido a la pérdida de salud o a la pérdida de empleo. Pero en la providencia regular del Señor, un hombre debe hacer todo lo que pueda para proveer económicamente a su familia. 1 Timoteo 5:8 dice claramente: “El que no provee para los suyos, y sobre todo para los de su propia casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo”.

¿Está tu esposa segura de que la amas y de que estás comprometido con demostrarle el amor sacrificial de proveer para sus necesidades económicas? John Piper lo pone de esta manera:

Un hombre pone en juego su propia alma y manda un mensaje equivocado a su esposa e hijos cuando no se posiciona a sí mismo como aquel que rinde su vida para poner pan en la mesa. Puede que tenga una discapacidad que no le permita hacer lo que quisiera hacer. Puede que esté estudiando por un tiempo mientras ella apoya a la familia. Pero, en cualquier caso, su corazón y, de ser posible, su cuerpo deben estar luchando por proveer físicamente tanto a su esposa como a sus hijos.⁷

A menudo, el esposo no puede proveer estabilidad económica en el hogar porque gasta el dinero de la familia en deseos egoístas. Como escribe Patrick Morley: “Los hombres de hoy están siendo consumidos por deseos

de comprar cosas que no necesitan, con dinero que no tienen, para impresionar a personas que no les caen bien”.⁸

¿Cuántas esposas han sentido el estrés de estirar las finanzas de la familia para poder hacer los pagos de la casa mientras sus esposos han estado gastando dinero de manera egoísta en sus juguetes? Juguetes como vehículos innecesarios, costosos palos de golf y otros equipos para deportes, o el último aparato electrónico, usando frecuentemente las tarjetas de crédito con sus intereses altísimos.

Hombres, modelemos el amor sacrificial de Cristo al dejar de lado, con gozo, nuestros deseos, y proveamos a nuestras esposas de la estabilidad financiera que podamos.

Proveer seguridad emocional

Muchas esposas luchan con su sentido de valor individual. Este mundo caído puede destruir el sentido de valor de nuestras esposas como portadoras de la imagen de nuestro grandioso y glorioso Creador. Son bombardeadas con anuncios de mujeres de cuerpos “perfectos”. Son asaltadas por programas de televisión y revistas que presentan los ideales de este mundo en una mujer. También están las esposas que han decidido quedarse en el hogar y reciben todo el tiempo los “consejos” de amigos y de familiares que les recuerdan todo lo que podrían estar haciendo con sus vidas.

Como esposos, somos primariamente instrumentos en las manos de Dios, proveyendo a nuestras esposas de seguridad emocional y recordándoles el gran valor que tienen ante los ojos de Dios y ante nuestros ojos. Pedro nos anima: “De igual manera, ustedes esposos, sean comprensivos en su vida conyugal, *tratando cada uno a su esposa con respeto*, ya que como mujer es más delicada, y ambos son herederos del grato don de la vida. Así nada estorbará las oraciones de ustedes” (1 Pedro 3:7, énfasis añadido). La idea es asignar a tu esposa una posición de honor. ¿Cómo hacemos eso?

1. *Apreciación*. Podemos honrarlas al proveer de palabras y muestras de apreciación. Craig Peters nos propone este desafío humorístico: “Toma un momento alguna noche mientras estés acostado en la cama y dile a tu esposa tres cosas que aprecias de ella. Si ella se desmaya, entonces ya sabes que debes afirmarla más”.⁹ Hombres: Formemos el hábito de proveer a nuestras esposas seguridad emocional al mostrarles nuestra apreciación tanto como nos sea posible, por ejemplo:

“Amor, qué buena comida. Gracias por todo tu trabajo en prepararla”.

“Cariño, gracias por todo lo que haces para que nuestra casa sea un hogar”.

“Eres una gran madre para nuestros hijos. Gracias por tu sacrificio”.

¿Y qué tal este?: “¡Vaya! ¡Eres una amante increíble! ¡Gracias!”

2. *Admiración*. También podemos honrar a nuestras esposas al proveerles muestras de admiración. Derek Prince escribe: “Algunos esposos son tacaños con sus palabras de admiración. ¡Qué mal uso de los recursos! Les sorprendería descubrir cuánto una esposa anhela ser alabada, y lo bien que responde a eso. Alabar a tu esposa es una de las mejores inversiones que puedes hacer”.¹⁰ ¿Qué dice Proverbios acerca de una esposa de carácter noble? “Su esposo la alaba... Muchas mujeres han realizado proezas, pero tú las superas a todas” (Proverbios 31:28-29).

Hombres, ¿qué admiran de su mujer? Piénsenlo. ¿Algo de su apariencia o de su carácter? ¿Sus dones o logros? “Invierte” en tu esposa al darle tiernamente palabras de admiración y alabarla delante de otros, especialmente en su presencia. También puedes ministrarla escribiéndole notas de agradecimiento.

Dejemos de usar esos chistes de “mi vieja” o “la señora”. Regresando a la comparación de Cristo con Su novia, Dean Merrill observa: “Sé que a Cristo se le haría muy fácil hacer muchos chistes acerca de las imperfecciones de la iglesia. Pero no lo hace. Él nos ama muchísimo”.¹¹

Tu esposa es un precioso regalo de Dios, y ella también es heredera del regalo de la gracia de Dios. Trátala de esa forma.

3. *Confírmale su valor.* También le asignamos posiciones de honor cuando le damos palabras y muestras de seguridad.

- Escuchar las preocupaciones de nuestra esposa atentamente, y responder con cariño y con interés le demuestra que la valoramos y apreciamos sus sentimientos.
- Darle de tu tiempo, tu mercancía más valiosa, le asegura que la valoras. Por lo general, el acto más certero de amor que puedes darle a tu esposa es un abrazo tierno y largo cuando sientes que está desanimada.
- El mostrarte accesible a ella en todo momento le demuestra que te importa cada aspecto de su vida. Provee seguridad emocional. Asegúrate de que ella sabe que es tan valorada que puede llamarte en cualquier momento. Yo tengo la política personal con nuestro grupo de trabajo que si Gladine llama, no importa lo que este haciendo, voy a tomar la llamada. Quiero asegurarle cuánto la valoro al ser completamente accesible para ella.

Proveer fortaleza espiritual

En su libro *El esposo cristiano*, Bob Lepine hace referencia al pastor puritano Samuel Davies, quien observaba que los hombres cristianos no toman su responsabilidad completa como proveedores. “Davies... se preguntaba por qué somos tan prontos para preocuparnos por aquellos con necesidades materiales, que no son eternas, mientras ignoramos las necesidades espirituales de nuestras esposas y de nuestras familias, que durarán para siempre. En una era motivada por las ganancias materiales y por la adicción al trabajo, esta es una pregunta que nos hace pensar”.¹²

En el capítulo 7 hablamos más de este asunto, pero creo que es sabio por lo menos mencionar aquí que esta es otra manera en la que podemos proveer amorosamente para nuestras esposas. Los esposos debemos estar conscientes de las necesidades espirituales de nuestras esposas y proveerles con un amor como el de Cristo.

Proveer estímulo social

Seamos honestos. Nuestras esposas piensan diferente a nosotros. Por tanto, debemos humillarnos continuamente, haciéndonos esta pregunta: ¿Cuál es la evidencia de amor que mi esposa anhela ver? Dean Merrill nos reta a hacerle este examen de selección múltiple a nuestras esposas:

La mayor evidencia de que mi esposo me ama es que:

- Gasta dinero en mí
- Es excelente en el sexo
- Me habla¹³

¿Cuál crees que sería la respuesta más común dada por las esposas? ¡Así es! Nuestras esposas anhelan que interactuemos con ellas.

Esto es cierto en todas las etapas del matrimonio, pero puede que sea especialmente valioso cuando nuestras esposas estén ocupadas con niños pequeños. Nuestras esposas quieren que las escuchemos y que interactuemos con ellas de una manera que sea socialmente estimulante. Aun si estás cansado después de un día largo en el trabajo o del estrés de manejar, con un amor como el de Cristo, sacrificial, saca el tiempo para conversar con tu esposa de una manera que le muestre que en verdad te interesa lo que ella tiene para decir.

Recuerda la antigua regla de manejo. Detente, observa y escucha.

Detente. Apaga el televisor. Deja el periódico.

Observa. Mírala a los ojos, comunicándole que te interesa.

Escucha. Es decir, escucha verdaderamente. Aprende a hacer preguntas abiertas, que le ayuden no solo a compartir lo que pasó en el día, sino cómo se sintió al respecto.

Lou Priolo escribe: “Cuando estás dispuesto a hablar con tu esposa acerca de las cosas que le interesan (sin importar cuán triviales sean para ti), le estarás demostrando un amor como el de Cristo, sacrificial, que le ayude a ser más abierta contigo”.¹⁴

Proveer satisfacción sexual

Este es un ministerio que damos a nuestras esposas el cual es nuestro y solo nuestro. Nadie más sobre la faz de la tierra ha sido ordenado por Dios para proveer de satisfacción sexual a nuestras esposas. Esa satisfacción viene cuando nosotros, como esposos amorosos, tocamos los corazones de nuestras esposas y luego sus cuerpos. Pablo lo dice claramente: “El hombre debe cumplir su deber conyugal con su esposa... tampoco el hombre tiene derecho sobre su propio cuerpo, sino su esposa” (1 Corintios 7:3-4). En la medida que expresamos amor sexualmente a nuestras esposas, como esposos encontramos nuestro mayor gozo al traerles a *nuestras esposas* la mayor satisfacción en cuerpo y alma. Para más información sobre este importante (¡y fascinante!) tema, lee cuidadosamente el capítulo 9, “Un amor con pasión”.

Con los ojos puestos en nuestro perfecto Proveedor y en el amor proveedor que da a Su cuerpo, recordando cuán fácil nos es cuidar nuestro propio cuerpo, amemos a nuestras esposas con un amor proveedor. “Aquel que ama a su esposa se ama a sí mismo” (Efesios 5:28).

Preguntas para el diálogo

1. Lee Efesios 5:28-29. Jesús mostró amor por Su novia alimentándola y cuidándola. ¿Cuáles son algunas de las maneras en las que Jesús demuestra Su amor proveedor? Haz una lista de algunas de las cosas que Jesús provee para nosotros.
2. Jesús dijo: “Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mateo 6:21). ¿Cuál es el punto de lo que dijo Jesús? ¿Cómo puede este principio aplicarse a la cantidad que invertimos en nuestras relaciones con nuestras esposas?
3. Enumera algunas formas en que los esposos pueden ser más diligentes en proveer estabilidad económica en sus matrimonios. (Ver 1 Timoteo 5:8). En nuestra cultura, la inestabilidad financiera es causada frecuentemente por decisiones necias o por un gasto descontrolado más que por falta de ingreso. ¿Hay algunas áreas de tus gastos (“juguetes”, apuestas, bebida, mal uso de las tarjetas de crédito, etc.) que necesitas cambiar? ¿Cómo pueden tus amigos en tu grupo ayudarte a hacer cambios en tu vida para que puedas ser un esposo más amoroso y proveedor?
4. ¿Por qué es generalmente un desafío darles a nuestras esposas estímulo social teniendo conversaciones significativas con ellas de manera regular? ¿Qué puede ayudar?

Pasos de acción

1. Cuando llegues a casa del trabajo, toma unos minutos para procesar con tu esposa cómo les ha ido. Puede que sea mejor si lo hablan

mientras preparan la cena. Pregúntale no solo de las actividades sino de cómo se ha sentido en el día.

2. Saca tiempo en esta semana para ofrecerle a tu esposa algunas palabras de apreciación o de admiración acerca de algo que ella haya hecho o acerca de una buena actitud que haya demostrado. Hazle un cumplido sobre algún aspecto de su apariencia. (Ver Proverbios 31:28-31).

Un amor con pasión

Gladine y yo disfrutamos caminar un par de millas por nuestro vecindario en las mañanas. Nos sirve de ejercicio y nos da tiempo para conversar. Un día, mientras íbamos caminando, Gladine me dio unas palabras de ánimo acerca de mi sermón el domingo anterior. “Larry, las ilustraciones personales que haces de tu propia vida ayudan mucho”, dijo. “Creo que deberías hacer más uso de ilustraciones personales mientras predicas. ¿De qué predicas este domingo?”.

Con una gran sonrisa le dije la verdad: “De las relaciones sexuales en el matrimonio”. Luego de una pequeña pausa, Gladine respondió: “¡Olvida todo lo que dije! ¡Olvida todo lo que dije de usar ilustraciones personales!”.

Tuve mucho cuidado de no avergonzar a mi preciada Gladine innecesariamente usando ilustraciones personales de nuestra vida amorosa cuando prediqué de 1 Corintios 7 el domingo. Si bien he encontrado un gran placer, el cual me ha tocado el alma en la intimidad que hemos compartido por más de 30 años de matrimonio, voy a honrarla de manera similar en este capítulo sobre el amor apasionado.

Comprensiblemente, los detalles sobre los momentos más íntimos de una pareja casada no deben ser compartidos con nadie más. Son nuestros y solo nuestros; para disfrutarlos juntos, para recordarlos con gran deleite y para anhelarlos con gran anticipación. A la vez, Dios no puso las discusiones sobre el sexo apasionado dentro del matrimonio en una lista

tabú. De hecho, justo al inicio de Su libro Él habla de la primera pareja, y de todas las parejas que le siguieron, como si se convirtieran en “una sola carne” (Génesis 2:24).

La Palabra de Dios también incluye explícitamente el consejo de un padre a su joven hijo en cuanto al sexo: “Bebe el agua de tu propio pozo, el agua que fluye de tu propio manantial. ¿Habrán de derramarse tus fuentes por las calles y tus corrientes de aguas por las plazas públicas? Son tuyas, solamente tuyas, y no para que las compartas con extraños. ¡Bendita sea tu fuente! ¡Goza con la esposa de tu juventud! Es una gacela amorosa, es una cervatilla encantadora. ¡Que sus pechos te satisfagan siempre! ¡Que su amor te cautive todo el tiempo!” (Proverbios 5:15-19).

¿Cuántos dicen amén?

Considera Cantar de los Cantares. ¡Vaya! ¿Hace mucho que no pasas por esa parte de la Biblia? Si bien nunca es vulgar, es poéticamente explícito en su recuento de la intimidad sexual apasionada que disfruta el autor con su esposa.

En vez de tratar Cantar de los Cantares como una poesía vergonzosa y poco espiritual que de alguna manera logró introducirse en el canon de la Biblia, los esposos pueden leerlo a la luz de 2 Timoteo 3:16-17: “Toda la Escritura (incluyendo Cantar de los Cantares) es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia (incluyendo Cantar de los Cantares), a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra (incluyendo el hacer el amor con tu esposa de una manera que no solo le traiga gran placer, sino que también refleje la gloria de Dios)” (Paréntesis míos).

Así que lee Cantar de los Cantares. De hecho, haz este reto que escuché de un conferencista en un retiro matrimonial: “Hombres, cuando estén con sus esposas en la cama, siéntense en el borde de la cama y lean

en voz alta de Cantar de los Cantares. ¡Mañana en el desayuno nos dicen qué tan lejos llegaron!”.

¡Ahí está su tarea, hombres!

Dios no solo dirigió a los autores bíblicos a presentar el amor apasionado entre un hombre y su mujer, sino que Él también ordena a los esposos y esposas que tengan regularmente relaciones sexuales mutuamente estimulantes (1 Corintios 7:5). Dios *quiere* que seamos amantes apasionados con nuestras esposas.

¿Pero y qué de nuestra analogía con Cristo y la iglesia? ¿Está bien ver a Dios teniendo un amor apasionado por nosotros, Su iglesia?

El amor apasionado de Cristo por la Iglesia

La siguiente pregunta parece que sale de la nada, pero... ¿Dios canta? Puede que la pregunta suene como algo que encontrarías en un libro para niños, pero no la ignoremos de plano. ¿Cómo responderías a esa pregunta? ¿Puedes pensar en algún ejemplo bíblico de Dios cantando? ¿Qué tal Sofonías 3:17?: “Porque el Señor tu Dios está en medio de ti como guerrero victorioso. Se deleitará en ti con gozo, te renovará con Su amor, se alegrará por ti con cantos”.

¿Que si Dios canta? ¡Claro que sí! Y sin embargo nota qué mueve el corazón de Dios a cantar: ¡Su deleite y gozo por nosotros, Su pueblo!

Prestemos atención mientras el Dr. John Piper predica de este pasaje de Sofonías:

¿Puedes imaginarte cómo será escuchar a Dios cantar? Recuerda que con solo hablar el universo vino a existir. ¡Qué pasaría si Dios levanta Su voz y no solo habla, sino que canta! Tal vez un cielo nuevo y una tierra nueva serían creados. Dios dice algo similar a eso en Isaías 65:17-18... Y cuando escucho este canto, me quedo sin palabras, sorprendido, anonadado de que Él está cantando sobre mí. Él se está regocijando sobre mí con todo Su corazón y toda Su alma. ¿No te asombra esto hoy? ¿Qué Dios se esté regocijando sobre ti con una canción?¹

Una noche, cuando llegué de la oficina, una tierna joven que estaba viviendo bajo la nube oscura de la depresión estaba sentada en la mesa de comedor de nuestra casa. Gladine estaba buscando compartir la gracia de Dios con esta joven y sensible hermana que deseaba desesperadamente

agradar al Señor, pero que no se sentía en la capacidad de cumplir con Sus expectativas.

Por petición de mi esposa, me uní a la conversación. Le hice a esta joven una pequeña pregunta. “Cuando Dios te ve, ¿está sonriendo o está molesto?”. Pude ver en sus ojos el deseo desesperado de decir la palabra *sonriendo*. Pero también pude notar su incredulidad de que eso fuera verdad en su caso. Así que le apunté a Cristo y a la suficiencia de Su obra en la cruz a nuestro favor. Le expliqué que, en esas oscuras horas del Calvario, Dios derramó sobre Jesús cada gota de ira que nosotros merecíamos por nuestro pecado y rebelión. Jesús absorbió todas las gotas, y ahora no había un átomo de condenación para nosotros, Su pueblo. En Cristo Jesús, Dios nos sonríe. Esas noticias trajeron una sonrisa de un millón de dólares al rostro de esa joven. Con lágrimas de gozo, nuestra mesa de comedor se llenó de alabanza a Dios por Su sublime gracia. John Piper dice:

Debemos desechar siempre de nuestras mentes la idea de que Dios nos permite entrada a Su Reino a regañadientes, como si Cristo hubiera encontrado algún vacío legal en la Ley, hubiera hecho un negocio con el Juez y hubiera logrado librarnos del juicio por un pelito. ¡Para nada! Dios mismo, el Juez, puso a Cristo como nuestro sacrificio sustituto, y cuando confiamos en Él, *Dios* nos recibe lleno de gozo. Él pone un anillo en nuestro dedo, mata al ternero más gordo, hace una fiesta, grita con un grito que sacude a toda la creación y Él mismo inicia la danza festiva.²

El Señor nos sonríe. Canta sobre nosotros. Nos ama con un amor apasionado. Jesús ama a Su novia, la iglesia, intensamente.

Déjame aclarar: Si bien no estoy proponiendo que el amor de Cristo por la iglesia es erótico o sexual, tampoco creo que debamos evitar palabras apasionadas al describir el amor de Cristo por nosotros.

Puede que parezca una terminología poco usual o ejemplos que van muy lejos al describir el amor de Cristo por Su novia. Pero me pregunto si vamos lo suficientemente lejos. Tan poderoso y apasionado como es el amor marital (Cantar de los Cantares 8:6 dice: “Fuerte es el amor, como la muerte”), la indeciblemente intensa expresión sexual que hay entre un esposo y su esposa no es sino una imperfecta representación del amor apasionado, perfecto, y poderoso que Cristo tiene por Su novia, la iglesia.

Entiendo que la mayoría de ustedes ya saben que este capítulo es acerca del sexo, y están deseando que ya entre en materia. Permítanme asegurarles que si vamos a entender mejor cómo amar íntima y apasionadamente a nuestras esposas, necesitamos estudiar a nuestro Modelo, el Esposo perfecto. Necesitamos estudiar al perfectamente apasionado Esposo, Jesucristo, en Su amor por Su esposa.

Jesús está preparándose para Su glorioso e inminente día de bodas con gran anticipación. Escucha la pasión de la narración del apóstol Juan de ese día profético:

Después oí voces como el rumor de una inmensa multitud, como el estruendo de una catarata y como el retumbar de potentes truenos, que exclamaban: “¡Aleluya! Ya ha comenzado a reinar el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. ¡Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria! Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado”... El ángel me dijo... “¡Dichosos los que han sido convidados a la cena de las bodas del Cordero!” (Apocalipsis 19:6-7, 9).

Cientos de años antes de que Jesús viniera a la tierra a redimir a Su novia, Dios había profetizado esta gloriosa relación de intimidad a través de los profetas del Antiguo Testamento. “Como un joven que se casa con una doncella, así el que te edifica se casará contigo; como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti” (Isaías 62:5). Escribiendo sobre esta promesa tan edificante, el académico bíblico Dr. E. J. Young escribe: “Él se va a regocijar en ella como un novio terrenal se regocija en su novia. Esta figura está diseñada para expresar el gozo máximo”.³

John Ensor profundiza: “El deleite de Dios en Su novia lo lleva a planificar y perseguirnos como un hombre persigue al gran amor de su vida. A su vez, esto se convierte en el modelo o ejemplo de lo que nosotros debemos buscar en nuestras relaciones íntimas”.⁴

Un par de páginas después leemos en nuestras Biblias del gozo prometido y apasionado de Dios a Su pueblo: “Alégrense más bien, y regocíjense por siempre, por lo que estoy a punto de crear: Estoy por crear una Jerusalén feliz, un pueblo lleno de alegría. Me regocijaré por Jerusalén y me alegraré en Mi pueblo; no volverán a oírse en ella voces de llanto ni gritos de clamor” (Isaías 65:18-19). ¿Está Dios sonriéndonos a nosotros, Su novia? En no menos de seis ocasiones en este corto pasaje Dios expresa la idea de *Su* gozo. Juan Calvino enfatiza que “Dios es movido... poderosamente movido por un afecto muy grande por nosotros”.⁵

Una noche antes de la cruz, Jesús habló acerca de Su amor apasionado por Su pueblo. “Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos” (Juan 15:13). Sí, es cierto que Su amor fue un amor “decidido”, un acto de la voluntad. Pero fue más que eso. Fue un amor afectivo, de emoción, de pasión. En Su pasión en Getsemaní y en el Calvario, Jesús reveló con total claridad la intensidad del amor que tiene por Su iglesia.

Así que cuando Pablo dice: “Esposos, amen a sus esposas, como Cristo amó la iglesia” (Efesios 5:25), no está solo hablando de un amor decidido de nuestras voluntades, sino de un amor apasionado de nuestros afectos.

Nuestro amor apasionado por nuestras esposas

¿Te acuerdas cuando coqueteabas con tu esposa? Para algunos, esos recuerdos son muy recientes. Para otros, han pasado ya muchas décadas de aquellos momentos en donde el amor parecía florecer por sí solo.

De cualquier manera, ¿de qué te acuerdas? ¿Hablar con ella por lo que parecían unos minutos y después descubrir que en realidad habían pasado horas? ¿Cartas (o emails) que intercambiaron durante una temporada separados, donde expresaban su dolor por no poder estar juntos? ¿Reírse juntos como locos gracias a las alegrías del amor juvenil? ¿Correr el uno tras del otro en el parque? ¿Hacer ángeles de nieve? ¿El primer beso?

¿Qué viene a tu mente cuando piensas en la luna de miel? La emoción de (¡por fin!) alejarse de los invitados a las bodas y terminar con la ceremonia para poder llegar al final de la recepción? ¿Ese momento donde por fin, verdaderamente, estaban solos? ¿La emoción de ver a tu esposa por primera vez en su vestidura de la noche de miel? ¿La emoción aún mayor de ver por primera vez a tu esposa *sin* vestiduras? ¿Sentirte un poco extraño en aquella primera relación sexual, pero no preocuparse mucho porque por fin estaban *juntos*?

Son buenos recuerdos, ¿no es cierto? Pero recordando esos carbones encendidos de pasión... ¿cómo está la llama hoy? ¿Encuentras que tus conversaciones con tu esposa no son más que recuentos de las responsabilidades cotidianas? Los niños, el trabajo, la casa. ¿Sus besos son ahora fugaces, solo antes de salir al trabajo o al llegar? ¿Será que la única risa de la casa es la que se escucha en el televisor del cuarto, mientras se tratan de quedar dormidos por el aburrimiento?

¿Sus relaciones sexuales se han vuelto infrecuentes y monótonas? ¿Qué tal si esas cenizas fueran avivadas para regresar a un ardor apasionado? ¿Suena demasiado bueno para ser verdad?

¿Y qué si eso es lo que Dios quiere?

Yo apoyo con todo mi corazón el optimismo de Dennis Rainey cuando escribe: “Estoy convencido que Dios quiere que su romance florezca y crezca, no que desaparezca. Él quiere que experimenten un sexo fabuloso, una unidad satisfactoria, y un nuevo nivel de intimidad que nunca pensaron sería posible”.⁶

Si Dios verdaderamente quiere que nuestros matrimonios se incendien con un amor apasionado, ¿no sería posible –o aun probable– que ya Él nos haya dado la dirección y la gracia para poder avivar el fuego? Si esta es Su voluntad, ¿qué ha provisto para que sea posible?

Romance apasionado

¿En qué piensas cuando escuchas el término “juego previo”? Si eres como yo —y como, sin duda, el 99.99% de los hombres— piensas en *sexo*. Imágenes de excitar a nuestras esposas con intimidades cargadas de hormonas vuelan por nuestra mente. Solo con escuchar o leer el término “juego previo” nos tienta a dejar este libro e ir por nuestras esposas. Los hombres parecen pensar en sexo sin siquiera pensar en sexo, si entiendes lo que quiero decir.

Para confundir aún más a nuestras esposas, los hombres podemos sentirnos listos para las relaciones sexuales con ellas en cualquier momento y en cualquier lugar. Y nos sentimos perturbados si nuestras esposas no responden con el mismo fervor. Al sentirnos rechazados, las llamas de nuestra pasión pasan de un incendio forestal a simples cenizas.

¿Qué es lo que pasa? El apóstol Pedro aconseja: “Esposos, sean comprensivos en su vida conyugal” (1 Pedro 3:7). Una traducción literal de *comprensivos* es “conforme al conocimiento”. En otras palabras, la Biblia dice que debemos entender a nuestras esposas. Y, en caso de que no lo hayas notado, tu esposa no es como tú.

Sí, ella es diferente anatómicamente (¡Dios es bueno!), pero también es diferente en su manera de ver la vida, el matrimonio y el sexo. Los hombres tienden a poner la vida en diferentes compartimentos. El trabajo cabe aquí, la familia va allá y los pasatiempos por aquí, mientras la iglesia por acá. A menudo, los hombres no ven la conexión entre los diferentes compartimentos. Esta verdad incluso aplica para el sexo.

Puede que nos hayamos ido al trabajo en la mañana con un conflicto sin resolver, el cual sigue ahí como un elefante en la cocina. Sin embargo, volvemos a casa por la tarde, con las hormonas cargadas, y no comprendemos por qué nuestras esposas no tienen el mismo deseo que

nosotros de acostar a los niños de una vez para poder ir a la cama a tener relaciones apasionadas. Nos preguntamos: “¿Cómo es que una tonta discusión hace horas se compara con la seriedad con la que se debe tomar el tiempo entre sábanas entre un marido y su mujer? ¿Por qué mi esposa me recuerda esa tontería en un tiempo como este?”. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

¿En serio quieres saber? ¿Estás listo? ¿Por qué no le preguntas a tu esposa qué viene a su mente cuando ella escucha el término “juego previo”? Tal vez pregúntale de esta manera: “Amor, en tu mundo ideal, ¿qué entiendes por “juego previo” en la relación?”. No te sorprendas si ella te responde con cosas que no tienen que ver con su desnudez. Hace un par de décadas, el Dr. Ed Wheat recomendó: “Esposo, debes estar consciente de que tu esposa ve el acto sexual como parte de la relación completa que tiene contigo, si bien tú, y los otros hombres, lo ven como cosas separadas”.⁷

¿Por qué pasa esto? Si vamos al principio, vemos que Dios creó a la primera mujer, Eva, de manera tal que complementara a Adán. Dios hizo a Eva para una *relación* con su esposo. Es solo porque olvidamos el diseño de Dios para la mujer que nos asombramos al descubrir que nuestras esposas no ven la vida a través de nuestros ojos de compartimentos, sino que más bien quieren ver todo unido. En el diseño divino que tienen nuestras esposas, ese conflicto sin resolver en el desayuno no es ninguna tontería y tiene toda la importancia del caso para no querer ir a la cama con nosotros a pesar de nuestros intentos no tan sutiles.

¿Recuerdas la pregunta que vamos a hacerle a nuestras esposas?: “¿En qué piensas cuando escuchas el término “juego previo”?”. Su respuesta es de seguro más amplia que la nuestra. Si bien los hombres de seguro respondemos con una palabra muy específica: *sexo*, no me sorprendería que nuestras esposas respondan con una palabra más abierta: *romance*.

Hombres, humillémonos, buscando entender y servir a nuestras esposas como Dios las diseñó, en vez de presionarlas a que piensen y actúen como nosotros. Vayamos a nuestro Creador, aprendiendo en Su Palabra cómo ser románticos con nuestras preciosas esposas, que son una bendición. Por la gracia de Dios, y para Su gloria, con un amor apasionado como el de Cristo, aprendamos como avivar la llama de la pasión en nuestros matrimonios.

He aquí una lección de vida memorable del líder de Sovereign Grace Ministries (Ministerios Gracia Soberana), C.J. Mahaney, en su libro *Sex, Romance, and the Glory of God* [*El sexo, el romance y la gloria de Dios*]: “Para que el romance profundice, debes tocar el corazón y la mente de tu esposa antes que tocar su cuerpo”.⁸ Tal vez deberíamos hacer una placa con esas palabras y colgarla en nuestra habitación. Tal vez deberíamos crear un fondo de pantalla y ponerlo en nuestros monitores.

Hablando en serio, cada esposo debe memorizarse esta máxima: Toca el corazón y la mente de tu esposa antes de tocar su cuerpo. Mahaney lo enfatiza otra vez: “Nada anima más el romance erótico en un matrimonio que un esposo que sabe cómo tocar el corazón y la mente de su esposa antes de tocar su cuerpo”.⁹

Tal vez te preguntarás: ¿cómo puedo tocar su mente y corazón?

Buena pregunta. ¿La respuesta? Sé romántico con ella.

¿No sientes que tienes el don del romance? No estás solo. En las palabras de Gary y Betsy Ricucci: “El romance debe ser practicado continuamente, como el arte. Las herramientas básicas que debes traer como un artista en desarrollo incluyen un corazón de humildad, un espíritu de servicio, un entendimiento bíblico del matrimonio y un deseo ferviente de conocer y amar a tu esposa tan constante y creativamente como te sea posible”.¹⁰

Hombres, debemos humillarnos y reconocer que la mayoría de nosotros tiene mucho que aprender en el arte de ser románticos con nuestras esposas. Recomendando dos tareas:

- Pregúntale a tu esposa qué le hace sentirse amada o qué puedes hacer para que se sienta amada.
- Estudia Cantar de los Cantares, el modelo inspirado por Dios de un hombre que es apasionadamente romántico con su esposa.

El romance implica hablar

Nota que en Cantar de los Cantares el esposo (el amante) usa palabras tiernas y apasionadas para alabar la mente y el corazón de su esposa... mucho antes de tocar su cuerpo. Mahaney escribe: “Una lección clara del Cantar de Salomón es que el habla y el sexo están íntimamente conectados”.¹¹

El amante artístico le llama en repetidas ocasiones “mi amada”. Describe su belleza (ver Cantar de los Cantares 4). Él le comenta cómo su belleza aviva su pasión usando analogías descriptivas. Y le dice de su anhelo por ella: “muéstrame tu rostro, déjame oír tu voz; pues tu voz es placentera y hermoso tu semblante” (Cantares 2:14).

Si bien tú y yo no usamos las mismas analogías que usó Salomón tres mil años atrás, podemos, sin embargo, practicar el arte de ser románticos con nuestras esposas con *nuestras* palabras tiernas. Sostén su rostro en tus manos y dile cuán hermosa es ella para ti y cuán agradecido estás de que Dios te haya bendecido al tenerla a ella como tu esposa. Dile que la valoras más que ninguna otra persona en esta tierra.

C.J. Mahaney lo enfatiza de nuevo: “La comunicación y el sexo son inseparables. No es como que el sexo es una cosa y la comunicación es otra. La vida no se divide en pequeños compartimentos de esa manera, especialmente en lo que trata la unidad del matrimonio. Todo es una sola cosa. Después de todo... esto trata de relaciones”.¹² Él añade: “Lo que le expresamos a nuestras esposas en los días y en las horas antes de hacer el amor es de hecho mucho más importante que lo que hacemos cuando nos desnudamos... [Nuestras esposas] saben que las palabras compuestas cuidadosamente tienen un gran poder para promover el romance y la intimidad marital. Pero muchos de nosotros, y lo digo con tristeza, no tenemos la más mínima idea”.¹³

Por supuesto, algunas de nuestras conversaciones como esposos tienen que ver con hechos: “¿Qué quieres de cena?”; “¿Puedes buscar a los niños luego de su práctica?”. Sin embargo, las conversaciones románticas van más allá de los hechos: se dirigen al corazón, a los sentimientos y a las emociones, tanto de la esposa como del esposo. Para ser románticos con nuestras esposas, queremos dejar de lado todas las distracciones, mirarla a los ojos y tratar con ellas a nivel emocional.

Dennis Rainey recomienda esto: “Toma su rostro en tus manos y dile que ella causa que tu corazón lata más rápido... que amas hacer el amor con ella... que no te cansas de su voz. Alábalas por las ‘pequeñas cosas’ que hace como tu esposa, y sé muy específico. Luego, con una sonrisa, dile que te casarías con ella una y otra vez”.¹⁴ ¡Qué buen consejo!

Si bien lo ideal es poder hablar directamente con tu esposa mientras la miras a los ojos, puedes tocar su mente y corazón con tus palabras aun si no están juntos físicamente. Llámale espontáneamente del trabajo o si estás fuera por un viaje de negocios, y dile cuánto la extrañas y cuánto quisieras estar con ella. Envíale un correo electrónico y déjale saber cuánto la amas. Déjale una nota que ella pueda encontrar durante el día, expresándole tu amor y cómo vas a estar orando por ella durante el día. Los resultados te sorprenderán.

El romance implica tiempo

¿Qué tanto valoras verdaderamente a tu esposa? ¿Ella lo sabe? Nosotros sacamos tiempo para aquello que más valoramos. Así que puede que necesites invertir más tiempo en tu esposa para mostrarle cuánto significa para ti. Con el tiempo, verás que tu corazón va a seguir tu inversión (Mateo 6:21), y que tu amor por tu esposa continuará creciendo año tras año.

Saca tiempo para estar con ella, pero para estar con ella sin distracciones. Lo que ella más anhela es una relación contigo. No solo persigas el sexo con tu esposa. Persigue *a* tu esposa.

Dennis Rainey dice que si sentimos que nuestras esposas no parecen muy emocionadas con nuestros avances sexuales, tal vez deberíamos evaluar cuánto hemos estado invirtiendo en nuestra relación. “Su corazón es como una cuenta de banco donde hacemos depósitos y retiros”, escribe. “Comúnmente los hombres hacen retiros y retiros, olvidándose de hacer depósitos o inversiones”.¹⁵

¿Sabe tu esposa, por la cantidad de tiempo que inviertes en su *amistad*, que ella es tu tesoro? “Después de todo —dice Rainey— el romance es como una amistad encendida en fuego”.¹⁶

El romance implica el toque

Nuestro toque debe significar algo. Es decir, algo más que dejarle saber que queremos tener relaciones sexuales. Nuestro toque puede comunicar el alto valor que ponemos sobre nuestras esposas y cuánto disfrutamos el estar cerca. ¿Qué tipo de toques disfruta tu esposa? ¿Qué tipo de toques le confirman tu gran amor?

- Agarra su mano. Rasca su espalda. Frota sus pies cansados. Dale un masaje.
- Acaricia su pelo. Aún mejor, péinala.
- Invítala a sentarse en tus piernas. Abrázala. Acurrúquense en el sofá.
- Tócala con afecto y dile algo dulce al caminar cerca de ella.
- Quédense en la cama por unos minutos antes de empezar el día.
- Bésense: ligera y apasionadamente.
- Siempre salúdense con un beso y un abrazo cuando lleguen a la casa.

El romance implica acciones meditadas

Las cosas pequeñas cuentan. Un día le estaba contando a mi grupo de rendición de cuentas sobre la vez cuando nuestro matrimonio estaba en un valle. Mi esposa parecía estar decepcionada conmigo, y yo me sentía frustrado con su falta de entusiasmo en cuanto a mi manera de ser “esposo”. Supongo que estaba anhelando un poco de simpatía, pero lo presenté, por supuesto, como si fuera una petición de oración.

Ahora bien, lo que recibí fue una confrontación fraternal. Me preguntaron si en verdad le estaba mostrando a Gladine amor con pequeños detalles que la hicieran sentir especial. ¿Estaba siendo romántico con mi esposa cada día a través de acciones meditadas? Mis amigos tenían razón. El romance implica más que salidas costosas y buenas relaciones sexuales. Esas expresiones diarias y meditadas de amor son métodos importantes de ser románticos con nuestras esposas. ¿Necesitas algunas ideas? Aquí van algunas sugerencias que bien pueden ayudarte a tener tus propias ideas:

- Ten una foto o dos de tú con tu esposa juntos sobre tu escritorio o en tu lugar de trabajo. Déjale saber que disfrutas tener un recordatorio constante de ella en tu oficina y que disfrutas que tus compañeros de trabajo sepan que ella es súper importante para ti.
- Dale regalos. Así como Cristo da buenas dádivas a Su novia (dones espirituales, líderes de la iglesia y más), podemos mostrar amor por nuestras esposas al darle regalos que signifiquen algo. Presta atención a lo que le agrada. Estúdiala. Pregúntale. Y ten una lista de ideas sobre algunas cosas que puedas regalarle en tu cartera o en tu celular. No tienen que ser cosas costosas. Según tu presupuesto te lo permita, ¡sé creativo!

- Déjale una nota especial y privada en su almohada que le deje saber cuánto la aprecias y cuánto disfrutas estar a solas con ella.
- Pide a un amigo o a un familiar que cuide los niños por una noche, para que tu esposa y tú puedan tener una noche a solas en la casa. Que sea especial para ella, no solo para ti. Tal vez en vez de pedir una pizza y ver algún deporte en la televisión, planea una cena bajo la luz de las velas y con música de fondo que tu esposa pudiera disfrutar.
- Recuerda eventos especiales, principalmente su cumpleaños y tu aniversario de bodas. Planifícalo bien. No se lo dejes a tu esposa, aunque ella sea mejor planeando las cosas.
- Planifica “citas” y salidas románticas, según su presupuesto lo permita. Haz una lista de ideas y lugares donde ir y cosas que hacer.

Sexo apasionado

El sexo es idea de Dios. Y, como ya hemos discutido, ¿no es Dios bueno al darnos Cantar de los Cantares en la Biblia? C. J. Mahaney dice que ese libro es “un festín de ocho capítulos de inmersión desenfrenada, desinhibida y alegre en expresiones verbales y físicas de pasión entre un hombre y una mujer. No solo en un par de versículos. No solo en un capítulo o dos. Dios no consideró que eso fuera suficiente. ¡Él quiso darnos un libro completo!”.¹⁷

Debemos deleitarnos en la bondad de Dios al darnos tanto el regalo del sexo matrimonial como las direcciones para usar este maravilloso regalo.

Desde el inicio, en el primer libro de la Biblia, Dios reconoce sin ningún tipo de vergüenza que Él creó a Adán y a Eva para ser criaturas sexuales. Carolyn Mahaney escribe: “Dios no hizo una mueca cuando Adán, al ver a Eva, se sintió atraído sexualmente por ella. Dios no se sintió mal cuando Adán y Eva disfrutaron de las relaciones sexuales en el Jardín del Edén. En Su diseño sabio y perfecto, Él dio deseo sexual tanto al hombre como a la mujer”.¹⁸

El esposo de Carolyn Mahaney, C. J., agrega:

El sexo... está destinado a cumplir varios propósitos clave: unión... intimidad... comodidad, placer y juego... creación de vida... protección contra la tentación sexual. Las relaciones sexuales y las pasiones maravillosamente intensas que provocan están diseñadas para ayudar al hombre y a la esposa a formar un vínculo relacional de riqueza única e incomparable. Cuando estos propósitos divinos se experimentan y se cumplen, traen mucha gloria a Dios.¹⁹

El sexo tiene que ver con dar, no solo con recibir

Los esposos necesitan tener cuidado no solo en tratar a sus esposas como algún tipo de objeto sexual cuyo trabajo es mantenerlos satisfechos. El autor Lou Priolo dice: “Probablemente, la manera más común en que un esposo cristiano falla en cuanto a su responsabilidad en la parte sexual dentro del matrimonio es por su egoísmo. Vivimos en una sociedad *autoerótica*. Una sociedad que ve el sexo principalmente como algo para recibir placer, no como una oportunidad para dar placer”.²⁰

Recuerdo a una joven pareja que vino donde mí buscando consejería pastoral hace un tiempo. No tenían mucho tiempo de casados, pero ya estaban teniendo dificultades. Todavía recuerdo el dolor en el rostro de ella y la sorpresa en el rostro de él. Expresando sus heridas, la joven esposa me dijo que ella se sentía “usada” sexualmente por su esposo. Mientras él me miraba inexpresivo, ella derramaba su frustración. Para ellos, decía ella, “hacer el amor” era un ejercicio de cinco minutos de él llegar a su clímax, luego dar una vuelta y quedarse dormido o de encender la televisión, dejándola sexualmente frustrada o emocionalmente vacía. Este joven nuevo en la fe aún no había sido liberado del egoísmo de su corazón, un egoísmo alimentado por la cultura que presenta el sexo como autosatisfacción.

Pero gracias a Dios puedo decir que él escuchó atentamente cuando abrí mi Biblia y le aconsejé desde este versículo: “El hombre debe cumplir su deber conyugal con su esposa” (1 Corintios 7:3). Dar placer, no solo recibirlo. Luego le mostré cómo sus tiempos de intimidad sexual eran oportunidades para reflejar a Cristo cumpliendo con Gálatas 5:13: “Sírvanse unos a otros con amor”. Y entonces vi que el Espíritu Santo inició Su trabajo amoroso y doloroso en la vida de este joven.

La Biblia es clara. Debemos amar a nuestras esposas como Cristo amó la iglesia; debemos reflejar el amor sacrificial de Cristo al ser *dadores* más que *receptores* en las relaciones sexuales con nuestras esposas. En contraste con el trato cruel de las mujeres como objetos sexuales usadas por los hombres para su autosatisfacción, la Biblia enseña a los esposos a honrar a Dios buscando la satisfacción sexual *de sus esposas*.

Dean Merrill nota lo siguiente: “Cuando... aplicamos el modelo de ser siervos a esta área (el sexo), todas las dinámicas cambian. La meta se convierte en la provisión de sus necesidades, y no en la provisión de las tuyas. Y vemos que, como he mencionado antes, nuestras necesidades son satisfechas en el camino de maneras casi automáticas”.²¹

Sin embargo, este patrón no sucede naturalmente, ¿o sí? Por naturaleza, queremos lo nuestro egoístamente. Tal vez Dios diseñó la relación dinámica de dar y recibir como un recordatorio constante de cuánto necesitamos de Su gracia. Es la gracia lo que nos permite ser buenos amantes para nuestras esposas.

Dios quiere que disfrutemos del sexo regularmente

¿Quieres buenas noticias? Dios *quiere* que disfrutemos del regalo del sexo que satisface a ambos esposos *regularmente*. De hecho, ¡Él lo ordena! En 1 Corintios 7:5, bajo la inspiración del Espíritu Santo, Pablo nos instruye: “No se nieguen el uno al otro, a no ser de común acuerdo, y solo por un tiempo, para dedicarse a la oración. No tarden en volver a unirse nuevamente; de lo contrario, pueden caer en tentación de Satanás, por falta de dominio propio”.

Hombres, tengamos cuidado de utilizar mal este versículo como una herramienta para manipular a nuestras esposas para tener relaciones sexuales con una frecuencia mayor a la que ellas desean. Por otro lado, es importante notar que algunas esposas desean relaciones sexuales más frecuentes que sus esposos. Los esposos que tienen esposas con un deseo sexual mayor al que ellos poseen deben recordar este mandato bíblico de darles la satisfacción sexual que ellas desean de manera humilde y agradecida.

Cuando con humildad y luego de pensar bien las cosas, buscamos satisfacer a nuestras esposas, somos medios de la gracia de Dios en sus vidas, proveyendo un cerco en contra de la tentación del adulterio. El pastor Dave Harvey nos advierte: “Cuando privamos a nuestro cónyuge la aventura de la entrega sexual, le dejamos sin protección, abierto a tentaciones físicas o emocionales que pueden resultar en un matrimonio vulnerable a acciones o a hábitos destructivos”.²²

Dios quiere que nuestras relaciones sexuales sean puras

Mi cuerpo no me pertenece. Le pertenece a mi esposa. Delante de Dios y delante de más de 200 testigos, yo le presenté mi cuerpo a ella el 21 de junio del 1975. Tantos años después, mi cuerpo se mantiene dedicado a ella y a su satisfacción sexual. Y, si estás casado, puedo decir sin reserva que esto es esencial para ti también. Tu cuerpo no es tuyo. Es de tu esposa.

Eso viene directo de las páginas de la Biblia. “La mujer ya no tiene derecho sobre su propio cuerpo, sino su esposo. *Tampoco el hombre tiene derecho sobre su propio cuerpo, sino su esposa*” (1 Corintios 7:4, énfasis añadido).

¡*Tu* cuerpo es de *ella*! Priolo escribe: “Cuando te casas, rindes tu derecho a usar tu cuerpo como tú quieras. Ya no posees autoridad total sobre tu cuerpo: le pertenece a tu esposa”.²³

Por tanto, ya que de acuerdo con la Palabra de Dios tu cuerpo le pertenece a su esposa para su satisfacción sexual, no tienes derecho a buscar tu autosatisfacción.

El tomar lo que le pertenece a tu esposa y “gastarlo” en alguna otra mujer o en la autosatisfacción de la pornografía o la masturbación no es solo un pecado contra Dios, sino también contra tu esposa. Le estás *robando* a tu esposa lo que es de ella, conforme al plan revelado por Dios.

Dios nos ha dado un hermoso regalo para compartir con nuestras esposas. Disfrutémoslo como Él lo diseñó.

Ideas para ser un mejor amante

Aquí te propongo algunas maneras de seguir creciendo como el amante de tu esposa:

1. Si no las leíste, regresa y lee la sección anterior sobre cómo ser romántico con tu esposa, poniendo en práctica la realidad de que el “juego previo” inicia mucho antes de desnudarse.
2. ¡Tómate tu tiempo! A tu esposa le va a encantar. Refiriéndose a los amantes de Cantar de los Cantares capítulo 4, el equipo de escritores esposo y esposa Cyril y Aldyth Barber escriben:

Es interesante ver esto: en este mundo apresurado, nota el tiempo que toma esta pareja a la hora de prepararse para las relaciones sexuales... Mira el versículo 6. Implica que continúan haciendo el amor hasta que sale el sol. Por supuesto, Salomón y la Sulamita están en su luna de miel y pueden invertir semejante tiempo. El punto... es que aun cuando nos levantamos temprano al otro día para llevar a los niños al colegio, y para estar en la oficina a tiempo, no debemos apresurarnos en nuestras relaciones sexuales.²⁴

3. Honra el deseo de tu esposa por la privacidad, asegurándote de que los niños están durmiendo y de que la puerta de la habitación está con llave.
4. Toma tiempo para limpiarte y arreglarte antes de la relación sexual. Puede que te asombre lo que ducharte, cortarte las uñas y aún afeitarte la barba nuevamente le comunica a tu esposa.

5. Toma tiempo para tratar cualquier patrón de dificultad sexual que puedas notar. Con honestidad y apertura, evalúen las posibles causas. *¿Es un problema físico?* Vayan al doctor. *¿Es un problema técnico?* Humíllate, confesando tu necesidad y deseo de entender mejor cómo satisfacerla sexualmente. Pregúntale qué le agrada y qué no. *¿Será una señal de un problema espiritual o relacional en el matrimonio?* Esta es frecuentemente la causa. Habla con humildad sin ponerte a la defensiva. Con ternura, pídele a tu esposa su opinión sobre cuál cree ella que es el problema. Luego, por la gracia de Dios, busca cambiar de una forma que honre al Señor y fortalezca tu matrimonio.
6. Aprendan juntos como esposo y esposa. Lean libros que les sean útiles, como el clásico del Dr. Ed Wheat y su esposa Gaye, *El placer sexual ordenado por Dios*, y el de C. J. Mahaney *Sexo, romance y la gloria de Dios*. Recuerda que satisfacer sexualmente a tu esposa es un *arte* y también una *habilidad*. Si te comprometes a ser un aprendiz humilde, serás un mejor amante con el tiempo, así que ¡practica, practica y practica!
7. Agradece a tu esposa regular y constantemente por tener relaciones contigo. Aun si ella no pareciera estar locamente apasionada cada vez, no te quejes. El mismo hecho de que ella no parezca estar tan apasionada y aún así lo haga es una muestra de su amor sacrificial por ti como su esposo.
8. No olvides disfrutar el “resplandor” de tu esposa. No solo des la vuelta para dormirte. Toma tiempo para abrazar a tu esposa luego de la relación sexual, recordándole tu amor y reforzando el hecho de que la intimidad sexual significa más para ti que la satisfacción de tus deseos físicos. Qué gran bendición de parte de Dios el que

una pareja de esposos pueda quedarse dormida cada quien en los brazos del otro.

Preguntas para el diálogo

1. Si ya eres creyente, ¿puedes ver a Dios sonreír cuando te mira? ¿Por qué sí o por qué no? Lee Romanos 8:1-4. ¿Cómo se relaciona este pasaje con esa pregunta?
2. ¿Por qué a veces luchamos con entender el amor de Dios en términos emocionales; es decir, con el hecho de que Dios nos ama apasionadamente? Mira Isaías 62:5; 65:17–19 y Sofonías 3:17.
3. ¿Cómo crees que cambiaría la adoración en la iglesia si más creyentes entendieran que Dios los ama apasionadamente?
4. En este capítulo aprendimos que el romance involucra el habla, el tiempo, el toque y las acciones meditadas. En tu relación con tu esposa, ¿en cuál de estas expresiones románticas quisieras mejorar? ¿Cómo puedes ser más intencional en tocar el corazón y la mente de tu esposa antes de tocar su cuerpo?
5. Lee 1 Corintios 7:2-5. ¿Qué dice este pasaje acerca de comprometernos a servir a nuestras esposas al satisfacerlas sexualmente y no solo al satisfacer nuestra propia necesidad?

Pasos de acción

1. Saca tu esposa a cenar a algún lugar que ella disfrute. Toma la iniciativa en planear la noche: haz la reserva, consigue la niñera y demás menesteres. Durante la cena, dile que la amas y que deseas ser mejor esposo. Pregúntale de qué maneras puedes hacerla sentir especial. ¡Tal vez quieras tomar nota!

2. Esta semana, mientras te sea posible, ve a la cama a la misma hora que tu esposa. En la cama, lean juntos un capítulo o dos de Cantar de los Cantares. Pregúntale qué toca su corazón de los pasajes que lee. (El resto de la tarea se la dejo a ustedes dos).
3. Si tú y tu esposa han tenido dificultades sexuales, saquen un tiempo esta semana para, con calma y compasión, hablar sobre el tema. Hazle preguntas que muestren tu amor y tu compromiso de buscar soluciones a sus dificultades. Procura evitar expresiones de frustración o de defensa propia en la medida que tocan estos temas sensibles. (Tal vez quieras comprar una copia de *El placer sexual ordenado por Dios* del Dr. Ed Wheat y su esposa Gaye Wheat, y leer las secciones que más traten con los temas que están enfrentando como pareja).

Un amor que pide y ora

Jesús y Sus once apóstoles descendieron los escalones del aposento alto y caminaron a través de las oscuras calles de Jerusalén, por el barranco que da al este, camino al Jardín de Getsemaní. Esa era una noche para nunca olvidar. Era la noche anterior a la cruz. Era la noche de la pasión de Jesús.

En algún lugar de esa caminata a la luz de la luna, tal vez mientras el grupo pasaba por el templo, Jesús se detuvo para derramar Su corazón delante de Su Padre celestial. Siguiendo la costumbre de los judíos, Jesús oró en voz alta. De seguro los apóstoles curiosearon lo que estaba diciendo, y encontraron algo de certeza para sus corazones confundidos cuando Jesús levantó Sus ojos, Sus manos y Su voz a los cielos.

Mientras escuchaban, los apóstoles entendían que Jesús no estaba orando solo por ellos, sino también por las generaciones que también llegarían a ser seguidores por medio del ministerio de ellos. En los años siguientes, a medida que el Espíritu Santo les recordaba lo que sucedió esa noche antes de la cruz, me pregunto si aquellos pensamientos de cuidado amoroso demostrados por Jesús en esta oración animó sus corazones.

Cristo demostró un amor que ora por Su Iglesia

Jesús desnudó Su corazón esa noche. Si bien sabía que Su humillación y horrible ejecución en esa cruz romana estaba a solo unas horas, mostró preocupación por Su pueblo escogido. En Su oración, Jesús reveló que Sus seguidores –nosotros– estábamos en Su corazón. En Juan 17 Jesús demuestra Su tierna pasión por nosotros, Su novia, con un amor que ora.

En esta oración, comúnmente llamada la *Oración sacerdotal de Jesús*, Él enfocó Su amor no en el mundo en general, sino en aquellos a quienes el Padre le había dado; aquellos que Él redimiría en la cruz la mañana siguiente. Jesús dice en esta oración: “Ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son Tuyos” (Juan 17:9).

Podríamos decir que Jesús estaba orando por Su novia que estaba pronto a ser redimida, la iglesia. En esta apasionada y amorosa oración, Jesús ora para que Su Padre proteja a Su novia, especialmente del “maligno” (Juan 17:11, 15). Él ora para que Su novia tuviera “[Su] alegría en plenitud” (Juan 17:13).

Jesús revela Su amor cuando le dice a Su Padre celestial: “Santifícalos en la verdad; Tu palabra es la verdad” (Juan 17:17). Él muestra Su cuidado cuando pide que la iglesia “[sea una], así como Nosotros somos Uno: Yo en ellos y Tú en Mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad” (Juan 17:22-23). Jesús revela Su afecto por Su novia cuando pide: “Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde Yo estoy. Que vean Mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo” (Juan 17:24).

Jesús incluso pide por que el amor que el Padre tiene por Él esté en nosotros (Juan 17:26). Sí, en esas horas cercanas a Su crucifixión, Jesús demuestra Su amor incuestionable al derramar Su corazón por Su iglesia.

Jesús nos llama a demostrar un amor que ora por nuestras esposas

Y, una vez más, Jesús es nuestro Modelo para amar a nuestras esposas. Bob Lepine comenta: “Si un esposo debe amar y servir a su esposa como Cristo ama a Su iglesia, la oración intercesora de Cristo en Juan 17 se convierte en el modelo por el cual un esposo, de manera sacerdotal, puede interceder por su esposa”.¹

Estoy totalmente de acuerdo. Pero, como muchos hombres cristianos, por demasiado tiempo mi compromiso de orar *por* mi esposa y orar *con* mi esposa era más teórico que real. Por muchos años, mi tiempo a solas con mi esposa delante del trono de Dios era casi inexistente. Orábamos antes de las comidas y cuando concluíamos los devocionales familiares. No puedo decir que había otras oraciones más de ahí.

Luego recibí más instrucciones bíblicas de *por qué* debía orar con mi esposa, *qué* debía orar y *cómo* debía orar. Y eso, junto a otros factores, me sirvió como el conducto que me llevó a orar algo más que simplemente: “Señor, gracias por los alimentos”.

Me pregunto cuántos hombres confesarían: “De hecho, yo evito orar con mi esposa porque simplemente no sé cómo hacerlo”. Veamos algunos principios que pueden servirnos.

¿Cómo debemos orar con nuestras esposas?

Primero, orar con nuestras esposas nos enseña humildad y abre nuestros corazones a la gracia de Dios. Necesitamos desesperadamente la gracia de Dios en nuestras propias vidas como hombres y también en nuestro matrimonio, ¿no es cierto? Nuestros intentos de hacer que la vida funcione —y que nuestros matrimonios funcionen— por nuestras propias fuerzas son inútiles y tontos. Entonces ¿qué es lo que le llama la atención a nuestro Dios de gracia?

La humildad. Tanto Pedro (1 Pedro 5:5) como Santiago (Santiago 4:6) hacen eco de Proverbios 3:34 cuando escriben: “Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes”. C. J. Mahaney escribe: “Dios se encuentra decididamente atraído a la humildad. El humilde es el que llama la atención de Dios, y en este sentido, llamar Su atención significa también atraer Su gracia, Su bondad inmerecida”.² Necesitamos eso. Necesitamos la gracia de Dios.

Es muy difícil ser orgullosos delante de Dios, ¿no es así? ¿Cómo pudiéramos serlo? El mismo hecho de orar es una manera de confesar: “Tú eres Dios, no yo. Tú estás en control, no yo. Tú eres quien sabe cómo resolveremos mis problemas en la vida, no yo. Tú eres quien tiene el poder y la autoridad para hacer los cambios que necesito desesperadamente en mi vida y en mi matrimonio, no yo”.

Venir al trono del Soberano del universo es algo que nos humilla, y eso es bueno y justo. El pastor del Siglo XIX, E.M. Bounds, escribió: “La oración nos humilla. Abate el intelecto y el orgullo, crucifica la vanagloria y firma nuestra bancarrota espiritual, y a nuestra carne y sangre le es difícil soportar esto”.³

El acto mismo de orar nos humilla. Y la humildad atrae esa gracia de Dios que tanto necesitamos.

Segundo, orar con nuestras esposas nos ayuda a desarrollar un sentido creciente de intimidad con Dios. Para ser honestos, en muchas ocasiones he usado la oración como una manera de presentarle a Dios nuestra lista de deseos y necesidades. Pero la oración debería ser, y puede ser, mucho más que eso. Cuando oro con mi esposa, yo puedo buscar una mayor intimidad con Dios, mientras la animo a ella a desarrollar su propia cercanía con el Señor al mismo tiempo.

- En la medida en que dedicamos tiempo y atención al Señor, nuestros lazos de afecto con Él crecen.
- En la medida en que le regresamos a Él en oración aquello que adoramos de Él: Sus atributos, Su grandeza y Su gracia, nuestros corazones son encendidos.
- Si recordamos en Su presencia lo que apreciamos de Él: los muchos actos de bondad y perdón que nos ha mostrado, nuestra gratitud aumenta.

Orar con nuestras esposas promueve una intimidad creciente con el Señor que nos compró. Experimentemos con nuestras esposas esa promesa de Santiago: “Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes” (4:8).

Tercero, orar con nuestras esposas fortalece nuestro lazo matrimonial. Cuando oramos con nuestras esposas, escuchamos sus corazones, y entendemos mejor sus deseos, preocupaciones y miedos de formas que tal vez no se revelarían de otra manera. Un esposo puede conectar “en el alma” con su esposa cuando la escucha derramar su corazón delante de su Padre celestial. El esposo, a su vez, ora por las preocupaciones de ella, confirmando su unidad. Él le recuerda a ella la confianza propia que descansa en el compromiso que Dios ha hecho con su bienestar. El esposo y la esposa desarrollan una intimidad en la oración que no puede ser

igualada de ninguna otra manera. El orar juntos no es solo la unión de dos cuerpos, sino que es la unión de dos almas, la verdadera intimidad espiritual.

Nuestras esposas pueden sentir esa intimidad con más fuerza de la que sospechamos. Un día mi esposa me sorprendió completamente una mañana después de nuestro tiempo juntos en oración. Luego del último amén, mientras nos agarrábamos de mano (como usualmente hacemos al orar juntos), me miró y dijo: “Te deseo más físicamente después de orar que en cualquier otro momento”.

Luego de recuperarme de la conmoción que me había causado ese comentario, creo que sonreí y le dije con una voz pastoral toda dramática: “¡Oremos!”. Pero ya en serio, mi esposa me estaba dejando ver que al orar juntos ella sentía una intimidad espiritual conmigo que buscaba su expresión en la intimidad física. Orar juntos puede ser así de poderoso.

Cuando un esposo, a oídos de su esposa, toma las preocupaciones de ella y las lleva ante el trono del Rey del universo, él le asegura que desea su protección contra el peligro y que desea su crecimiento en gracia. Entonces la confianza de ella en él crece, no solo en la medida que lo escucha orar, sino mientras él le recuerda en amor que él está orando por ella durante el día.

Stormie Omartian nos dice: “Yo sé que una cosa que toda mujer quiere escuchar, algo que la hará sentir más amada que cualquier otra cosa, es: ‘Estoy orando por ti hoy’”.⁴

Con base en el estudio de Gallup/*Psychology Today* de 1989-1990 titulado *Amor y matrimonio*, el reconocido autor y sociólogo Andrew M. Greeley escribió el libro *Faithful Attraction* [*Atracción fiel*]. Greeley comenta los aspectos positivos a favor de los esposos y las esposas que oran juntos. “El hecho de que oren juntos, sea de manera frecuente o no, presenta una fuerte correlación con la felicidad marital, la más poderosa

que hemos encontrado”. Y escribe: “La oración... es una señal de satisfacción marital mucho más poderosa que el sexo de forma constante; aunque la combinación de sexo y oración está relacionada con muy, muy altos niveles de satisfacción marital”.⁵

Una pareja de la industria del entretenimiento, los esposos y autores Squire Rushnell y Louise DuArt, se vieron tan afectados por el poder transformador de la oración en su propio matrimonio que escribieron *Couples Who Pray: The Most Intimate Act Between a Man and a Woman* [*Las parejas que oran: el acto más íntimo entre un hombre y una mujer*]. Ellos incluyen en su libro un desafío de oración de 40 días y testimonios de parejas de celebridades cuyos matrimonios fueron grandemente beneficiados por orar juntos. Como parte de su investigación, le pidieron a Byron Johnson, director del Instituto de Estudios de Religión en Baylor University, que volviera a analizar el estudio publicado en *Amor y matrimonio*. El colega de Johnson, quien preparó el análisis, es el profesor de sociología Jerry Park. Él llegó a esta conclusión: “Quienes oran con sus cónyuges frecuentemente, en comparación con quienes lo hacen esporádicamente, encuentran que sus matrimonios mejoran, frecuentemente con resultados sorprendentes”.⁶

Aquí te presento algunos de los resultados:⁷

Área del matrimonio	Parejas que oran juntas ocasionalmente	Parejas que oran juntas regularmente
Dicen: “somos felices en nuestro matrimonio”	60%	78%
Están satisfechos con su vida sexual (“mucho” o “muchísimo”)	67%	82%
Confían en que su matrimonio es estable	76%	92%

Estos resultados muestran la enseñanza de la Escritura. Podemos aplicar la sabiduría de Eclesiastés 4:12 a la práctica de orar juntos como esposos:

“¡La cuerda de tres hilos no se rompe fácilmente!”. Cuán difícil es romper un lazo entre un esposo y una esposa que han entrelazado sus corazones con el Señor a través de la oración. Las parejas que oran juntas se quedan juntas.

Cuarto, orar con nuestras esposas nos da la oportunidad de buscar la ayuda del Señor en nuestros matrimonios, nuestras familias y nuestras vidas diarias. Cuán comúnmente hemos fallado en encontrar soluciones a nuestros problemas, yendo solo a la oración en momentos de desesperación. El pastor y autor Alistair Begg lo dice abiertamente:

Es preocupante ver que los esposos y sus esposas no oren juntos. Ellos tratan casi todas las otras cosas: leer libros, ir donde consejeros, crear estrategias que les ayuden a sobrepasar una situación difícil. Sin embargo, la oración parece ser el recurso final en vez de la primera opción. Si están dispuestos a ir a consejerías, a visitar pastores, y a leer libros para encontrar solución, cuánto mejor sería estar dispuestos a consultar con Aquel que nos creó, quien nos conoce mejor que nosotros mismos y que nos ama tanto como para morir por nosotros.⁸

Nuestro Señor quiere que vayamos a Él con las preocupaciones de nuestros corazones y los problemas en nuestras vidas. Él pagó un precio inestimablemente alto: la sangre preciosa de Su amado Hijo, para darnos acceso a Su trono. Comprometámonos fielmente a escuchar el llamado de Hebreos 4:16: “Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos”.

¿Cómo podemos orar por nuestras esposas?

Yo sé de muchos hombres que luchan con el hecho de orar con sus esposas. A veces no sabemos qué decir en nuestras oraciones. Tal vez un buen lugar para iniciar es ir donde nuestro Salvador, repitiendo la petición de Sus primeros discípulos: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1).

Él ha prometido guiarnos. Y hay diferentes minas de oro que podemos explorar para obtener más entendimiento de aquello que debemos orar por nuestras esposas:

1. *Las Escrituras.* Prestemos atención a las tantas oraciones que hay en los Salmos. ¿Será que encontramos allí algunas joyas que podemos transformar en oraciones a favor de nuestras esposas? ¿Qué tal las oraciones de Pablo a favor de la iglesia? Mira Efesios 1:15-23 y 3:14-21 para encontrar ideas que podemos volver oraciones por nuestras esposas. Por ejemplo, ¿qué pasaría en el corazón de nuestras esposas si nos escuchan orar estas palabras de Efesios 1:17: “Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación, para que lo conozcan mejor”? ¡Esa es una petición de oración con mucha sustancia!

2. *Observaciones sensatas de la vida de nuestras esposas.* Muchos de nosotros podemos crecer en la práctica de estudiar a nuestras esposas. ¿Cómo invierte su tiempo? ¿Qué preocupaciones tiene? ¿Cuáles emociones hemos visto en su vida últimamente? No ignoremos esas cosas. Nuestras esposas sin duda estarían sorprendidas para bien al escucharnos orar tiernamente por ellas de maneras específicas que surgen de nuestras observaciones de sus vidas y de escuchar sus corazones.

3. *¡Preguntemos a nuestras esposas!* Sin duda, no tendríamos problema en saber cómo orar por nuestras esposas si simplemente les preguntáramos con frecuencia: “Amor, ¿cómo puedo orar por ti hoy?”.

Tengo el presentimiento de que después de superar la novedad de la pregunta, nuestras esposas van a empezar a anticiparlo, y van a tener peticiones de oración listas para nosotros.

Aquí hay algunas áreas específicas de oración para tu esposa y tu matrimonio que he aprendido de mi esposa, de otros escritores y de mis propias observaciones:

- La más importante de todas: ora por ti mismo. Ora que puedas continuar creciendo para ser el hombre al que Dios te está dirigiendo a ser como líder amoroso de tu esposa y de tu familia.
- Ora por el crecimiento espiritual de tu esposa y por su perseverancia: por su lectura, su entendimiento y aplicación de la Palabra de Dios; por su sensibilidad para detectar su pecado; por que pueda abrazar diariamente el evangelio; por que pueda atesorar a Cristo por encima de todas las cosas.
- Pídele al Señor que proteja a tu esposa física, emocional, doctrinal y espiritualmente. John Piper dice: “Lucha por ellas en oración contra el diablo, contra el mundo y contra la carne. Ora las oraciones de la Biblia con ella. No te canses. Dios escucha y responde nuestras oraciones por nuestras esposas y nuestros hijos”.⁹
- Pídele al Señor, en nombre de tu esposa, que la capacite para ser una esposa y una madre que le agrade a Él.
- Ora que haya dulce unidad en las relaciones con la familia extendida.
- Ora por amigas piadosas para tu esposa que puedan animarla en su caminar diario con el Señor. De manera particular, ora para que el Señor le provea a tu esposa una mujer piadosa de mayor edad (como describe Tito 2:3-5) que pueda nutrir a tu esposa con su

ejemplo y consejo. O, si tu esposa ya está en edad avanzada, ora para que ella pueda ser una “mujer Tito 2” para otras jóvenes.

- Pídele a Dios que ministre a tu esposa en las áreas de su preocupación, de sus luchas y temores. Que Dios le recuerde, por Su Espíritu, Sus promesas, Su soberanía, Su amor y Su cuidado sobre ella.
- Ora por los ministerios de tu esposa; que ella pueda conocer el gozo de ser un instrumento útil en manos de Dios, usando los dones, pasiones, y oportunidades que el Espíritu ha puesto en su vida.

¿Cómo debemos orar por nuestras esposas?

Debemos tener tanto momentos estructurados como momentos espontáneos de oración con nuestras esposas. Hombres, seamos honestos. Si no apartamos un tiempo y un lugar para orar por nuestras esposas, probablemente nunca tendremos tiempo para orar con ellas. Vivimos vidas ocupadas, y es fácil quedarnos atrapados bajo la tiranía de lo urgente o ser distraídos, y desenfocarnos del valor y la disciplina de orar con nuestras esposas.

Un tiempo apartado. Habla con tu esposa acerca de cuál sería el mejor momento para que los dos puedan pasarlo juntos regularmente leyendo la Palabra y orando. Para aquellos que tienen niños pequeños, es posible que el mejor momento sea después de que ellos se hayan acostado. Por supuesto, eso va a requerir que ustedes, los padres, tengan una rutina con ellos. También va a requerir que tú evites la televisión, el computador o cualquier otra distracción hasta que hayas tenido este tiempo precioso con tu esposa.

Aquellos que no tienen hijos en casa podrán encontrar más flexibilidad en sacar un tiempo a solas como esposo y esposa en la presencia del Señor. Después de que nuestros hijos salieron de casa, mi esposa y yo hemos encontrado un espacio para nuestro tiempo devocional luego de desayunar unas cinco veces por semana. Esto requiere disciplina. Saber que podemos tener este tiempo juntos requiere poner una alarma que nos dé la oportunidad de leer y orar juntos sin iniciar el día con demasiada premura.

Un lugar apartado. Además de establecer un tiempo para orar juntos, te animo a que encuentres un lugar. Si bien puede funcionar para algunas parejas tener su tiempo de oración en la cama, temo que muchos de nosotros terminamos durmiéndonos antes de completar nuestra conversación con el Señor. Sentarnos en un sofá o una mesa funcionará

mejor. Otros se arrodillan al lado de la cama mientras oran. Ponte de acuerdo con tu esposa sobre qué lugar sacar para orar juntos.

Desarrolla hábitos en tu tiempo de oración con tu esposa. Mi esposa y yo nos beneficiamos de orar brevemente por que el Espíritu de Dios trabaje en nuestras mentes y corazones; luego leemos juntos por un tiempo, hablando sobre lo que aprendemos en nuestras lecturas y sobre lo que nos anima y fortalece nuestra convicción. Luego, con corazones encendidos, oramos otra vez, ahora por más tiempo, compartiendo con el Señor nuestra adoración, gratitud, confesión y petición.

Estas son nuestras sugerencias. Conversa con tu esposa qué puede serles de utilidad a los dos para que puedan tener un tiempo de oración significativo y que sea un regalo mutuo.

Espontaneidad no programada. Además de estos tiempos planificados de oración, un esposo que ama como Cristo ama va a buscar oportunidades espontáneas para orar con y por su esposa. ¿Parece que tu esposa está cargada con mucho trabajo o con el cuidado de los niños? ¿Por qué no abrazarla y pedirle al Señor que le dé fuerza y descanso? (Y luego, ¡ayúdala!). ¿Está preocupada? Toma su mano y ora para que el Espíritu le dé certeza del amor persistente de Dios por ella y Su control sobre los eventos de la vida. ¿Siente convicción de algún pecado? Llévala al Dios que perdona por Su gracia. Tú entiendes la idea. En amor, presta atención a tu esposa. Aprende a “leerla”. Entonces, aprende a “guiarla” al trono de nuestro Padre Soberano.

Obstáculos para orar con nuestras esposas

¿Te sientes valiente? Pregúntale a algunos de tus amigos cuántos oran regularmente con sus esposas. Tengo el presentimiento que encontrarás que quienes lo hacen son una pequeña minoría. Si queremos seguir creciendo en reflejar el amor de Cristo, puede ser sabio que evaluemos honestamente cuáles son los obstáculos más comunes que encontramos a la hora de orar con nuestras esposas.

Ocupaciones

No hay duda de que esta es la excusa más común para no orar con nuestras esposas. “Nuestras vidas están demasiado ocupadas”, decimos. “Tengo un trabajo demandante. Pareciera que siempre estoy corriendo para llevar a los niños a sus prácticas o juegos o recitales. Estamos arreglando unas cosas en la casa. Y servimos en nuestra iglesia. ¡Estamos siempre corriendo a toda velocidad!”.

La vida es ocupada. Pero debemos detenernos a evaluar nuestro plan de acción. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Qué importa para la eternidad? ¿Estamos sacrificando lo esencial por lo opcional? Algunas actividades opcionales no deben ser difíciles de eliminar ni de reducir. Art Hunt, autor de *Praying with the One You Love* [*Orando con quien amas*], relata esta conversación que tuvo con una pareja que pensaba que estaba demasiado ocupada como para orar: “¿Así qué estaban muy ocupados y no pudieron orar? Una pregunta: ¿vieron televisión?”. Se miraron el uno al otro y sonrieron. ‘Ya veo lo que quiere decir’, dijo la esposa con una sonrisa”.¹⁰ Podríamos sustituir la frase “ver televisión” con “usar el Internet” o “pasar un tiempo en las redes sociales”.

Otras actividades que no nos permiten tomar el tiempo para orar puede que no sean tan fáciles de sacar de nuestras vidas, pero vale la pena evaluarlas. Por ejemplo, muchas familias son consumidas por los deportes al punto en que casi todo lo demás toma un segundo o un tercer lugar. Si bien participar en un deporte puede traer sus beneficios, ¿qué sacrificamos en el proceso? ¿Limitan estas actividades tu “tiempo libre” al punto en que tú y tu esposa no tienen tiempo para buscar al Señor juntos? Si verdaderamente valoramos los beneficios de orar como pareja, lucharemos contra esa excusa de *Estamos demasiado ocupados como para orar*.

Temor

Una razón más difícil de tratar por la cual no oramos como parejas es el miedo. Los hombres no hablan fácilmente sobre sus temores, pero los tenemos. Me pregunto cuántos hombres no oran con sus esposas porque temen revelar su inmadurez espiritual. Piensan que es mejor evitar la situación.

Hombres, siempre y cuando evitemos enfrentar esta falta de oración en nuestros matrimonios, mantendremos la desgana espiritual que acompaña a la falta de oración. El futuro no tiene por qué verse como el pasado. El Señor nos puede dar la fuerza para luchar esta falta. Pídele al Señor por fuerzas. Habla con tu esposa de esta creciente convicción de que deben orar juntos. Y entonces... ¡empieza! Aun si tus primeros intentos son breves y extraños, son un inicio. Trabaja en eso. No abandones tu deseo de ejercitar los músculos de tu fe. Día a día, semana a semana, tu fe va a crecer y tu ministerio de orar con tu esposa y por tu esposa se va a fortalecer y va a enriquecer tu matrimonio.

Orgullo

Relacionado con el obstáculo del temor está el orgullo. Como hemos visto, la oración es un trabajo humillante. ¿Será que el orgullo no nos está permitiendo orar con nuestras esposas? Cualquier actitud de superioridad y de autojusticia en nuestras vidas no va a permitir que podamos orar con nuestras esposas.

En nuestros corazones, nos damos cuenta de que, si vamos delante del Rey con nuestras esposas, esas pecaminosas pretensiones serán removidas. El orgullo, de hecho, hace que Dios se oponga a nuestros necios intentos de hacer que la vida funcione por nosotros mismos (Santiago 4:6). Así que, en vez de tratar de agarrarnos de nuestro orgullo, ¿por qué no humillarnos a nosotros mismos para poder orar libremente con nuestras esposas y experimentar la gracia de Dios?

¿Será esta una de las implicaciones de 1 Pedro 3:7?: “De igual manera, ustedes esposos, sean comprensivos en su vida conyugal, tratando cada uno a su esposa con respeto, ya que como mujer es más delicada, y ambos son herederos del grato don de la vida. Así nada estorbará las oraciones de ustedes”.

Jesús nos ama a nosotros, Su novia, y demuestra Su amor al orar por nosotros. Nosotros, los hombres casados, debemos buscar reflejar a Jesús al orar por y con nuestras esposas. Art Hunt nos anima con este recordatorio: “¿Qué sucede cuando las parejas oran? Muchas cosas, y todas buenas. Los matrimonios son enriquecidos, y algunos ¡son transformados! Las parejas que comparten una vida de oración juntas descubren que el tiempo, el compromiso, la energía y los riesgos valen la pena. ¡La oración hace la diferencia!”.¹¹

Preguntas para el diálogo

1. Lee Juan 17:6-26. ¿Cuáles evidencias del amor de Jesús por nosotros podemos encontrar en Su oración?
2. Lee Hebreos 7:23-25 y 1 Juan 2:1. Estos pasajes enseñan que Jesús fiel y constantemente intercede por nosotros delante del trono de Su Padre. ¿Cómo afecta este ministerio constante de Jesús tu visión de Él y de Su dedicación hacia ti? ¿Cómo puede esta verdad afectar tu vida diaria?
3. Además de los tiempos en los que comen juntos, ¿cuándo oras con tu esposa? ¿Cuáles son algunos de los *asuntos de corazón* que te impiden orar con tu esposa? ¿Cuáles *cambios de corazón* le pedirás a Dios que haga en tu vida para poder mostrar a tu esposa un amor que ora, como el de Cristo?
4. ¿Cuáles *decisiones de vida y de calendario* has tomado que te dificultan tener tiempos de oración regulares con tu esposa? ¿Cuáles cambios sientes que el Espíritu Santo te está motivando a hacer para poder ser más fiel en tu oración con tu esposa? Sé específico.

Pasos de acción

1. Habla con tu esposa esta semana acerca de lo que el Señor te ha estado enseñado sobre tu rol de amarla con un amor que ora. Cuéntale tu deseo de orar por ella regularmente. Pídele que sugiera un tiempo que le quede bien a ella. ¿A primera hora en la mañana?

¿Antes de salir a trabajar? ¿Antes de acostarse? Y entonces, ¡manos a la obra!

2. Antes de salir a trabajar cada día de esta semana, pregúntale a tu esposa cómo puedes orar por ella a lo largo del día. Entonces, toma su mano o acércate a ella y ora en voz alta acerca de sus preocupaciones. Pídele a Dios que la bendiga. Dale un beso. Que esta sea una rutina matutina para ustedes.
3. La próxima vez que tu esposa exprese confusión o frustración acerca de una decisión o un incidente en su vida, no la ignores. No le des un consejo rápido. Más bien, dile algo como esto: “Amor, puedo ver tu frustración (o tu preocupación). Me importa lo que estás sintiendo. Llevemos esta preocupación delante del Señor”. Entonces, toma su mano o acércala a ti, y ora por esta situación en su corazón, pidiéndole al Señor Su gracia, sabiduría y dirección. Pregúntale si ella también quiere orar. Sigue haciendo esto hasta que se convierta en un patrón amoroso de ministración a tu esposa con un amor que ora en tiempos de preocupación, confusión o frustración.

Un amor que purifica

¿Un amor que “purifica”? ¿Y eso qué significa? Podemos asumir que pocos esposos han recibido mucha enseñanza acerca de mostrarle amor a sus esposas de una manera que purifica. Sin embargo, Efesios 5:26-27 enseña que una de las muestras del amor de Cristo por Su novia es Su compromiso con “hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable”.

Si los esposos amamos a nuestras esposas “como Cristo amó la iglesia”, ¿cómo se verían estos versículos en nuestros matrimonios? ¿De verdad se espera que seamos responsables de alguna manera con el crecimiento y la salud espiritual de nuestras esposas?

Al principio de mi matrimonio con Gladine, me sentí frustrado por ciertas actitudes y conductas que pensé que había detectado en mi esposa. Tengo que confesar que no tenía una actitud muy honorable sobre —según mis sentimientos— sus faltas y deficiencias espirituales. Recuerdo pensar: “¿Por qué ella no cambia? ¿Qué le pasa? ¿Por qué no puede ser más espiritual y madura?”.

Pero entonces el Señor empezó a darme convicción de *mis* actitudes pecaminosas. Era como si el Espíritu Santo me preguntara: “¿A quién crees que ordené como el principal discipulador de tu esposa?”. Ese concepto —que soy el principal discipulador de mi esposa— empezó a echar

raíces en mi conciencia. Lentamente, y no siempre a paso firme, empecé a ver estas dificultades no solo en ella, sino también en mí mismo. El Espíritu Santo quería usarme como un agente, y puede que hasta como el agente principal, de Su soberanía y de Su gracia a medida que continuaba Su proceso de conformar a mi preciada esposa a la imagen de Cristo. Él quería que amara a mi esposa con un amor que purifica.

Tengo el presentimiento de que este es un tema muy polarizante. Seamos honestos. Algunos hombres parecen tener una tendencia orgullosa a controlar (o al menos tratar de controlar) a sus esposas, y pueden asumir que este capítulo va a afirmar su autoproclamada autoridad espiritual en el hogar. Por otro lado, están los otros hombres que van a sorprenderse de que siquiera pensemos en este tema en el Siglo XXI: ¿Qué derecho tiene un hombre de siquiera decirle a su mujer cómo debe vivir la vida cristiana?

Pero volvamos otra vez a nuestro Modelo, el Esposo perfecto, Jesucristo. Pensemos en cómo Él ama a Su novia, la iglesia, de una manera que la purifica.

La meta de Cristo con Su novia

Cristo ha demostrado con total claridad que ama a Su novia, buscando hacerla espiritualmente hermosa. Él está tan comprometido con este objetivo que está dispuesto a sacrificar Su propia vida en una cruz para lograrlo: “Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella *para hacerla santa*” (Efesios 5:25-26, énfasis añadido). Con una terminología usada para los matrimonios del primer siglo, el apóstol Pablo escribe esto con la mejor de todas las bodas en mente: la boda de Cristo, el Cordero, con Su Novia, la iglesia. (Para más detalles sobre esta gran boda, ver Apocalipsis 19:7-9 y 21:2). Es como si Cristo mismo estuviera anhelando con pasión esa gran boda, preparando con insistencia a Su novia para ese día glorioso. Jesús quiere presentar a Su novia para “Sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable” (Efesios 5:27).

Entender las costumbres judías en cuanto a las bodas nos puede ayudar a comprender mejor las metáforas en Efesios 5. El académico del Nuevo Testamento, el Dr. Harol Hoehner, nos explica: “En las costumbres judías, al momento del desposorio, el joven presentaría a su prometida un regalo y le diría, ‘He aquí, estás consagrada a mí; he aquí, eres una esposa para mí’. Con estas palabras, ambos eran desposados y luego se casaban más o menos un año después. Justo antes de la boda, a la esposa se le bañaba, simbolizando con esto la limpieza que la apartaría para su esposo”.¹

En Efesios 5, Pablo usa la imagen de este baño antes de la boda para simbolizar el amor purificador de Cristo por Su novia, la iglesia. Es un símbolo para la iglesia de su limpieza espiritual por el amargo pecado que interrumpe la relación que tiene con Cristo, una relación que debe ser hermosamente dulce. Cristo mantiene en Su pensamiento ese día cuando la iglesia sea “sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa

e intachable” (Efesios 5:27; ciertamente, una “novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:2). Este Prometido, que se ha comprometido a Sí mismo para Su novia con un amor purificador, alcanza esta meta principalmente de dos maneras: limpiándola y alimentándola.

Cristo ama a Su novia al limpiarla

La palabra *lavarla* que aparece en Efesios 5:26 muestra el aspecto correctivo de nuestra transformación: la limpieza de la suciedad de nuestro pecado. Cristo hace esto “con agua mediante la palabra”. La terminología que Pablo usa aquí se refiere a un mensaje, algo hablado.² Pablo probablemente está hablando del mensaje del evangelio de la gracia de Dios que nos es predicado, *alejándonos* de nuestra adicción al pecado y *acercándonos* a una vida en la que atesoramos a Cristo y vivimos para Él.

De manera persistente y progresiva, Jesús demuestra Su amor por nosotros en la medida en que Su Espíritu Santo toma el mensaje del evangelio y limpia nuestras vidas, lavándonos de cualquier pecado que nos aleje de una devoción completa dedicada a nuestro glorioso Esposo. ¡Qué bueno es Él! ¡Cuán lleno de amor!

Cristo ama a Su novia al alimentarla

Pero Cristo también *alimenta* a Su novia (Efesios 5:29). Frecuentemente, nos referimos a este lado formativo de la transformación que Dios hace en nuestras vidas como la *santificación*. Cristo está constantemente mostrando Su amor por nosotros al darnos “todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda” (2 Pedro 1:3). Nuestro Esposo perfecto está comprometido con amarnos al estar íntima y constantemente involucrado en nuestras vidas, proveyéndonos todo lo que necesitamos: Su Espíritu Santo, Su hermosa Palabra, pastores y maestros, amigos cristianos y aun el sufrimiento. Él nos ofrece todo eso para animarnos en nuestro crecimiento y madurez espiritual. Él quiere que seamos Su novia hermosa.

Cristo nunca pierde de vista la meta de aquel hermoso día de bodas y el inefable gozo que le seguirá por la eternidad. Él ha demostrado Su compromiso con amarnos de esta manera purificadora al “darse a Sí mismo” por nosotros.

¿Cómo podemos amar a nuestras esposas con un amor purificador?

Hombres, para poder “amar a nuestras esposas como Cristo ama a la iglesia”, debemos cargar una responsabilidad única por su crecimiento y salud espiritual.

Nuestro Señor nos ha comisionado para que seamos los “principales discipuladores” de nuestras esposas. Así que sería sabio considerar seriamente cómo podemos lograr esta gloriosa misión.

A través de la influencia de nuestro ejemplo, como fue el ejemplo de Cristo

Empecemos por lo positivo. ¿Cómo podemos ser instrumentos en las manos del Señor para llevar a nuestras esposas a la madurez espiritual? No ignoremos lo obvio. Nuestro ejemplo de vida cristiana, día a día, aun sin hablar, puede tener y tiene una gran influencia en nuestras esposas (e hijos) para bien. Entender tal responsabilidad puede ser abrumador.

Si le dijera a mi esposa: “Sígueme”, y ella aceptara la invitación, ¿ella caminaría más cerca de Cristo o más lejos de Él?

El apóstol Pablo le dijo a los creyentes de Corinto: “Imítanme a mí, como yo imito a Cristo” (1 Corintios 11:1). Ese debe ser el clamor humilde y desde el corazón de cada hombre casado hacia su esposa y hacia su familia.

Pero ¿con qué nivel de coherencia estamos siguiendo a Cristo? 1 Juan 2:5-6 dice: “De este modo sabemos que estamos unidos a Él: el que afirma que permanece en Él, debe vivir como Él vivió”. ¿Qué pasa cuando mi esposa, cuando me analiza, ve el valor que le doy a Dios y a Su gloria, ve las decisiones que tomo en la vida, ve mis reacciones frente a las influencias de este mundo y ve mi trato con la gente? ¿Puede ver un reflejo de Cristo? ¿Estoy dándole a mi esposa un modelo de Cristo que ella puede seguir en su búsqueda de madurez y salud espiritual?³

Entender la importancia de buscar la semejanza a Cristo, no solo por mi propia alma, sino también por la de mi esposa, me debe retar a tener una vida donde siga a Cristo y donde refleje Su carácter mientras vivo cada día como hombre casado. Por la gracia de Dios, necesito ser un ejemplo tanto en lo que digo como en lo que hago de lo que el Señor quiere que mi esposa sea.

Al tener tiempos planificados de enseñanza con ellas

Ya casi puedo escuchar la respuesta de algunos hombres. “¡Espera! Yo no soy un maestro. No creo que nadie tenga la expectativa de que voy a estar enseñándole la Biblia a mi esposa. De todas maneras, ¡ella sabe más que yo de la Biblia!”.

Hermanos, he estado casado por más de 30 años. He sido pastor la mayor parte de ese tiempo. Y puedo asegurarte que lo que he escuchado de mi esposa y de múltiples mujeres en nuestra iglesia a lo largo de los años es que *las mujeres casadas anhelan que sus esposos sean los líderes espirituales en el hogar*. De hecho, me aventuraría a decir que esta es la queja más común que he escuchado de mujeres en sesiones de consejería.

Es un poco humillante admitir que este era el caso en mi propio matrimonio. Por años yo estuve muy ocupado atendiendo las necesidades espirituales de otras personas mientras descuidaba las necesidades espirituales de mi propia esposa. Y eso la lastimó profundamente.

Había momentos donde ella decía: “Lo único que quiero de cumpleaños este año es que te tomes el tiempo de dirigirme espiritualmente. Leamos juntos la Biblia. Oremos juntos. Eso es todo lo que quiero”.

Para mi vergüenza, no estaba reflejando a Cristo. No estaba amando a mi esposa de una forma purificadora. Así que el Señor en Su gracia empezó a trabajar en mí, llevándome al arrepentimiento y a involucrarme personalmente con mi esposa como su líder espiritual primario.

¿Quieres acompañarme a lograr este propósito?

Un buen lugar de inicio para todo hombre casado que se siente inadecuado en esta área es humillarse ante Dios y pedir Su ayuda. Tal vez debes decirle algo como esto: “Señor, sé que quieres que ame a mi esposa con un amor que purifica, así como Tú amas a Tu novia, la Iglesia,

lavándola con la Palabra. Yo sé que quieres que la alimente espiritualmente. Estoy dispuesto, Señor, pero necesito Tu ayuda. Por favor, ayúdame”.

¿Quieres buenas noticias? Recuerda: Dios dice que da gracia al humilde. Si te humillas delante de Él, verás cómo Él va a usarte para el crecimiento espiritual de tu esposa.

Una forma simple pero significativa de acercarte a tu esposa sobre este tema es la siguiente: habla con ella. Confiesa tus faltas como líder espiritual en el matrimonio. Déjale saber que quieres cambiar. Pídele que ore por ti y que te anime en amor. Decidan juntos un tiempo en el que puedan leer la Palabra juntos. Como te mencioné anteriormente, para nosotros es en cuando nos sentamos a la mesa, luego del desayuno, cinco veces por semana. Tú y tu esposa puede que tengan otro momento, frecuencia o lugar.

Si genuinamente te sientes inadecuado para enseñar la Biblia a tu esposa, haz lo que puedas en este tiempo y comprométete a crecer. Puede que encuentres algún libro devocional para parejas y que lo leas en voz alta durante sus tiempos devocionales juntos. Algunos libros incluyen preguntas de discusión que pueden ayudarte a aplicar lo que acaban de leer juntos.

Mi esposa y yo con frecuencia oramos brevemente antes de leer de un devocional diario o un pasaje de la Escritura, pidiéndole a Dios que nos dirija, nos dé entendimiento y nos permita aplicar lo que Él quiere que aprendamos. Luego, en varias ocasiones oramos después de leer, pidiéndole a Dios Su bendición y guía para este día. Sin ser complicada, es una manera fenomenal de empezar a vivir el mandato de Dios de discipular a tu esposa. Esto no es solo agradable al Señor, sino que también tu esposa te bendecirá por bendecirla de esta manera.

Al aplicar la Palabra de Dios de manera espontánea en situaciones cotidianas

A medida que nos adentramos en la Palabra de Dios, podremos ver más formas de ayudar a nuestras esposas a aplicar sus verdades en las diversas situaciones en que nos encontremos. Sin andar “sermoneando”, podemos recordarles en amor la esperanza que tenemos en la Palabra preciosa de Dios.

Al tomar decisiones, teniendo la Biblia como nuestro estándar, podemos animar el crecimiento de nuestras esposas en gracia y ayudarles a pensar en las diversas opciones que tienen por delante.

En la crianza, podemos guiar a nuestras esposas a tener prioridades y límites bíblicos como padres, y esto también puede ayudarnos a crecer espiritualmente.

En momentos de prueba, podemos llevar a nuestras esposas a la esperanza que encontramos en la Roca de la revelación de Dios para que su fe sea fortalecida.

En aquellos momentos donde alguien nos lastima o sentimos desilusión, desánimo o depresión, podemos brindar a nuestras esposas el bálsamo de la Palabra de Dios para recordarles de Su fiel amor.

Mucho del crecimiento espiritual de nuestras esposas sucederá en estas oportunidades espontáneas que el Señor nos trae para mostrarles cuán valiosa y práctica es Su palabra para vivir la vida y crecer en gracia.

Al ayudarle a aprender la verdad de Dios a través de otros

Otra forma de animar el crecimiento espiritual de tu esposa es tomando la iniciativa de proveer otras maneras en las que ella pueda crecer espiritualmente. Si bien tocamos este punto antes, debemos considerarlo otra vez.

1. *Comprométete a ser una parte vital de tu iglesia.* ¿Qué tan involucrado estás –o están, como pareja– en una iglesia sana? ¿Tiene tu iglesia estudios bíblicos para mujeres? Anímalas a participar, ofreciéndote a cuidar a los niños, si te es posible, para que ella pueda asistir. Toma la iniciativa (¡eso es liderar!) en explorar posibilidades para que tú y tu esposa puedan involucrarse en algún estudio bíblico, en alguna clase de educación cristiana en tu iglesia o en algún retiro matrimonial.

2. *Ayúdala a conectarse personalmente con Dios.* ¿Le has escuchado decir que se le dificulta encontrar un tiempo a solas para leer la Biblia? ¿Cómo pudieras ayudarla? ¿Por qué no te ofreces a cuidar a los niños, animándola a encontrar algún lugar en la casa donde pueda estar a solas con Dios?

3. *Anímalas a leer libros espirituales.* Si le gusta leer, es posible que ya tenga una lista de libros para los que no ha encontrado tiempo. Facilítale ese tiempo. Si necesitas sugerencias, pídele a tu pastor o a otra persona piadosa en la iglesia que te recomiende libros para tu esposa.

4. *Llena tu hogar (y tu carro) de música centrada en Dios.* Las melodías y las letras bíblicas de la música cristiana pueden hacer espacio en su corazón y mente para ayudarla a crecer en la fe. ¿Qué puedes hacer para animarla en esta área?

Ya estás entendiendo, ¿no es cierto? La Palabra de Dios es una herramienta poderosa en Sus manos soberanas para formar tanto nuestras vidas como las vidas de nuestras esposas. ¿Recuerdas lo que dice 2

Timoteo 3:16?: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia”. Busquemos formas de ayudar a nuestras esposas a encontrarse con la poderosa Palabra de Dios, deseando en oración que puedan crecer y madurar espiritualmente.

Al ayudarle a batallar contra el pecado en su vida

¿Por qué encuentro este ministerio de ayudar a mi esposa a lidiar con su pecado como uno de los más intimidantes? ¿Acaso temo su rechazo? ¿Temo que se exponga mi pecado en el proceso? De todas formas, mi mandato como esposo sigue ahí: “amar a mi esposa como Cristo amó a la iglesia y se dio a Sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavamiento con agua a través de la palabra”.⁴

¿Cuál es mi rol en el lavamiento de mi esposa? Usemos Gálatas 6:1 como base para explorar este espantoso pero significativo medio de servir a nuestras esposas con un amor que purifica: “Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado”.

¿Cómo se aplica este verso cuando un esposo siente alguna actitud o percibe algún accionar pecaminoso en la vida de su esposa? ¿Cuáles guías podemos extraer de este versículo inspirado por Dios para convertirnos en agentes del Espíritu Santo en el lavamiento de pecado en la vida de nuestras esposas?

- *Un acercamiento humilde.* ¿Por qué Pablo advirtió a aquellos que serían restauradores que tuvieran cuidado de sí mismos? Porque todos somos prontos para pecar y susceptibles a la tentación. Si el Señor va a usar a un esposo para ayudar a su esposa a lidiar con el pecado en su vida, no hay lugar para el señalamiento. Esto no es un momento del tipo “¡te atrapé!”, como lo dice el autor David Harvey. Elimina pensamientos y comentarios como: “¡No puedo creer que hayas hecho eso!”.⁵

Hermanos, cada uno de nosotros necesita reconocer que no es el único que se ha casado con una pecadora. ¡Su esposa se ha casado con un pecador! Antes de tratar de hacer cirugía ocular por la paja en el ojo de nuestra esposa, debemos reconocer humildemente el tronco en el nuestro, tratando de extirparlo por la gracia de Dios (Mateo 7:1-5). Este es un asunto importante y que normalmente no cumplimos.

¿Vería mi esposa una humildad que exalta a Cristo en mi vida si le ofreciera mi ayuda en la lucha contra sus pecados? ¿O sentiría una actitud de superioridad, que le llevara a alejarse de mí, sintiendo que soy un hipócrita?

- *Un acercamiento honesto.* En Gálatas 6:1, el pecado es visto claramente como pecado. Pablo no lo minimiza como si fuera un error o una mala decisión. Ver los pecados (los propios o los de nuestra esposa) por lo que son, ofensas en contra de un Dios santo y lleno de gracia que nos impiden glorificarlo y disfrutarlo, hace que la gracia y el perdón se sientan todavía más dulces. Cuando minimizamos el pecado, minimizamos también la gracia. Dave Harvey lo explica: “Por mucho, el mayor beneficio de reconocer nuestra pecaminosidad es que hace que Cristo y que Su obra sean más preciosos para nosotros... Solo los pecadores necesitan un Salvador”.⁶

En la medida en que lidiemos con el pecado en nuestros matrimonios, necesitaremos resistir la tentación de soluciones rápidas para poder seguir con nuestra vida. Seamos honestos, hombres: ¿Cuántas veces hemos tratado ciertos asuntos con nuestras esposas de una manera superficial, buscando solamente

enmendar las cosas entre los dos para ya no tener que seguir viviendo con las dificultades en nuestra relación?

¿Dónde está Dios en medio de todo esto? ¿Dónde está el pecado? Si mi esposa ha pecado, el problema real es que ha ofendido a su Señor. Eso es el pecado: una ofensa contra Dios. La sanidad necesaria es una sanidad del alma. Que sea resuelta la separación entre mi esposa y el Señor. Cuando la dirijo, con humildad pero con honestidad, a luchar contra el pecado, el Espíritu Santo puede obrar aplicando el perdón del evangelio a su alma.

- *Un acercamiento con esperanza.* Hay una palabra en Gálatas 6:1 que se marina con la palabra esperanza. Es la palabra “restaurar”. Nuestra motivación es la restauración, no la condenación. Yo sospecho que algunos de nosotros que hemos estado casados más que un par de semanas podemos recordar tiempos en los que hemos señalado de mala manera el pecado de nuestras esposas diciendo frases desesperanzadoras como: “¡Nunca vas a cambiar! Siempre vas a ser _____”. Estas nocivas y devastadoras palabras, motivadas por una ira pecaminosa, buscan justificar nuestro pecado, haciendo que ella se sienta peor. Estas palabras no son motivadas por un amor que purifica y que busca la belleza espiritual de nuestras esposas.

La meta del restaurador espiritual de Gálatas 6:1 es siempre la restauración. La idea detrás de la palabra “restaurar” es “hacer algo nuevamente útil”. El esposo espiritual quiere que su esposa sea útil a su Maestro otra vez (2 Timoteo 2:20-21), experimentando el gozo de ser un instrumento en Su mano. Y para lograr esto debemos hablar con honestidad palabras de

esperanza en el alma de nuestras esposas, y tratarlas humildemente con su pecado.

Hombres, en humildad: apuntemos a nuestras mujeres a Cristo, confirmándoles que “no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Dios no nos ha condenado, ¿por qué condenaríamos nosotros a nuestras esposas? En Cristo somos perdonados por siempre y restaurados a un lugar de utilidad para Su gloria. Lágrimas de arrepentimiento y confesión pueden terminar en sonrisas de perdón y de restauración.

- *Un acercamiento humanitario.* Cuando escuchamos la palabra *humanitario*, puede que pensemos en gentileza y compasión. ¿Son esas las palabras que vienen a la mente de mi esposa cuando piensa en mi trato con su pecado, *gentileza y compasión*? Gálatas 6:1 dice que aquellos que tenemos el bisturí de la Palabra de Dios y tratamos de hacer cirugía en el alma de otros para extirpar el cáncer del pecado debemos hacerlo gentilmente. No hay razón para dar cuchilladas en el alma de otro, mucho menos en el alma de nuestras esposas.

David Harvey ve la amabilidad como algo esencial. “La [amabilidad] le dice [a nuestra esposa]: ‘Yo sé que eres una pecadora igual que yo y que vas a pecar contra mí, como yo pecaré contra ti. Pero me rehúso a vivir defendiéndome contigo. Voy a vivir inclinándome en tu dirección con una postura misericordiosa que tus pecados y debilidades no pueden borrar’”.⁷

Hombres, en cualquier momento que tratemos de lidiar con el pecado de nuestras esposas, debemos llevar con nosotros el aroma de la amabilidad y de la compasión de nuestro Salvador.

Las palabras del autor y locutor Bob Lepine nos deben servir como recordatorio cuando somos tentados a tratar con dureza las ofensas de nuestras esposas: “La mayoría de las esposas no necesitan recordatorios constantes de su pecado, especialmente de sus esposos. Ellas saben muy bien sus faltas y fallas. Más bien, necesitan recordar el perdón de Dios cuando fallan. Necesitan escuchar vez tras vez que las misericordias de Dios son nuevas cada mañana. Lo que anhelan es ser fortalecidas”.⁸

Al mantener los ojos en la meta

El Esposo perfecto, Jesucristo, tiene la meta gloriosa de amar a Su novia con un amor que purifica: Él quiere “presentársela a Sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable” (Efesios 5:27). Si bien somos una novia imperfecta de este lado del cielo, Él nunca aparta Sus ojos de ese día glorioso en el que seremos perfectos. Él continúa amorosamente involucrado en nuestras vidas, lavando nuestras faltas y planchando nuestras arrugas.

Si bien somos reflejos imperfectos del Esposo perfecto, tú y yo debemos amar a nuestras esposas de la mejor manera que podamos con un amor que purifica, sin perder de vista la meta: ayudarla a ser más como Cristo.

En última instancia, el servir a mi esposa al ayudarla a tratar con el pecado en su vida no es solo para buscar mejorar nuestra relación marital (¡si bien ese es un resultado maravilloso!). Es más bien ayudar a mi esposa a ver la amargura del pecado para que pueda experimentar la dulzura de Cristo.⁹ Es apuntarla al Hijo para que pueda disfrutar mejor Su belleza y para que pueda deleitarse en la luz de Su gracia.

En última instancia, mi deseo debe ser verla conformada a la imagen de Cristo mismo (2 Corintios 3:18), no a nuestra imagen. En ese gran día, por la asombrosa gracia de Dios, mi hermosa esposa va a brillar con el reflejo de la gloria inconmensurable de Cristo.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Cuál es la “herramienta” principal en la mano de Dios para limpiarnos y formarnos con el fin llegar a ser esa hermosa novia que presenta Apocalipsis 21:1-2? Lee Efesios 5:25-27. ¿Qué luz nos da Tito 2:11-14 cuando nos enseña que Cristo usa el evangelio no solo para salvarnos, sino también para santificarnos?
2. ¿Cómo puedes a manera personal permitir que el evangelio permee tu vida para poder crecer en tu madurez cristiana? ¿Qué cambios requieres hacer en tu calendario y estilo de vida?
3. ¿Quiénes dirías que son las tres personas más influyentes en la salud espiritual y el crecimiento de tu esposa? ¿Estás en esa lista? Si no, ¿qué necesitas cambiar para ser el principal discipulador de tu esposa?
4. Piensa en las maneras en las que tu ejemplo de vida influye en la salud espiritual y el progreso de tu esposa (de manera tanto positiva como negativa). ¿En qué áreas te está llamando el Espíritu Santo a cambiar?
5. Uno de los pasos de acción del capítulo 7, “Un amor con propósito”, era discutir con tu esposa un plan para que ambos tengan tiempos regulares de lectura de la Palabra y de oración. ¿Cómo va eso?

Pasos de acción

1. Lee Gálatas 6:1-2 con tu esposa. Hablen acerca de cómo pueden, como pareja, vivir esos principios en su matrimonio cuando alguno

peque. Discutan algunos de los puntos de este capítulo acerca de la necesidad de corrección espiritual, la necesidad de ser humildes, honestos, esperanzadores y humanos. Hablen abiertamente acerca de cómo han luchado anteriormente con los pecados en sus vidas. ¿Tienes la necesidad de confesar momentos en los que se hayan tratado mal y deban pedir perdón? Comprométanse a servirse el uno al otro en amor de estas maneras cuando sean conscientes de pecado en sus vidas.

2. Consideren leer y discutir el libro de Dave Harvey *Cuando pecadores dicen: "Acepto"*.
3. ¿De qué maneras prácticas puedes animar a tu esposa a buscar otras fuentes de ánimo espiritual en su vida? ¿Tomar clases en la iglesia? ¿Tomar notas durante el sermón? ¿Ser parte de un grupo de mujeres? ¿Leer buenos libros cristianos? Toma la iniciativa, sin ser mandón, de animar a tu esposa en estas maneras.

Un amor que perdona

Estaba en mi junta con el grupo de rendición de cuentas cuando sonó mi celular. Eché un vistazo y vi que era mi esposa, pero como estábamos orando, preferí llamarla al final de nuestro tiempo de oración. Cuando revisé el correo de voz un poco más tarde, escuché esto: “Larry, dejé la llave dentro del carro y necesito salir de emergencia [un amigo tiene una gran necesidad]. ¿Puedes venir ahora para yo usar tu camioneta hasta que venga el cerrajero?”.

Gracias a Dios nuestra casa está a unos pocos kilómetros del restaurante donde nos reuníamos, pero en esos breves minutos manejando, debo admitir que mi cabeza empezó a quejarse. “¿Cuántas veces se le han quedado las llaves dentro del carro? ¡A mí nunca se me han quedado las llaves dentro del carro!”.¹

Este es un evento diario (o casi diario) con el que muchos esposos podemos relacionarnos. Nuestras esposas hacen cosas que nos irritan y nos molestan. Cosas que podemos decir son imprudentes o que no las pensaron bien. Cosas que nos afectan.

¿Cómo se supone que respondamos a esas cosas que nos irritan? ¿Alzamos la voz con ira? ¿Le recordamos una y otra vez cuán tontas pueden ser? ¿Las tratamos con frialdad para que se den cuenta cuánto nos han molestado? ¿Las molestamos con algo que sabemos que no les gusta?

Con demasiada frecuencia, nuestras reacciones son bastante juveniles, ¿no es cierto? Todos tenemos memorias vergonzosas. Con más calma,

sabemos que esas cosas pequeñas que hacen nuestras esposas y nos molestan no son más que eso: cosas pequeñas. Pero ¿y qué de las grandes ofensas, aquellos pecados deliberados en contra nuestra? ¿Y si una esposa decide ir en contra de la petición de su esposo como cabeza del hogar, no mostrando ni amor ni respeto? Aún peor, ¿y si una esposa peca contra su esposo adulterando? ¿Cómo debe un esposo responder a ese tipo de dolor tan grande?

Si bien quisiéramos luchar con su aplicación en ciertas situaciones, Efesios 5:25 no deja excepciones, ni clausulas de escape, ni excusas, sin importar los sentimientos del esposo. Ya sea que estemos hablando de un pequeño enfado por una acción desconsiderada o de la ruptura del pacto por una esposa adúltera, el llamado de Dios permanece igual: “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia”.

Una de las prácticas más marcadas del amor de Cristo por Su iglesia es Su perdón cuando Su novia peca contra Él. El amor de Cristo es un amor perdonador.

El amor perdonador de Cristo por Su Iglesia

En el Salmo 103:10 el Rey David dice que Dios “no nos trata conforme a nuestros pecados ni nos paga según nuestras maldades”. ¿No te anima esto? ¡Qué bendición! Si en verdad somos honestos, ninguno de nosotros queremos lo que nos merecemos. Nadie quiere la justicia de Dios; por lo menos, no contra ellos. La justicia requeriría que Dios nos castigue por nuestros muchos pecados. No, no queremos justicia. Queremos misericordia y gracia. Queremos que el Rey nos perdone. Aquí te presento una definición de *perdonar*: “Dicho de quien ha sido perjudicado por ello: remitir la deuda, ofensa, falta, delito u otra cosa”.² De nuevo, en las palabras del Rey David, “no nos trata conforme a nuestros pecados”.

El amor perdonador de Cristo es paciente

Podemos ser muy inconscientes de nuestros incalculables pecados cometidos contra nuestro Dios creador. Solo piensa en la multitud de crímenes que has cometido contra el Rey Altísimo, mientras andabas corriendo detrás del pecado, antes de que Él te alcanzara con Su sorprendente y amorosa gracia. “Pero Dios demuestra Su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

¿No es eso sorprendente? ¿Por qué Dios no eliminó simplemente a estos pecadores rebeldes como las pequeñas cucarachas que son, las cuales se la pasan contaminando Su santo trono? El que se llamó a sí mismo “el primero de los pecadores”, el apóstol Pablo, también luchó con esta profunda y compleja pregunta.

Guiado por el Espíritu Santo, Pablo le explicó a su discípulo, Timoteo, cómo fue sorprendentemente protegido de la ira de Dios: “Este mensaje es digno de crédito y merece ser aceptado por todos: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. *Pero precisamente por eso Dios fue misericordioso conmigo, a fin de que en mí, el peor de los pecadores, pudiera Cristo Jesús mostrar Su infinita bondad. Así vengo a ser ejemplo para los que, creyendo en Él, recibirán la vida eterna*” (1 Timoteo 1:15-16, énfasis añadido).

En *Walking Like Jesus Did [Caminando como lo hizo Jesús]*, explico cómo Jesús proveyó salvación al “peor de los pecadores” para mostrar el sublime atributo de Su paciencia. “En vez de aplastar a este asesino perseguidor, Jesús lo toleró día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Y luego, un día, maravilla de maravillas, Jesús derramó Su misericordia y gracia sobre Saulo de Tarso”.³

Lanzo este desafío: “Cada cristiano debe ver su vida antes de Cristo (como hizo Pablo) y preguntarse: ‘¿Por qué el Señor no me aplastó cuando me rebelaba contra Él? ¿Por qué no me mandó al infierno hace mucho tiempo?’. Si eres un verdadero seguidor de Cristo, tu vida sirve como un ‘lienzo’ en el que Jesús ha pintado un retrato de Su propio carácter: específicamente, el atributo de la *paciencia*”.⁴

Jesús verdaderamente nos ha amado con un *amor perdonador*, no tratándonos como nos merecemos por nuestros pecados.

El amor perdonador de Cristo es clemente

¿Qué es el perdón? La definición de la Real Academia de la Lengua Española del término “perdonar” es la siguiente: “Remitir la deuda, ofensa, falta, delito u otra cosa... exceptuar a alguien de lo que comúnmente se hace con todos, o eximirle de la obligación que tiene”.⁵

La palabra griega usada más comúnmente en el Nuevo Testamento para “perdonar” tiene en su raíz la idea de “soltar” o “dejar”. Podemos pensar en el perdón como “dejar el deseo de venganza o represalia”. Perdonar es decidir no guardar rencor ni dejar de tratar de tener venganza cuando alguien nos ofende o nos hiere. ¿No es esto mismo lo que hizo Jesús por nosotros?

¿Recuerdas la historia bíblica de la mujer que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas? De muchas maneras, ella nos representa a nosotros los pecadores que hemos quedado sobrecogidos por el regalo del perdón de Jesús. Lucas describe esta escena de la siguiente forma: “Ahora bien, vivía en aquel pueblo una mujer que tenía fama de pecadora. Cuando ella se enteró de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de alabastro lleno de perfume. Llorando, se arrojó a los pies de Jesús, de manera que se los bañaba en lágrimas. Luego se los secó con los cabellos; también se los besaba y se los ungía con el perfume” (Lucas 7:37:38).

Si bien esta mujer estaba totalmente quebrantada por su pecado, los líderes religiosos de aquel momento la veían con desdén. Ahora, ¿cómo trató Jesús a esta mujer apasionadamente arrepentida? “Entonces le dijo Jesús a ella: ‘Tus pecados quedan perdonados’” (Lucas 7:48).

Para sorpresa de todos, Jesús perdonó aun a aquellos que *no* estaban buscando Su perdón. Ilustro esto en *Walking Like Jesus Did [Caminando como lo hizo Jesús]*:

Mientras Jesús era clavado en la cruz, Su primera frase pública fue: ‘Padre, perdónalos’. ¿Por quién estaba pidiendo Jesús? Le estaba pidiendo al Padre que perdonara a los líderes judíos, quienes habían retorcido sus enseñanzas, calumniado Su carácter e insistido en que fuera crucificado. Jesús estaba pidiéndole al Padre que también perdonara a los soldados romanos que habían abusado de Él hiriéndolo con palos, látigos, golpes y una corona de espinas... Jesús estaba pidiendo al Padre que perdonara a la multitud, reunida para burlarse al pie de la cruz. Mientras los observadores se mofaban con palabras de odio y burla, Jesús estaba en ese mismo momento pidiendo a Su Padre celestial que los perdonara.⁶

¡Jesús perdonó a aquellos que lo hirieron profundamente! Nuestro perdón le costó muchísimo. Él no ignoró nuestras ofensas. Jesús nunca dijo: “Bueno, así son las cosas. La gente no aprende. Listo, los perdono”. No. Al perdonar nuestro pecado, Jesús mismo absorbió el horrible castigo que nuestro pecado merecía.

Como nos recuerda Hebreos 9:22: “Sin derramamiento de sangre no hay perdón”. ¿Cómo podemos entender la profundidad del castigo que Jesús llevó en la cruz para perdonarnos a nosotros, pecadores culpables? Pablo nos recuerda que “al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios” (2 Corintios 5:21).

Antes de la cruz, Jesús sabía que perdonar las ofensas de otra persona sería muy costoso. La noche antes de morir, tomó la copa de la pascua y explicó a Sus discípulos: “Esto es Mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados” (Mateo 26:28). No existe una mayor expresión de amor. “Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos” (Juan 15:13).

Nuestro amor perdonador por nuestras esposas

Una expresión significativa de nuestro amor por nuestras esposas es nuestra disposición a perdonar sus ofensas contra nosotros, sin importar si son pequeñas o si ponen en peligro nuestro matrimonio.

Muchas parejas deciden leer 1 Corintios 13 como parte de su ceremonia de boda. Tal vez tú mismo lo hiciste. ¿Recuerdas estas palabras? “El amor es paciente... no se enoja fácilmente, no guarda rencor” (1 Corintios 13:4-5). Cuán rápido olvidamos esos atributos del amor de Cristo cuando nuestras esposas hacen cosas que nos irritan, como dejar las llaves dentro del auto... otra vez. ¿Cómo respondemos cuando nuestras esposas hacen algo que nos molesta? ¿Con palabras iracundas y ofensivas? ¿Levantamos una pared emocional, construida con bloques de amargura? ¿Buscamos maneras de hacerlas pagar haciendo algo que sabemos que las irritará?

Bob Lepine nos recuerda lo que ya sabemos en nuestros corazones: “Frecuentemente, la raíz de la impaciencia es el egoísmo. No tenemos lo que queremos o lo que pensamos que merecemos. No somos pacientes, no estamos dispuestos a sufrir en lo absoluto”.² En el centro de la impaciencia hay un corazón egoísta y egocéntrico.

Un amor paciente y clemente

Amar a nuestras esposas como Cristo ama la iglesia implica expresar un amor clemente al ser paciente con las ofensas de nuestras esposas, sean estas ofensas grandes o pequeñas. Si el consejo de Pedro en 1 Pedro 4:8 es importante para el cuerpo de Cristo, ¿cuánto más lo será para el matrimonio? Él escribe: “Sobre todo, ámense los unos a los otros profundamente, porque el amor cubre multitud de pecados”.

El pastor Dave Harvey nos recuerda cuán decisiva puede ser la paciencia, pues “implica el reconocimiento claro de que tal vez hayan pecado contra ti, y luego una decisión valiente e inspirada por el evangelio de cubrir ese pecado con amor”.⁸ ¿Por qué permitir que nuestra impaciencia continúe oscureciendo nuestros matrimonios y nuestro reflejo del amor de Cristo?

Un amor que perdona

Sabemos que nos casamos con mujeres pecadoras, ¿no? Antes de responder, recordemos que nuestras esposas también se casaron con hombres pecadores. Admitir esa dolorosa realidad debe ayudarnos a no sorprendernos cuando nuestras esposas pequen contra nosotros. Tú y yo somos pecadores que nos casamos con pecadoras. Entonces, ¿cómo quiere Cristo que lidiemos con eso?

El apóstol Pablo aconsejó a la iglesia de los colosenses a tratar las ofensas pecaminosas en la familia de la fe: “De modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes” (Colosenses 3:13).

¿No pudiéramos nosotros los esposos aplicar el mismo consejo para nuestros matrimonios cuando nuestras esposas pecan contra nosotros? Perdonar a nuestras esposas no minimiza la ofensa. No nos escondemos debajo de una actitud estoica, pretendiendo que no nos duele. David Harvey explica: “El verdadero perdón ve el pecado del otro como el mal que es, trata con ello y luego absorbe el costo de ese pecado con el poder de la gracia abundante de Dios. Perdonar así libera al pecador; la cuenta del pecado es cerrada, cancelada y borrada”.⁹

Cuando perdonamos a nuestras esposas, reconocemos que ellas pueden habernos fallado, pero si bien la justicia demanda que ellas paguen por el sufrimiento que nos causaron, decidimos no demandar pago por esa deuda. Lo dejamos ir. Las *perdonamos* en amor.

Una joven esposa a quien mi esposa y yo amamos profundamente compartió con nosotros un día el gran gozo que le dio recibir el perdón de su esposo y encontrar restauración en su relación. Su matrimonio se había encaminado al precipicio. Pero Dios, en Su providencia, ya que el esposo hizo un esfuerzo consciente de reflejar el espíritu de Cristo en cuanto al

amor y al perdón, hizo que su descenso hacia la disolución se detuviera, y juntos iniciaron un ascenso hacia la montaña del matrimonio como dos creyentes perdonados, atados por el amoroso perdón de Cristo. Ella escribe diciendo esto:

Es difícil perdonar a alguien que ha violado tu confianza. Luego de unos pocos años de matrimonio, el egoísmo y el orgullo habían ido erosionando el fundamento de nuestra relación. Me sentía atrapada y estaba lista para abandonar mi matrimonio y mi fe e ir detrás de lo que pensé sería una oportunidad para encontrar la verdadera felicidad. A pesar de su dolor, mi esposo estuvo dispuesto a humillarse a sí mismo, apropiarse de sus faltas, amar y perseguirme a pesar de que era yo quien estaba amenazando con dejarlo a él. Con el tiempo, Dios obró en mi corazón a través de la perseverancia y el ejemplo amoroso de mi esposo, y hoy compartimos la hermosa y gozosa relación que mi corazón había anhelado por mucho tiempo.

Así como nuestro Señor se ha comprometido con no demandar un pago de parte de nosotros por nuestros pecados contra Él, tampoco demandemos pago a nuestras esposas por sus ofensas contra nosotros. Esa ofensa no debe ser una barrera entre un esposo y su esposa, ni tampoco un arma para infligirles dolor porque nos hayan herido.

¿Por qué deberíamos perdonar a nuestras esposas por sus pecados contra nosotros?

Seamos honestos. Algunos esposos han sido gravemente heridos por los pecados de sus esposas. He escuchado a un esposo exclamar con lágrimas en su rostro y con una cara de dolor: “Larry... no sabes cuánto me ha herido. Mi alma está llena de heridas. ¿Cómo podría perdonarla? ¿Por qué debería perdonarla? ¡Ella no merece mi perdón! Si la perdono, estaré absolviendo lo que ella ha hecho, y ¡no voy a hacer eso!”.

La razón por la que perdonamos a nuestras esposas no es porque se *merecen* que las perdonemos. Entonces, ¿por qué?

1. *Perdona porque Cristo te perdonó*. El mensaje de Colosenses 3:13 puede ser difícil de vivir, pero es muy claro: “Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes”. Muchos matrimonios existen bajo una nube opresiva, la cual bloquea la luz del Hijo, precisamente porque el esposo ha decidido en su terquedad negar el perdón hasta que siente que su esposa se lo ha ganado después de que ha mostrado el suficiente remordimiento. Pero el perdón que brindamos a nuestras esposas cuando pecan contra nosotros no es una recompensa que damos si se *ganan* que las perdonemos.

La animosidad y el resentimiento pueden atar a un esposo a su orgullo, limitándole que pueda ir donde su esposa con amor perdonador. Y, sin embargo, la única manera de romper esas cadenas es dejar de contemplar el pecado de la esposa y mirar nuevamente hacia el perdón inmerecido que el Señor nos extiende a todos nosotros. “Perdona como el Señor te perdonó”.

El pastor John Piper dice: “Toma la gracia, el perdón y la justificación que has recibido verticalmente a través de la muerte de Cristo y llévala a lo

horizontal, hacia los demás. Específicamente, los esposos a las esposas, y las esposas a los esposos”.¹⁰

¿Cuántas veces he ofendido a mi Señor? ¿Qué si lo he ofendido diez veces por día (¡ya quisiera yo!)? Eso serían 70 pecados a la semana, 3640 crímenes contra el Rey cada año, 36400 ofensas cada década de mi vida. Si bien mi esposa puede que no merezca mi perdón... yo tampoco merezco el del Señor. Y, sin embargo, Él lo dio libremente, clavando mis innumerables ofensas en Su cruz llena de sangre.

Harvey nos da el resultado final: “Los pecadores perdonados perdonan”.¹¹

2. *Perdona porque quieres ser perdonado en el gran Día del Juicio.* Justo después de enseñarle a Sus discípulos la importancia del perdón en lo que conocemos como el Padre Nuestro, Jesús advirtió: “Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. *Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas*” (Mateo 6:14-15, énfasis añadido). Esta sobria advertencia puede incomodarnos, pero no debemos pasar por alto sus implicaciones para mantener bien arreglada nuestra teología. Creo que debemos tomar en serio las palabras de Jesús.

Cuántos esposos amargados y que no otorgan el perdón estarán sorprendidos al escuchar esas terribles palabras: “Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!” (Mateo 7:23). Cada esposo cristiano debe preguntarse: “¿Quisiera que Jesús me tratara de la misma manera en que he tratado a mi esposa? ¿Quisiera que Él sea tan implacable conmigo como yo lo soy con mi esposa?”. Yo hablé sobre esto en *Walking Like Jesus Did [Caminando como lo hizo Jesús]*:

Presentando este doloroso punto a su audiencia galilea, Jesús contó la historia conocida como la “Parábola del siervo despiadado” (ver

Mateo 18:21-35). En esta historia, un siervo de un rey no podía pagar una gran deuda que le debía a su señor. Este rey tuvo piedad del hombre y perdonó su deuda impagable. Tristemente, este mismo siervo rehusó perdonar una deuda mucho menor que un consiervo le debía. Cuando el rey escuchó de su dureza de corazón, lo llamó una segunda vez y lo reprendió. “Siervo malo —le dijo—. Yo cancelé toda esa deuda tuya porque me lo suplicaste. ¿No debiste tú tener misericordia de tu compañero como yo tuve contigo?”. Jesús nos cuenta: “Enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía. Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano”.¹²

Creo que podemos parafrasear este último versículo de esta manera: “Esta es la manera en que su Padre celestial los tratará a ustedes si no perdonan de corazón a sus esposas”. Esto es bastante retador, ¿no es cierto?

¿Cómo podemos crecer en un amor perdonador?

En primer lugar, debemos recordar de Quién somos y a Quién pertenecemos. Precediendo el mandato de Pablo en Colosenses 3:13 de perdonar como el Señor (nos) perdonó, Colosenses 3:12 incluye las “marcas de identidad” de ser “escogidos”, “santos” y “amados”. Estos términos están saturados del evangelio de la gracia soberana de Dios. En la eternidad pasada, Dios decidió amarnos incondicionalmente y apartarnos como trofeos de Su gracia, si bien no lo merecíamos. A su vez, en la medida en que saboreamos nuestro glorioso perdón, podemos extender perdón a nuestras esposas cuando ellas nos ofendan.

La gracia del evangelio –no solo para la salvación inicial, sino para el día a día como pecadores perdonados– nos mueve a perdonar humildemente, con gratitud y liberalidad a todos aquellos que pequen contra nosotros. Parafraseando a nuestro Señor: “Aquel a quien se le ha perdonado mucho perdona mucho”.

En segundo lugar, debemos recordar a Quién le pertenecen nuestras esposas. El apóstol Pedro llama a nuestras esposas creyentes, “herederas como ustedes de la gracia de la vida” (1 Pedro 3:7, NBLA). Nuestras esposas cristianas son también receptoras del mismo perdón que nosotros hemos recibido. Nuestro Señor ha derramado Su misericordia y gracia sobre ellas de la misma manera en que lo ha hecho con nosotros, perdonando completamente sus ofensas. Pablo nos asegura: “Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (Romanos 8:1). ¿Por qué deberíamos nosotros los esposos tratar a nuestras esposas de otra manera? ¿Por qué negarnos a perdonar a aquellas a quienes Dios ya perdonó?

Ruth Bell Graham, viuda del evangelista Billy Graham, dijo una vez: “Un matrimonio exitoso es la unión de dos perdonadores”.¹³ Con los

corazones saturados del perdonador y vivificador evangelio de Cristo, amemos a nuestras esposas “así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella” (Efesios 5:25), con un amor que perdona.

Preguntas para el diálogo

1. Luego de estudiar este capítulo, ¿cómo definirías la palabra “perdón”?
2. Lee Romanos 5:6-10. ¿Qué tanto merecías el perdón que Dios te otorgó cuando dio Su vida para perdonarte? ¿Cuánto crees que mereces Su perdón por los pecados que cometiste hoy?
3. En este capítulo hablamos de la paciencia de Dios hacia nosotros, pues no nos aniquila por nuestra rebelión pecaminosa. ¿Cómo afecta esta verdad tu apreciación del sacrificio de Cristo por ti? Lee 1 Timoteo 5:15-16. ¿Cuál era el testimonio del apóstol Pablo en cuanto a la paciencia de Cristo con él?
4. ¿Cuál de las ofensas de tu esposa encuentras particularmente difícil de perdonar? ¿Por qué?
5. ¿Cómo influye la paciencia y el perdón de Cristo sobre ti en tu disposición de mostrar paciencia y perdón hacia tu esposa? Lee estos pasajes: Efesios 4:1-2, 32, y Colosenses 3:13.
6. Al demostrar una actitud de juicio hacia nuestras esposas cuando pecan contra nosotros, estamos asumiendo que somos sus jueces. Pero lee Romanos 12:17-19. ¿Cuántas sillas hay detrás del tribunal? ¿Quién está sentado ahí? Cuando nuestras esposas nos ofenden y buscamos venganza en vez de ofrecer perdón, ¿qué dice nuestra actitud acerca de cómo vemos a Dios?

Pasos de acción

1. Piensa en algunas de las debilidades o hábitos molestos de tu esposa que te afectan. En vez de hablarlo con alguien más, llévalo delante del Señor y pídele perdón por las maneras pecaminosas en que has respondido en el pasado. Pídele que te recuerde la magnitud de Su perdón por tus muchos pecados, y entonces ruégale para que te ayude a tratar a tu esposa con una paciencia como la de Cristo.
2. ¿Has guardado rencor hacia los pecados de tu esposa? Ve donde ella, confesándole en humildad la dureza de tu corazón. Pídele que te perdone de tu orgullo y terquedad. (Si todavía estás luchando para soltar ofensas del pasado, lee Mateo 6:14-15 y pídele a Dios que te perdone).

Un amor que persevera

Fueron los días más oscuros de nuestro matrimonio. No porque nuestra relación de repente explotara en llamas, o porque hubiera algún tipo de infidelidad que rompiera nuestro pacto. Más bien, poco a poco fuimos perdiendo nuestro ritmo en los veinte años que llevábamos como marido y mujer. Y, de hecho, las cosas se estaban poniendo peor últimamente. Ahora bien, mirando atrás a esa época triste de nuestra vida matrimonial, puedo ver que estaba en una espiral descendiente por un buen tiempo. No sentía que ella me estaba respetando, y ella no sentía que yo la estuviera amando.

El fallo de un cónyuge alimentó la decepción del otro, en un ciclo sin final. Con el tiempo, esa decepción se transformó en desilusión. Mi esposa ya había caído en depresión, y yo estaba de camino, ambos descendiendo hacia la desesperanza. Por la gracia de Dios, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Cuán agradecidos estamos de que el Señor nos preservara en esos días oscuros y ahora, por Su gracia, estemos entrando a nuestros años más adultos agarrados de la mano y felices.

¿Qué hizo el Señor para detener nuestro descenso y preservar nuestro matrimonio en peligro? Usó unos simples y transformadores versículos de un pasaje de la Escritura que ni siquiera tratan directamente con el matrimonio. Recuerdo claramente cómo el Espíritu Santo fijó mi mente y corazón en estos versículos de 1 Juan 4: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a Su

Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados. Queridos hermanos, ya que Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros... Y nosotros hemos llegado a saber y creer que Dios nos ama. Nosotros amamos a Dios porque Él nos amó primero” (versículos 10, 11, 16 y 19).

El Señor comenzó a soplar un aire fresco de esperanza en mi corazón, apartando mi mirada de lo que percibía como las fallas de mi esposa y apuntándome a mi propio orgullo que buscaba arreglar las heridas de mi matrimonio con mis propias fuerzas. Luego me mostró Su amor incondicional a través de la obra salvífica de Cristo en favor mío.

Mi amor por mi esposa, ese amor que me permitiría cumplir con mis votos hasta que la muerte nos separe, no podía depender de cuánto amor y respeto sentía que mi esposa me estaba dando, sino de la certeza del amor inagotable de Dios por mí. Fue como si el Espíritu Santo estuviera aplicando 1 Juan 4 personalmente en mí: “Querido Larry, ya que Dios te amó, tú debes amar a Gladine. Sabes que no debes depender del amor y el respeto que estás percibiendo que recibes de ella, sino del amor que Dios tiene para ti. Ya que Él te amó primero, ama ahora a tu esposa”.

En la medida en que Dios renovó esta esperanza de Su amor perseverante por mí, yo me comprometí de nuevo a amar a mi esposa de manera incondicional e inagotable. Con el tiempo, Dios en Su misericordia empezó a soplar el aire fresco de la esperanza al corazón de mi esposa también, y nuestro matrimonio volvió a volar.

El amor perseverante de Cristo por Su novia

Alguna vez te has preguntado: ¿por qué Jesús sigue amándome? Sin duda todos nos hemos preguntado eso. También nos preguntamos: ¿qué hace que Jesús continúe amando a Su novia, la iglesia? ¿Hay algo que podemos hacer —que debemos hacer— para garantizar Su amor día a día? ¿Qué pasaría si Jesús decide “divorciarse” de nosotros, Su novia?

Como discutimos en el capítulo 2, “Un amor predeterminado”, Cristo no pone como la base de Su amor por nosotros cualquier condición *nuestra*. Todo depende de Él. Él decidió antes de tiempo amarnos, aun sabiendo que lo decepcionaríamos una y otra vez. “Verás —le escribe Pablo a los romanos—, a la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra Su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6-8).

Ninguna persona, ningún poder, ninguna circunstancia puede cambiar el compromiso del Señor con Su novia. Escucha la certeza apasionada que Dios nos da a través del bolígrafo de Pablo: “Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 8:38-39).

El amor de Cristo por nosotros no es condicional, sino que es inagotable. Nada podrá causar que Jesús cambie Su juramento de amarnos. El Salmo 136 repite las palabras *Su gran amor perdura para siempre* en 26 versículos. Jesús nunca nos abandonará. El autor del Siglo XVII

Thomas Watson dice que la iglesia de Cristo nunca va a enviudar. El amor de Cristo por Su novia es permanente y *perseverante*.¹

Nuestro amor perseverante por nuestras esposas

¿Estamos comprometidos con amar a nuestras esposas como Cristo amó la iglesia con un amor perseverante, pase lo que pase? Dudo que muchos de nosotros estuviéramos mintiendo intencionalmente en nuestra boda cuando juramos que el amor por nuestras esposas sería “hasta que la muerte nos separe” o “mientras tengamos aliento”. Asumo que genuinamente creíamos esas palabras, si bien no habíamos pensado mucho en las pruebas y tentaciones que vendrían.

Entonces ¿qué cosas nos impiden perseverar? ¿Por qué tantos matrimonios terminan en divorcio? Podemos ser tentados a pensar que somos víctimas, como si las cosas simplemente nos pasaran a nosotros y no tuviéramos nada de control. Todos lo hemos escuchado: “Es que tenemos diferencias irreconciliables”, o: “Se nos acabó el amor”, o: “El estrés de estar casado con ella fue simplemente demasiado para mí”.

El Pastor Alistair Begg comenta este vital juramento que se hace en las bodas de *mientras tengamos vida*: “A pesar de lo claro de esta afirmación, una sorprendente cantidad de parejas parece pensar que esto es opcional. En vez de enfrentar las dificultades y retos desde una mentalidad de estar juntos *de por vida*, están atentos a cualquier escapatoria posible”.²

¿No has visto eso? Muchas parejas ya no ven el matrimonio como algo permanente. De manera figurada (o literal) reemplazan el juramento de *mientras tengamos vida* a *mientras sintamos amor* o *mientras seamos felices*. Cuando mueren las pasiones, o crece el estrés, o alguien que llame más la atención venga, un cónyuge o el otro toma el teléfono y consigue el abogado de divorcios más cercano.

En uno de los más grandes engaños de Satanás, el costo de buscar un divorcio pareciera ser menor que el de luchar por el matrimonio. Y la comunidad cristiana parece aceptar cada vez más el divorcio como una

opción viable para los matrimonios sufrientes, lo que abre el camino a las cortes de divorcio. En el nombre de la compasión, muchos pastores, consejeros y autores permiten el divorcio como una forma legítima de detener el dolor de un matrimonio que se ha ido por mal camino.

Esta aceptación tan común del divorcio no es nada nuevo. Jesús confrontó a los líderes religiosos de Sus días acerca de su visión tan liberal del divorcio. Los fariseos trataron de poner a Jesús en una situación sin salida al preguntarle lo que ellos pensaban sería una pregunta de extrema dificultad: “¿Está permitido que un hombre se divorcie de su esposa por cualquier motivo?” (Mateo 19:3).

Necesitamos un poco más de información para responder a esta compleja pregunta de las situaciones donde el divorcio es aceptable, tanto en aquel momento como ahora. *Algunos* judíos seguían el pensamiento relativamente conservador del Rabí Shammai, quien enseñó que la falta de castidad o el adulterio serían las únicas razones válidas para divorciarse. Pero otros seguían la postura más indulgente del Rabí Hillel, quien enseñó que había muchas razones legítimas para que un hombre pudiera divorciarse de su mujer.

¿Qué lado tomaría Jesús en esta controversia? Los fariseos interrogadores aparentemente asumían que habían atrapado a Jesús. Si Él tomaba la postura conservadora, entonces perdería el favor de los liberales. Si tomaba el lado de los liberales, los conservadores lo abandonarían. Entonces ¿cómo respondió Jesús?

Jesús no cayó en la trampa. Fue directo a las Escrituras para recordarle a Sus oidores la enseñanza fundamental de la unidad y la permanencia del matrimonio. Jesús les preguntó: “¿No han leído? ...”, exponiendo sus motivaciones pecaminosas y su falta de sumisión a la Palabra de Dios. Lo que le importaba a Jesús, y lo que debiera importarnos a nosotros, es lo que la Escritura enseñe, sin importar cuán incómodo sea para nosotros, sin

importar cuánto difiera de la opinión de cualquier predicador o psicólogo cristiano.

Básicamente, Jesús dijo a los fariseos: “Se están haciendo la pregunta incorrecta. Deberían preguntarse: ‘¿Cómo puedo vivir en sumisión a la enseñanza de Dios sobre la permanencia del matrimonio?’”. Los fariseos se enfocaron en las excusas para poder justificar el divorcio, mientras que Jesús se enfocó en razones para *perseverar* en nuestro compromiso matrimonial.

Viendo el diseño de Dios desde el principio

El Señor les recordó a quienes lo estaban escuchando los primeros pasajes de la Escritura que hablan sobre el diseño de Dios para el matrimonio: el matrimonio “como debe de ser”. Refiriéndose a Génesis 1 y 2, Jesús dice en esencia: “Mira cómo eran las cosas antes”. Entender el modelo anterior a la Caída, antes de que el pecado lo dañara todo, nos ayudará a entender el ideal de Dios.

Jesús se refirió a Génesis 2:24, que dice: “El hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su mujer, y los dos se funden en un solo ser”. El verbo hebreo para “se une” implica una adhesión muy fuerte. Es como si el hombre y la mujer quedaran pegados con pegamento industrial.

Tal concepto lleva a Jesús a reiterar: “Los dos llegarán a ser un solo cuerpo” (Mateo 19:5). Esta frase implica unidad no solo físicamente, sino también de manera relacional. Estas dos personas, un esposo y una esposa, se han convertido, en efecto, en “una persona”.

Dicho sea de paso, esta es la razón por la que las personas que están pasando por un divorcio frecuentemente lo describen como si estuvieran siendo despedazados. Es así. El divorcio despedaza “la sola carne” que Dios destinó a ser permanente.

Habiendo llevado a Sus oyentes al ideal del matrimonio antes de la Caída, Jesús concluyó: “Así que ya no son dos, sino uno solo” (Mateo 19:6). Jesús estaba dejando una huella muy fuerte en el pueblo en cuanto a la permanencia del matrimonio en el diseño original de Dios. Entonces, si pudiéramos parafrasearlo, Su mandato es algo como esto: “Puesto que Dios hizo esta unión como algo permanente, y ya que es Dios el que ha unido estas dos personas en una sola, ¡dejen de estar divorciándose de sus esposas!”.

No busques escapatorias

Creo firmemente que la iglesia de hoy necesita escuchar este mandato de nuestro Rey Jesús. Hemos malgastado demasiado tiempo y esfuerzos tratando de encontrar lagunas y vías de escape para el divorcio, y hemos perdido de vista el diseño de Dios de la permanencia en el matrimonio. El matrimonio es para siempre.

Jesús explicó brevemente en Mateo 19:8-9 que la ley bíblica en cuanto al divorcio no existe porque Dios esté a favor del divorcio. Dios llevó a Moisés a escribir leyes en cuanto al divorcio y al nuevo matrimonio porque Él conocía el corazón del hombre y cómo este podría cerrarse a la santidad y a la permanencia del matrimonio que Él instituyó. El diseño de Dios para el matrimonio es “hasta que la muerte nos separe”. Jesús creyó y enseñó esa verdad a pesar de la oposición y a pesar de su impopularidad. ¿Hacemos nosotros lo mismo?

Hace un tiempo, una amiga de mi esposa, hermana en Cristo, estaba luchando en su matrimonio. Su esposo, que no era creyente, no estaba involucrándose en la relación. Siendo ya este tipo de situaciones demasiado comunes, él salía a trabajar, llegaba a la casa, se sentaba en el sofá, veía televisión y cenaba solo. Unas horas más tardes, iba a la cama y se dormía, para luego regresar a la misma rutina solitaria al día siguiente.

Ella estaba cansada y su alma agotada de esta soledad y separación de un hombre con quien debía tener una relación. Aquellos que estaban cercanos a ella le aconsejaron que se divorciara. Pero el Espíritu Santo no le daba paz con esa decisión. “Quisiera que Dios escribiera en el cielo lo que se supone que debo hacer”, decía. Gladine abrió su Biblia en 1 Corintios 7:10, la puso sobre la mesa del comedor y se la acercó, pidiéndole que la leyera en voz alta. “Que la mujer no se separe de su

esposo”, leyó su amiga. Entonces dejó escapar un grito y dijo: “¡Ahí está! ¡Claro como el agua! Ahí está mi respuesta, en la Palabra de Dios”.

Dios salvó ese matrimonio. De hecho, en Su sublime gracia, Él salvó a ese esposo, y hoy están felizmente unidos en Cristo.

Claro. Sin rodeos. “Que la mujer no se separe de su esposo”. Pablo continúa en ese pasaje diciendo: “Que el hombre no se divorcie de su esposa” (1 Corintos 7:11). O, por decirlo de otro modo, que gastáramos menos tiempo y energías buscando cómo *salir* de nuestros matrimonios y más tiempo y energía (¡y oración!) buscando cómo *cumplir* con nuestros votos de “¡hasta que la muerte nos separe!”.

No te creas la mentira del alivio

El divorcio no es solo desagradable delante de Dios, sino que casi nunca cumple con la promesa de aliviar el dolor de un matrimonio difícil. El mundo ficticio del entretenimiento presenta el adulterio y el divorcio como algo a desear, como una forma de ser liberados de un matrimonio aburrido o molesto. Sin embargo, a aquellos que se han divorciado... ¿les va mejor? El reconocido autor y orador Charles Colson observa: “Un estudio que examinó el impacto del divorcio diez años después encontró que en dos tercios de las parejas divorciadas, uno de dos continúa deprimido y en dificultades económicas. En un cuarto de las parejas divorciadas, *ambos* están peor, sufriendo soledad y depresión”.³

No solo son los esposos los impactados negativamente por el divorcio, sino que el dolor y la disrupción se desborda en la vida de los hijos, de las familias extendidas de ambas partes, de los amigos cercanos, de la iglesia local y aun de la reputación de Cristo.

¿En serio estarías mejor a largo plazo si abandonas un matrimonio difícil en vez de trabajarlo y perseverar en cumplir tus votos matrimoniales? Lou Priolo da este sabio consejo: “A menos que tengas razones bíblicas para el divorcio, es mucho más fácil soportar lo que sea necesario para reparar este matrimonio que huir de él y empezar de nuevo. Si quieres un nuevo comienzo, ¿por qué no tratas de ser el tipo de esposo que la Biblia requiere de ti?”.⁴

Cuando en esos días oscuros sentimos que debemos rendirnos en vez de seguir soportando un día más de este sufrimiento en el matrimonio, debemos recordar que no estamos solos. No somos los primeros esposos que hemos experimentado este dolor. El predicador Churck Swindoll admite: “¡Claro que es difícil! No hay dudas: habrá momentos donde sentirás que no puedes seguir adelante. Pero te recuerdo tu voto, a lo que te

comprometiste: ‘Para bien o para mal’. Lo que estás experimentado es parte de ese ‘mal’, y ningún matrimonio está exento de tiempos así”.⁵

Busca la ayuda de Dios para perseverar

¿Por qué asumimos que la vida cristiana estará libre de sufrimiento? Esto bien podría alimentar nuestra cultura narcisista, y puede ser lo que nuestra carne anhela, pero Dios no nos ha llamado a una vida sin sufrimiento de este lado de la gloria. De hecho, 1 Pedro 2:21 dice que hemos sido *llamados* a sufrir: “Para esto fueron llamados, porque Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan Sus pasos”. En vez de seguir buscando formas para *salir* del sufrimiento (¿el divorcio?), necesitamos comprometernos con tomar las decisiones difíciles y dolorosas y rendirlas delante de nuestro Padre celestial. Él nos fortalecerá. Él ve nuestro dolor. Él entiende por lo que estamos pasando.⁶

Mi esposa y yo nos hemos dado cuenta que cuando un esposo y una esposa mantienen su compromiso con sus votos matrimoniales, con el tiempo cruzarán al otro lado del profundo valle del sufrimiento. Una vez más, por la gracia de Dios, los rayos de sol que vienen de lo alto volverán a calentar su matrimonio y a reanimar sus sentimientos de amor. Este es el regalo de la gracia de Dios que surge del compromiso de mantener el pacto matrimonial en medio de los días oscuros.

En resumen: hagamos el compromiso de reflejar la relación de pacto de nuestro Señor con Su Novia, perseverando en nuestros votos matrimoniales: “Para bien o para mal, en riqueza o en pobreza, en salud o enfermedad, para amarnos y cuidarnos, desde hoy, hasta que la muerte nos separe”.

Olvídate de la palabra que inicia con D, aunque estés en medio de una profunda discusión con tu esposa. Comprométete a trabajar arduamente en medio de las dificultades.

Encontré fascinante leer acerca de la pareja que tenía, en ese momento, el matrimonio más largo del mundo: Perry y Florence Arrowsmith, en

Inglaterra. En el 2005, celebraron su matrimonio ¡número 80! En una entrevista sobre este logro sin igual, la señora Arrowsmith comentó: “No ha sido fácil, pero ha valido cada minuto porque él es mucho más que mi mejor amigo: él es el amor de mi vida...Y es trabajo arduo. Hemos discutido, pero siempre logramos resolverlo. Siempre nos acostamos como amigos y siempre arreglamos nuestras cuentas antes de acostarnos con un beso y un abrazo”.⁷ ¡Increíble! Después de 80 años, esta pareja continúa comprometida con trabajar en su matrimonio. ¡Ese es un amor que persevera!

“Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”

(Marcos 10:9).

Preguntas para el diálogo

1. Lee Mateo 19:1-12. Discutan las similitudes que existen entre el debate sobre el divorcio en tiempos de Jesús y las discusiones que tenemos en la iglesia hoy sobre este tema.
2. Se ha notado que el porcentaje de divorcio dentro de la iglesia evangélica en Estados Unidos no es diferente al de la sociedad en general. ¿Por qué crees que es eso? ¿Qué puede hacerse, en la gracia de Dios, para empezar a cambiar estos altos porcentajes de divorcio dentro de la iglesia?
3. ¿Alguna vez has sentido ganas de rendirte en tu propio matrimonio? ¿Qué estaba sucediendo en tu vida? ¿Qué ha usado el Señor para mantenerte comprometido con tu matrimonio?
4. Si estás en un segundo (o tercer) matrimonio, ¿de qué maneras quisieras que este matrimonio fuera diferente?

Pasos de acción

1. Pregúntale a tu esposa si hay momentos donde ella no se siente segura de tu compromiso por ella. Si dice que sí los hay, en humildad y sin tomar una actitud defensiva, pregúntale qué cambios ella quisiera ver de ti para tener más certeza de tu compromiso.
2. ¿Alguna vez has amenazado a tu esposa con el divorcio, aun en medio de una discusión acalorada? De ser así, confíesale que te equivocaste al hacer tal amenaza. Pídele perdón por haber dicho

eso. Asegúrale que tienes la intención de mantener tus votos hasta la muerte.

3. Lee 1 Juan 4:7-21 junto a tu esposa. Agradece al Señor por Su amor fiel hacia ti. Pídele que refresque tu alma y el alma de tu esposa con un recordatorio fresco de Su amor a medida que ambos buscan amarse el uno al otro mostrando el amor que Él tiene por ustedes.
4. En su próximo aniversario, planifica una ceremonia de confirmación de tus votos, donde ambos puedan renovarlos mutuamente.

Los desafíos y las recompensas de un amor como el de Cristo

Este es un llamado muy alto: amar a nuestras esposas como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella... ¿no es cierto? Pero Jesús, el Esposo perfecto, nos ha llamado a reflejar el amor que tiene por Su esposa al amar a *nuestras* esposas de manera similar:

- Así como Él amó a Su esposa con un amor predeterminado, práctico e inigualable, así también debemos amar nosotros.
- Así como Él amó a Su esposa con un amor protector, con propósito y proveedor, así también debemos amar nosotros.
- Así como Él amó a Su esposa con un amor apasionado, que purifica, que pide y que ora, así también debemos amar nosotros.
- Así como Él amó a Su esposa con un amor perdonador y que persevera, así también debemos amar nosotros.

Desafíos

¿Te estás sintiendo como yo? ¿Como que eres insuficiente? ¿O tal vez totalmente incapaz? ¿Cómo pudiéramos cumplir con este mandato de Dios de amar a nuestras esposas como Cristo amó la iglesia? Claro, hay algunas áreas de nuestros matrimonios en los que nos sentimos bien, pero los esposos tenemos muchas deficiencias que quisiéramos nunca nadie nos las recuerde... especialmente nuestras esposas.

El desafío de la insuficiencia

El autor, consejero, y conferencista Jay Adams habla por todos nosotros que nos sentimos insuficientes:

Es simplemente demasiado. La tarea es demasiado grande para seres humanos débiles y pecaminosos. Tú bien sabes que no puedes cumplir este mandamiento. Solo por el poder del Espíritu Santo trabajando en tu vida puedes comenzar a aproximarte a ser un siervo amoroso como el Señor lo es sobre Su iglesia. Sin embargo, no debes aspirar a nada menos en tu relación con tu esposa... debes emularlo a Él en todos tus caminos. Ser como Cristo en tu relación con tu esposa es una tarea enorme.¹

¿Qué debe ocurrir para que podamos sobrepasar nuestros errores, superar nuestras deficiencias y convertirnos en esposos que amen a nuestras esposas con un amor como el de Cristo? ¿Será que debemos simplemente hacer nuestro mejor esfuerzo? ¿Quizás si aprendemos un par de trucos para la comunicación o la intimidad todo se va a resolver? O quizás la clave para ser mejores esposos es lograr que nuestras esposas sean mejores esposas. Si ellas apreciaran más nuestros esfuerzos, no cabe duda de que seríamos mejores, ¿cierto?

La verdad es que, hermanos, hay una sola respuesta. Simple y profunda a la vez: Dios nos ama. Podemos parafrasear al apóstol Juan cuando escribe: “Nosotros amamos [a nuestras esposas] porque Él nos amó primero” (1 Juan 4:19). El educador cristiano Bryan Chapell nos recuerda: “La fuente máxima que tenemos... es el amor de Cristo por nosotros... Cuando descansamos en Su amor, podemos reflejarlo. El grado de

confianza que tenemos en Su cuidado por nosotros va a determinar la medida de ternura sacrificial que podamos expresar”.²

El desafío de la falta de recursos

Si asemejáramos nuestro amor con un agua que da vida, nuestro llamado es a dar esa agua a nuestras esposas sedientas. Pero ¿cómo llenaríamos nuestros tanques para tener suficiente como para compartir? Seamos honestos. Para muchos de nosotros, nuestros tanques emocionales y espirituales están prácticamente vacíos. ¿Qué tendemos a hacer cuando se nos dice que amemos a nuestras esposas, pero nuestros tanques están prácticamente secos? Posiblemente tratemos de presionar a nuestras esposas para que derramen su amor sobre nuestros tanques y así podamos entonces dispensar amor hacia ellas. Pero si ellas no quieren o no pueden cumplir nuestras demandas, podríamos defender nuestro fracaso, culpándolas a *ellas* por no poder amarnos adecuadamente. El triste resultado es que tanto el esposo como la esposa quedan con tanques vacíos de amor, fallándose el uno al otro en derramar amor en la vida de su pareja al no tener suficiente amor como para poder devolver.

El punto más importante en realidad, hermanos, es que no podemos y no debemos depender de nuestras esposas para que llenen nuestros tanques primero. Más bien, debemos rogar a nuestro Dios de gracia que Él nos llene. Gary Ricucci, coautor de *Love That Lasts* [*Amor que permanece*] lo resume de la siguiente forma: “Podemos amar y liderar a nuestras esposas por la única razón de que Cristo nos amó primero (Gálatas 2:20). Nuestro rol se origina *en* el evangelio, es empoderado *por* el evangelio, y es perfeccionado *a través* del evangelio. Podemos amar y liderar a nuestras esposas porque nuestro Salvador, Jesucristo, nos ha amado, se entregó por nosotros, y nos lidera cada día en Su misericordia y gracia”.³

- El amor de Dios por nosotros es tan suficiente como Su sacrificio en la cruz.

- El amor de Dios por nosotros es tan constante y coherente como Su evangelio.
- El amor de Dios por nosotros es certero tanto en nuestros peores días como en nuestros mejores días.

Debemos nutrir nuestras mentes y corazones con la abrumadora verdad del evangelio, ese evangelio que necesitamos no solo al venir a Cristo para salvación, sino cada día. “Nada es más esencial para un matrimonio, y nada trae más esperanza, que aplicar el evangelio de Jesucristo”.⁴

Los recursos que tenemos disponibles

Entonces, ¿cómo podemos aplicar el evangelio a nuestros matrimonios? ¿Cómo podemos seguir creciendo en amor por nuestras esposas como Cristo amó a la iglesia?

1. *Recordándonos continuamente la realidad del amor que Dios nos ha mostrado ya en Jesús.* El apóstol Juan lo deja muy claro: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a Su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados. Queridos hermanos, ya que Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros... Y nosotros hemos llegado a saber y creer que Dios nos ama (1 Juan 4:10-11, 16). Amamos a nuestras esposas demostrando el amor inagotable que el Señor nos ha mostrado.

2. *Al involucrarnos con nuestras iglesias locales y rendirles cuentas.* Debemos admitir en humildad que no podemos solos. Necesitamos hermanos y hermanas en Cristo que nos recuerden con sus palabras y vidas que nosotros, también, debemos depender del evangelio para la vida y el matrimonio.

Haz o renueva tu compromiso con involucrarte con una iglesia que crea en la Biblia, que exalte a Cristo, y que esté saturada por el evangelio. Busca otros con quienes caminar esta aventura de la vida matrimonial contigo. Encuentra un mentor que pueda modelarte un matrimonio que refleje a Cristo.

La pareja de autores Gary y Betsy Ricucci hacen esta útil comparación: “La santificación —ser más como Cristo— es un proyecto en comunidad. Y el matrimonio —crecer en nuestra representación de Cristo y de la iglesia— es también un proyecto en comunidad”.⁵ Necesitamos la iglesia local.

Las recompensas

¿Por qué comprometernos con esta búsqueda de amar a nuestras esposas como Cristo amó a la iglesia? ¿Cuáles son los beneficios?

1. *Es de beneficio para nuestras esposas.* En la medida que reflejamos el amor de Cristo a nuestras esposas, las estamos sirviendo, ayudándolas a ser más como nuestro precioso Salvador. El Pastor C.J. Mahaney predice que “a medida que aprendas más y más cómo amar y liderar a tu esposa como Cristo hace con la iglesia... tu esposa sentirá más gozo, esperanza y paz, e irradiará más el amor y la gracia de Dios en todo lo que hace”.⁶

Algún día, en el diciembre de nuestras vidas, por la gracia de Dios, queremos poder mirar los rostros de esas mujeres que tanto amamos y escucharlas decir: “Gracias, amor. Hoy soy más como Cristo por haber estado casada contigo por todos estos años”.

2. *Es de beneficio para los esposos.* Cuando amamos a nuestras esposas con un amor como el de Cristo, nuestras esposas se vuelven más hermosas espiritualmente. Y eso nos beneficia a nosotros también. Mientras más nos involucramos en amor en la vida de nuestras esposas, más son ellas como Jesús y, a su vez, más enriquecen nuestras vidas.

En un sentido, nos estamos haciendo un favor a nosotros mismos al amar a nuestras esposas como Cristo ama a Su iglesia. ¿No es esta la implicación de Efesios 5:28: “Así mismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo”?

3. *Es de beneficio para la reputación de Cristo en este mundo caído.* Nuestros matrimonios son un reflejo vivo, una muestra diaria, del amor que Cristo demuestra a Su novia, la iglesia. Mucho de lo que nuestra sociedad que no conoce la Biblia puede saber de Cristo lo saben al observar cómo nosotros, los seguidores de Cristo, vivimos nuestras vidas,

especialmente en el contexto de nuestros matrimonios y de nuestras familias.

Considera estas palabras de ánimo de Bryan Chapell:

Vivir como una familia cristiana en medio de una sociedad sin Dios tiene un poder transformador. Los historiadores de la iglesia dicen que el cristianismo transformó el mundo romano no tanto por los argumentos de los teólogos sino por el amor contagioso que evidenciaban las familias cristianas. Este contagio espiritual puede diseminarse otra vez. Cuando el amor de Cristo cambia nuestras familias, también atrae a los que están afuera, desesperados por respuestas para resolver sus propios problemas familiares.⁷

Fijemos nuestros ojos en nuestro Salvador y amemos a nuestras esposas como Cristo ama Su iglesia. Miremos adelante, buscando escuchar en aquel gran día las más benditas palabras que un esposo pueda escuchar: “¡Bien hecho, buen esposo fiel! ¡Reflejaste Mi amor por Mi esposa! ¡Entra en el gozo de tu Señor!”.⁸

Preguntas para el diálogo

1. Lee una vez más Efesios 5:25-33. ¿Qué del amor de Cristo por Su novia te cautiva de manera especial?
2. ¿De qué maneras claves ha estado Dios trabajando en tu vida a través del estudio de *Amando a tu esposa como Cristo ama a la iglesia*?
3. ¿Qué cambios alentadores has visto en tu matrimonio desde que inició este estudio?
4. ¿Cuál es tu plan para priorizar tu ministerio de amar a tu esposa como Cristo ama a la iglesia?

Pasos de acción

1. Si no eres parte de una iglesia que enseñe la Biblia, que esté centrada en Cristo, y que esté saturada por el evangelio, habla con tu esposa acerca de buscar una así. Pídele al Señor que te guíe a una iglesia que les ayude en su matrimonio.
2. Prepara un plan con un compañero que te ayude a rendir cuentas de manera regular para animarse el uno al otro en su ministerio como esposos. ¿Dónde se van a reunir? ¿Cada cuánto tiempo? ¿Cuál va a ser el enfoque de su tiempo juntos? (Ver el Apéndice D para más ideas sobre cómo formar un grupo de rendición de cuentas).
3. Como grupo, pasen tiempo dando gracias a Dios por Su gracia y por lo que ha hecho mientras leían este libro. Pídele a Dios más gracia que los moldee para que puedan reflejar Su amor y para que

puedan crecer en su relación con sus esposas y en su ministerio hacia ellas.

Apéndice A

Una relación personal con Dios

Tal vez has estado leyendo este libro acerca de cómo amar a tu esposa como Cristo, pero no has experimentado personalmente el amor de Cristo. Es imposible reflejar el amor de Cristo a tu esposa si ese amor primero no ha brillado en tu propia alma de una manera transformadora y sobrecogedora. Y tener una relación correcta con Dios es aún más importante que tener una buena relación con tu esposa. Dios quiere una relación personal contigo, por lo que Él deja estas importantes verdades muy claro en Su Palabra:

La razón por la que existimos tiene más que ver con Dios que con nosotros

Cada uno de nosotros nació con una “descripción laboral”. La Biblia enseña claramente que Dios nos diseñó para reflejar Su gloria con todo lo que somos, con todo lo que tenemos, y con todo lo que hacemos (Isaías 43:7). Él nos creó para encontrar nuestro mayor gozo en buscar Su sonrisa y Su honra en todas las cosas.

Ninguno de nosotros puede, por sí mismo, hacer aquello para lo que Dios nos diseñó

Si bien Dios nos diseñó para buscar Su gloria en todas las cosas, hemos más bien buscado nuestra propia honra. Si bien Dios nos creó para encontrar nuestro mayor gozo en Él, lo hemos ignorado y hemos buscado nuestra propia satisfacción en nuestras posesiones, poder y placer.

Isaías 53:6 nos da este doloroso diagnóstico de nuestra condición delante de Dios: “Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino”. Jesucristo es la única excepción a este fracaso, y nunca ha habido otro desde que el pecado entró en la humanidad en los tiempos de nuestros tátara-tátara-tátara-tátara-tátara abuelos, Adán y Eva. “Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Dios tiene todo derecho de condenarnos debido a nuestra rebelión

Nuestra rebelión contra Dios —buscar nuestra propia gloria en vez de la de Él; buscar nuestra satisfacción en las posesiones y no en Él; y buscar el poder y el placer en vez de buscarlo a Él— es inexcusable. Nos separa de nuestro Creador. No estamos separados de Dios porque no sabemos nada acerca de Él. La Biblia dice: “Lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues Él mismo se lo ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, Su eterno poder y Su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que Él creó, de modo que nadie tiene excusa” (Romanos 1:19-20).

Más bien, estamos separados de Dios porque no lo queremos en nuestras vidas. El negarnos a honrar a Dios y encontrar nuestro gozo en Él es una rebelión abierta contra el Dios que nos creó. La Biblia llama a esa rebelión pecado, y el pecado merece una justa condenación: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Y la muerte eterna es estar separados de Dios en un tormento consciente llamado infierno o lago de fuego. Pablo enseña que aquellos que no conozcan a Dios “sufrirán el castigo de la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de Su poder” (2 Tesalonicenses 1:9).

No tenemos el poder para resolver nuestro terrible dilema

El estándar de Dios para ser aceptados es la perfección: la impecabilidad. La Biblia enseña que Dios tiene “tan puros [Sus] ojos que no puede... ver el mal” (Habacuc 1:13). Pero todos hemos pecado (Romanos 3:23). No hay suficientes buenas obras y no hay suficiente devoción religiosa que pueda compensar o erradicar nuestro pecado y nuestra culpa delante de un Dios perfectamente santo, quien nos hizo y a quien vamos a rendirle cuentas. De hecho, aún nuestros intentos de justificarnos a nosotros mismos delante de Él le son ofensivos. Él lo mira como “trapos de inmundicia” (Isaías 64:6). No podemos trabajar hasta quitarnos la culpa y entrar en la gracia de Dios, así que nuestra situación pacere ser desesperanzadora.

Dios mismo ha provisto la única solución a nuestro terrible dilema

La mala noticia es que somos absolutamente culpables delante de Dios. Pero la buena noticia es que lo que *nosotros* no podíamos y no queríamos hacer, Dios lo hizo.

Pablo nos dice: “La ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder; por eso Dios envió a Su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado. Así condenó Dios al pecado en la naturaleza humana, a fin de que las justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa, sino según el Espíritu” (Romanos 8:3-4).

Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, vino a esta tierra a cumplir perfectamente con la Ley de Dios. Él hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer por nosotros mismos. De manera perfecta y coherente, Él glorificó a Dios el Padre. Luego, Jesús resolvió nuestro terrible dilema de la culpa al tomar sobre Él la “paga del pecado” que nosotros merecíamos. Él hizo esto al morir en la cruz como sustituto por nosotros, los pecadores culpables. “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios” (2 Corintios 5:21).

Como prueba viva de que el sacrificio de Jesús en la cruz satisfizo los requerimientos santos de Dios, Dios levantó a Jesús de entre los muertos. Pablo dice que Jesús fue “entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

La obra de Cristo en la cruz abrió la puerta para que podamos tener la relación correcta con Dios

En Su gracia, Dios nos llama a arrepentirnos de nuestro pecado y de nuestros intentos de justificarnos a nosotros mismos delante de Sus ojos. Si queremos estar bien con Dios, debemos poner toda nuestra esperanza solo en Jesucristo. La Biblia dice: “De hecho, en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Y “si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo. Así dice la Escritura: ‘Todo el que confíe en Él no será jamás defraudado’” (Romanos 10:9-11).

¿Cómo vas a responder?

¿Está haciendo Dios algo en tu corazón ahora mismo? ¿Sientes tu pecaminosidad delante del Dios santo que te creó? ¿Quieres estar bien con Él? ¿Por qué no hablas con Dios ahora mismo y le pides que perdone tu pecado y te haga Su hijo? Confía en Jesucristo y en Su obra en la cruz, y Él te perdonará.

Él tiene más gracia de lo que te puedes imaginar. “Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Estos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios” (Juan 1:12-13).

Dios quiere que crezcas en tu relación con Él.

Si has puesto tu confianza en Cristo para una relación correcta con Dios, déjame animarte a hacer varias cosas:

- *Empieza a leer la Palabra de Dios de manera regular.* Así puedes empezar a conocer mejor a Dios y comprender lo que significa vivir para Su gloria. ¿No sabes dónde empezar? Puede ser una buena idea iniciar con el Evangelio de Marcos (el segundo libro en la sección del Nuevo Testamento de la Biblia).
- *Entra en el hábito de hablar con Dios todos los días.* Él quiere que puedas crecer en tu relación con Él, y hablar con Él (y escucharlo a Él) es muy importante.
- *Encuentra una iglesia en tu comunidad que tenga un compromiso evidente con conocer a Cristo a través de la enseñanza fiel de la Biblia, si no estás en una ya.* Dile a algunos de los líderes lo que Dios ha estado haciendo en tu vida y pídeles su ayuda en tu crecimiento espiritual.

Esta es mi oración para ti: *El Dios que da la paz levantó de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas, a nuestro Señor Jesús, por la sangre del pacto eterno. Que Él los capacite en todo lo bueno para hacer Su voluntad. Y que, por medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén* (Hebreos 13:20-21).

Apéndice B

Para el hombre con una esposa incoverta

Hay muchas historias acerca de la mujer cristiana que tiene un esposo inconverso, uno que no ha puesto su confianza en Jesús como Salvador. Pero ¿qué de los matrimonios donde sucede lo contrario? Muchas veces pasamos por alto el siguiente tema: cómo debe un hombre creyente vivir con una esposa incrédula. Podemos dar gracias a Dios pues Pablo trata esta situación en 1 Corintios 7:12. El apóstol inicia diciendo: “Si algún hermano tiene una esposa que no es creyente...”.

Si eres seguidor de Cristo, pero tu esposa no lo es, no estás solo. Hay parejas donde ambos eran inconversos a la hora de casarse, y luego el esposo conoció al Señor, pero la esposa no. Muchos hombres también se han casado con personas que decían conocer a Cristo, pero luego muestran que su profesión de fe no era sincera, sino más bien palabras dichas para que el hombre se casara con ella. Algunos hombres cristianos, tal vez con la esperanza de que la situación espiritual se resolvería luego de la boda, eligen casarse con sus novias que no conocen a Cristo.

Hay principios bíblicos para guiarnos en estas tres situaciones.

Primero, es importante notar que el hombre cristiano que decidió a sabiendas casarse con una no cristiana necesita lidiar con su desobediencia del mandato claro de 2 Corintios 6:14: “No formen yunta con los incrédulos. ¿Qué tienen en común la justicia y la maldad? ¿O qué

comunidad puede tener la luz con la oscuridad?”. Si este es tu caso, ¿ya has confesado tu desobediencia delante del Señor? Si lo has hecho, puedes tener certeza de Su perdón (1 Juan 1:9). Si Él te ha perdonado, en verdad has sido perdonado. No estás viviendo en un estado constante de pecado que necesita ser perdonado una y otra vez.

Segundo, sin importar cómo llegaste al matrimonio con una mujer que no es creyente, debes notar que tu situación tiene sus dificultades peculiares. Como señala 2 Corintios 6:15: “¿Qué tiene en común un creyente con un incrédulo?”

- *Un cristiano y un no cristiano tienen sistemas de valores muy diferentes a través de los cuales viven sus vidas y toman decisiones.* El cristiano vive con una “orientación vertical”. Atesora a Cristo por encima de todo y busca Su gloria en esta vida y en la eternidad. El no cristiano vive con una “orientación horizontal”. Vive para esta vida y busca la felicidad y el propósito en las cosas que este mundo ofrece.
- *Un creyente y un no creyente tienen prioridades diferentes en la vida.* Por ejemplo, el esposo creyente ama al pueblo de Cristo y quiere estar involucrado en la vida de la familia de la iglesia. Puede que la esposa no cristiana no tenga nada de esos deseos. El esposo cristiano puede disfrutar grandemente dar de su dinero para ver la expansión del reino de Cristo, una prioridad que su esposa inconversa encuentra como algo innecesario y hasta necio. Ciertas formas de entretenimiento que él y su esposa disfrutaron en su vida antes de Cristo pueden ahora resultarles repulsivas al esposo converso, mientras su esposa sigue viéndolas atractivas. De mayor importancia, para muchos matrimonios “mixtos”, el esposo cristiano y la esposa inconversa pueden tener conceptos

muy diferentes sobre la crianza de los hijos. Él quiere criarlos “según la disciplina e instrucción del Señor” (Efesios 6:4), pero ella no siente tal deseo.

Entonces, ¿cómo se supone que viva un esposo cristiano en paz con una esposa no cristiana? Comprométete a amarla de las siguientes maneras:

- *Ora constantemente.* A veces un esposo cristiano trata de obligar a su esposa a convertirse a través de presión lógica o emocional. Si bien obviamente deseamos la conversión de esas mujeres inconversas que amamos, no podemos ganarlas solo por nuestra lógica o por apelaciones emocionales. Las personas no regeneradas, incluyendo tu esposa, no pueden (1 Corintios 2:14) y no quieren (Romanos 8:7) entender las verdades espirituales y buscar a Dios. Dios debe hacer Su obra milagrosa de salvar a tu esposa por gracia si es que va a acompañarte en la vida de la fe.

Teniendo esto en mente, dedícate a orar por la conversión de tu esposa, y en tu propio ministerio dedícate a declarar y a mostrar la gracia. Como dijo un hombre cristiano alguna vez: “Si Dios no enciende la luz, ¡no se va a prender!”. Pídele al Señor persistentemente que “encienda la luz” de tu esposa.

- *Vive coherentemente.* Todos somos hipócritas en ciertas maneras, pero en cuanto te sea posible, por la gracia de Dios, refleja con coherencia el carácter de Cristo en tu vida diaria. Tu matrimonio es legítimo delante de los ojos de Dios. A Él le importa tu relación con ella. Busca honrar al Señor en tu hogar al proveer una influencia piadosa. 1 Corintios 7:14 habla acerca de la influencia que tenemos cuando dice: “La esposa no creyente ha sido santificada por la unión con su esposo creyente”.

- *Ama incondicionalmente.* Amar a una persona con prioridades y pasiones radicalmente diferentes a las tuyas tiene sus desafíos, pero busca amar a tu esposa sin condiciones. Confírmale tu fiel compromiso y devoción, a pesar de que ella no comparta tu compromiso con el Salvador. Pablo escribe: “Si algún hermano tiene una esposa que no es creyente, y ella consiente en vivir con él, que no se divorcie de ella” (1 Corintios 7:12). Nunca amenaces a tu esposa con el divorcio. Ella debe vivir con la certeza y la seguridad de tu compromiso de por vida con ella. Déjale saber frecuentemente de tu amor eterno. *Muéstrale* tu lealtad *diariamente*.
- *Lidera gentilmente.* Ser un esposo cristiano significa liderar tu casa como Cristo lidera, aun si tu esposa no te apoya de todo corazón. Tienes la responsabilidad de proveer liderazgo espiritual a tu esposa y a tus hijos. Sin ser malhumorado o combativo, inicia devociones familiares e involúcrate en una iglesia sana. Si tu esposa está de acuerdo con ese involucramiento, ¡maravilloso! Sin embargo, aún si ella prefiere no participar, lidera gentilmente a tus hijos en los caminos de Cristo.

Si tu esposa está abierta a eso, comparte lo que estás aprendiendo en la lectura bíblica, los sermones de tu pastor o las oraciones contestadas que estás recibiendo. Pero no prediques ni empujes lecciones espirituales a tu esposa que ella no está dispuesta a escuchar.

Siguiendo los principios bíblicos que hemos visto en este libro, pudiéramos aplicar el consejo de Pedro para las esposas convertidas con esposos inconversos a la situación opuesta, parafraseándolo de esta manera: “Esposos, amen a sus esposas de la misma manera que Cristo amó a la iglesia de tal forma que, si [ellas] no [creen] la palabra, puedan ser

ganadas sin palabras por la conducta de sus esposos, cuando vean el amor sacrificial y el servicio humilde en sus vidas” (1 Pedro 3:1-2).

Pero ¿qué si tu esposa inconversa insiste en dejarte? ¿Cuál es el llamado de Dios para esta situación tan difícil? La Palabra de Dios da el siguiente consejo: “Sin embargo, si el cónyuge no creyente decide separarse, no se lo impidan. En tales circunstancias, el cónyuge creyente queda sin obligación; Dios nos ha llamado a vivir en paz. ¿Cómo sabes tú, mujer, si acaso salvarás a tu esposo? ¿O cómo sabes tú, hombre, si acaso salvarás a tu esposa?” (1 Corintios 7:15-16).

En otras palabras, aun si no quieres que tu esposa inconversa se vaya, la Palabra de Dios te llama a responder en paz. No hagas las cosas difíciles. Con tristeza en el corazón y con una confianza calmada en el Señor, déjala ir. En tu dolor, recuerda esta promesa de Dios: “‘Nunca te dejaré; jamás te abandonaré’. Así que podemos decir con toda confianza: ‘El Señor es quien me ayuda; no temeré. ¿Qué me puede hacer un simple mortal?’” (Hebreos 13:5-6).

Apéndice C

Para el hombre en un matrimonio particularmente difícil

Seamos honestos. Todo matrimonio es difícil. Personalmente, pienso que las personas que describen sus matrimonios como si fueran de bajo mantenimiento, o están mintiendo o están viviendo relaciones superficiales, sin enfrentar los asuntos más profundos del corazón.

Cada matrimonio tiene sus dificultades. ¿Qué más pudiera pasar en la unión entre dos pecadores? Un hombre pecador casado con una mujer pecadora... compartiendo casa, cuentas de banco, cama, día tras día, año tras año. Ahora bien, algunos matrimonios son *particularmente* difíciles.

Tal vez tu matrimonio está en cuidados intensivos. Estás tratando de leer los signos vitales, y el pulso ya casi ni se escucha. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Qué le pasó al amor que tú y tu esposa compartían tan apasionadamente el uno por el otro?

- ¿Ha estado tu matrimonio sufriendo una muerte lenta? ¿Está tu casa permeada por el silencio frío de una morgue? ¿Se sienten ustedes dos como cadáveres emocionales?
- En el otro extremo, ¿es tu matrimonio estruendoso y volátil? ¿Han tenido demasiadas discusiones acaloradas y sus pleitos los han alejado de la unidad de vida que una vez abrazaron?

- ¿Acaso el adulterio —tuyo, de ella o de los dos— le ha sacado la vida a su matrimonio?

Sin importar cómo llegaron al pozo de desesperación matrimonial, tengo el presentimiento de que aún tienen un deseo de revivir su matrimonio. Si no, no estuvieras leyendo esto. Entonces ¿qué puede hacer un esposo cuando su matrimonio parece ser particularmente difícil?

Aquí algunos pasos bíblicos que pueden ayudarte en este desafío:

1. Reaviva la esperanza

La pareja de autores Bill y Pam Farrel nos recuerdan: “¡Hay esperanza! Reconstruir las relaciones no es fácil, pero es posible”.¹ No encontrarás esperanza al tratar de encontrar fuerzas dentro de ti y soñar que “mañana saldrá el sol”. No encontrarás esperanza al simplemente determinarte que tu esposa va a cambiar. El aliento de nueva vida para tu matrimonio no depende de tu esposa, sino del Señor mismo.

La verdadera esperanza solo viene del Señor y de Su gracia persistente. Los conferencistas Dennis y Barbara Rainey nos recuerdan: “Dios es el que cambia corazones, reaviva matrimonios, sana heridas y vivifica a las relaciones sin vida”.²

¿Recuerdas cómo eras espiritualmente cuando el Señor te salvó? No es que estuvieras un poco enfermo espiritualmente. ¡Estabas muerto! La Palabra de Dios enseña: “En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados” (Efesios 2:1). Hablando humanamente, eras un caso sin remedio. Estabas muerto espiritualmente, incapaz y sin deseo de hacer algo para resolver tu dilema espiritual de estar alejado de Dios. ¿Y qué hizo Dios? “Pero Dios, que es rico en misericordia, por Su gran amor por nosotros, *nos dio vida con Cristo*, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados!” (Efesios 2:4-5, énfasis añadido).

¿No es este mismo Dios de gracia quien milagrosamente le dio vida a tu alma el que también puede darle vida milagrosamente a tu matrimonio muerto? Si Él puede salvar a un pecador como tú, ¿no puede salvar un matrimonio como el tuyo? Dale gracias por la gracia que Él ya te ha mostrado. Agradécele por Su gracia que te sostiene cada día para vivir en este matrimonio particularmente difícil. Pide Su gracia para ser el tipo de esposo que refleje el mismo amor que Él tiene por Su novia, ahora hacia tu

esposa, aún cuando amarla se sienta como algo no apreciado o no correspondido.

Pídele. Pídele humildemente. Pídele desesperadamente. Pídele persistentemente. A medida que aprendes más y más a mirarlo a Él, a depender de Él y a confiar en Él en este matrimonio particularmente difícil, mira cómo Él empieza a reavivar la esperanza en tu corazón.

2. Recuerda los días de tu nuevo amor

Que el amor se enfríe no es nada nuevo. Lo podemos ver hasta en el libro de Apocalipsis. En el mensaje de Jesús a la iglesia, Su novia, ubicada en Éfeso, Él dice: “Sin embargo, tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor. ¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio. Si no te arrepientes, iré y quitaré de su lugar tu candelabro” (Apocalipsis 2:4-5).

¿Puedes recordar mejores días en tu matrimonio? ¿Una temporada donde tu relación con tu esposa era como de dos tórtolos apasionados el uno por el otro? Recordar los buenos tiempos del pasado pueden ayudarte a enfrentar el futuro con una nueva esperanza. Si recordar tales cosas crea un sentimiento de anhelo creciente en tu corazón para restaurar ese amor perdido, eso es bueno. No silencies ese anhelo. No lo rechaces cínicamente, pensando que no puedes volver a capturar lo que tuviste. Mantén tu esperanza en que el Señor va a restaurar tu amor perdido.

3. Expresa tu remordimiento

Desafortunadamente, la palabra *remordimiento* ha caído en desuso en nuestra cultura de conciencia adormecida. El remordimiento acarrea la idea de un sentido profundo de culpa o lamento por nuestras acciones o actitudes. Creo que la clave aquí es que estamos conscientes de nuestros propios pecados contra el Señor y contra nuestras esposas, y lamentamos profundamente lo que hemos hecho.

Hace muchos años, mientras me reunía con un amigo que estaba iniciando el proceso de restauración de su matrimonio luego de que su esposa había adulterado, sentí mucho ánimo al escucharlo hablar abiertamente acerca de sus propios fracasos, particularmente el de ignorar a su esposa y no buscarla en amor. Mi esperanza por esta pareja creció al darme cuenta de que él no solo estaba expresando su propio dolor porque su esposa pecó en su contra, sino que también expresó su profundo remordimiento por sus propias faltas en las dificultades de su matrimonio. Él estaba expresando un remordimiento que verdaderamente agrada a Dios.

Dios está comprometido con ayudar a la gente que siente verdadero remordimiento sobre sus propios pecados, aquellos que no se justifican enfocándose en cómo los demás han pecado contra ellos. Considera estas palabras de Isaías 57:15: “Porque lo dice el excelso y sublime, el que vive para siempre, cuyo nombre es santo: ‘Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados’”.

Estas son buenas noticias para los esposos heridos, ¿no es cierto? ¿Has reflexionado en tu propia contribución para los problemas matrimoniales? ¿Te has apropiado de tu pecado? ¿Se ha roto tu corazón en remordimiento

por tu pecado contra Dios y contra tu esposa? Si no, ¿por qué no parar ahora mismo y pedirle al Señor que te muestre tu pecado?

4. Arrepiéntete de tu pecado.

El *arrepentimiento* es diferente al *remordimiento*. El remordimiento tiene que ver con los sentimientos, mientras que el arrepentimiento tiene que ver con las acciones. El arrepentimiento es un cambio radical en tu actitud que lleva a un cambio radical en tu comportamiento. En la medida en que un hombre es agarrado por el verdadero remordimiento debido a su contribución dañina a las heridas de su matrimonio, su vida tomará un cambio radical. Su antiguo orgullo empieza a rendirse bajo la forma de una nueva humildad que agrada a Dios. Y esta nueva humildad empieza a mostrarse de maneras significativas en la relación matrimonial.

El orgullo mueve al hombre a justificarse a los ojos de su esposa y aun a los de Dios. La autojustificación lo puede consumir. El orgullo no da la bienvenida a la poderosa y transformadora gracia de Dios. De hecho, invita la resistencia de Dios. Pedro enseña que “Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes” (1 Pedro 5:5).

Por la gracia de Dios, un esposo arrepentido *deja de jugar a la defensiva* contra su esposa. Al estar consciente de su propia pecaminosidad, se abandona en las manos de nuestro Dios de gracia.

El esposo arrepentido también *deja de jugar a la ofensiva* contra su esposa. Aún recuerdo esa dolorosa y frustrante interacción con mi esposa. Exasperado porque las cosas no salían como yo quería, finalmente exclamé: “¡No puedo ganar!”. Luego de unos segundos de silencio incómodo, ella preguntó: “¿Eso es lo que quieres? ¿Ganar?”.

El Señor usó esa pregunta de mi esposa para captar mi atención. ¿Cuál era mi objetivo? ¿Por qué estaba jugando a la ofensiva contra ella? ¿Qué quería lograr al apuntar persistentemente sus pecados contra mí? ¿Su santificación y la gloria de Dios? ¿O el convencerla de que “yo soy el bueno y tú eres mala”? El orgullo que busca su propia protección y

promoción hace mucho daño e invita la resistencia de Dios. Si queremos que nuestros matrimonios difíciles sean restaurados, debemos arrepentirnos de nuestro orgullo pecaminoso y dejar que la humildad haga su trabajo de suavizar nuestros corazones, nuestras palabras y nuestras acciones.

5. Vuelve a enamorar a tu esposa

Jesús llamó a la iglesia en Éfeso no solo a arrepentirse, sino que también les dijo: “Vuelve a practicar las obras que hacías al principio” (Apocalipsis 2:5). Este es un buen consejo para los esposos en matrimonios difíciles. ¿Recuerdas la primera vez que buscaste enamorar a tu esposa? ¿Cómo actuabas con mucho cuidado y decías cosas que ganaran sus afectos? Si en verdad te importa tu matrimonio herido, prepárate para volver a enamorar a tu esposa, a “volver a practicar las obras que hacías al principio”.

Tu esposa puede haberte herido, posiblemente severamente. El deseo pecaminoso de hacer que ella pague o que al menos sienta un poco del dolor que sientes que te causó puede ser sobrecogedor. Pero por la gracia de Dios, encomiéndate a ti y a todo tu dolor “a Aquel que juzga con justicia” (1 Pedro 2:23). En vez de permanecer en tu dolor, enfócate en hacer cosas amorosas y buenas por ella. El consejo de Romanos 12:21 puede ayudar a tu matrimonio herido: “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien”.

Cuando empieces a mostrarle y a expresarle tu amor, sé sensible a su posible cinismo, especialmente si ella te ha dicho cuán profundamente la has herido. Si te mueves demasiado rápido, ella puede responder con una náusea desde el alma, viendo tu cambio repentino y tus expresiones de amor inexplicables como algo hipócrita. Más bien, de manera gentil y sensible, muéstrale actos de amor y misericordia, aun si estas expresiones no son respondidas. En silencio y en humildad, pídele a Dios que restaure su corazón y sus afectos hacia ti.

6. Busca reconciliarte con tu esposa

Por la gracia de Dios, llegará un punto donde puedes tomar pasos definitivos hacia la reconciliación con tu esposa. Uno de esos primeros pasos de reconciliación sería el reconocimiento humilde del dolor que le has causado y el pedir su perdón por tus pecados de omisión y de acción contra ella. Algunas esposas nunca han escuchado a sus esposos confesar sus propios pecados. ¿Qué tal tu esposa?

La mayoría de los hombres son bastante ineptos en pedir perdón sinceramente. Por eso, nuestros intentos se ven superficiales y sin entusiasmo. Pudiéramos decir algo como: “Mira, perdóname si tal vez te ofendí. ¿Por qué no dejar lo pasado en el pasado y seguir adelante?”.

Quitemos todos esos condicionantes. Nada de *si* o *tal vez*. ¿Dónde está la petición desnuda y humilde de ser perdonados por esa esposa que claramente hemos ofendido?

¿Qué tal si mejor decimos algo como esto?: “Amor, el Señor me ha mostrado que he pecado contra ti y contra Él cuando yo dije (o hice) tal y tal cosa. Me doy cuenta de que en verdad te herí. Lo siento mucho. ¿Podrías por favor perdonarme?”.

Sin echar culpas. Sin defenderte. Hacer las cosas de esta manera expresa un deseo de hacerle frente a nuestro pecado y de expresar una petición humilde, no una demanda, de ser perdonado.

Es importante que no tratemos de lograr que nuestras esposas también confiesen su pecado. Cuán hipócrita sería nuestra confesión de pecado si luego le dijéramos a nuestra esposa con nuestras palabras o con nuestra actitud: “Listo, yo ya lo dije. ¡Te toca a ti! Pídeme perdón ahora por todas las veces que tú me heriste a mí”. Nuestra confesión de pecado y nuestra búsqueda de perdón no debe depender de que nuestras esposas respondan de la misma manera. Por supuesto, si nuestras esposas son humilladas por

el Espíritu Santo y responden con su propia confesión y buscando perdón, debemos darlo libremente. “Sean bondadosos y compasivos unos con otros —escribe Pablo— y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo” (Efesios 4:32).

Si aún no has buscado consejería bíblica para la restauración del matrimonio, este sería un excelente punto para tratar el tema con tu esposa. En la medida que el Señor hace Su obra de gracia al humillarnos, estamos más dispuestos a buscar ayuda de consejeros piadosos que puedan caminar con nosotros a través del arduo proceso de la reconciliación y de la restauración.

7. Descansa en la provisión del Señor

Es importante notar aquí la necesidad de descansar en la provisión de Dios en cuanto a tu matrimonio. El hecho de que el Señor ha quebrantado tu corazón, te ha humillado y te ha dado un deseo de ver tu relación renovada, no significa que tu esposa va a sentirse así de inmediato o aún en el futuro. ¿Qué harás si ella quiere salir del matrimonio? ¿Te vas a molestar con ella o con Dios porque Él no ha respondido tus oraciones?

Si bien tu esposa puede no llegar a ser suavizada en ese momento, y si bien puede no empatizar con tu quebrantamiento y arrepentimiento, puedes vivir una vida que agrade a Dios. Tu difícil matrimonio puede ser una herramienta usada por Dios –si bien dolorosa, pero aun en Sus manos soberanas– para acercarte a Él. Gary Thomas aconseja a hombres en esta dolorosa situación:

Un matrimonio difícil no significa una sentencia de muerte en una vida con propósito. Presenta diversos desafíos, sin duda, pero también provee maravillosas oportunidades para el crecimiento espiritual. Mira a tu matrimonio a través de este lente: ¿Qué estoy aprendiendo? ¿Cómo me está ayudando a crecer? ¿Qué me está haciendo esto desde una perspectiva eterna? Mira si eso no aligera tus cargas, al menos un poco. Y más importante aún, contrasta cómo tu matrimonio te acerca a Dios y forja en ti el carácter de Cristo con cómo tu matrimonio te acerca a un estado efímero de felicidad sin preocupaciones. Mira a tu situación a través del lente de la eternidad, el lente que utilizó el apóstol Pablo: “Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con Él, también tendremos parte con Él en Su gloria. De hecho, considero que en nada se comparan los

sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros” (Romanos 8:17-18).³

El sufrimiento es un regalo para nuestra santificación que muy pocos pediríamos y menos aún lo abrazaríamos. Pero Dios puede usar tu doloroso matrimonio para conformarte a la imagen de Cristo. “Ahora bien, sabemos que Dios dispone *todas las cosas* para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con Su propósito —nos enseña Pablo—. Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:28-29, énfasis añadido).

Si Dios te está llamando en este tiempo para vivir en un matrimonio donde tu amor por tu esposa está siendo restaurado, pero el de ella por ti no, entonces sostente fuertemente en tu Padre de gracia y pídele a algunos hermanos en quienes confíes que caminen contigo en esta ruta tan difícil. La gracia de Dios es suficiente. Esta es mi oración para todos nosotros:

Ven, Espíritu Santo. Trabaja en nuestras vidas como hombres humillados por Tu gracia. Enciende nuestros corazones y nuestros matrimonios una vez más con un amor por nuestras esposas que refleje a Cristo, que dependa de Cristo y que exalte a Cristo. Amén.

Apéndice D

Iniciando un grupo de rendición de cuentas para hombres

Siempre espero con ánimos que sean las 6:00 de la mañana los viernes. Así es. No las 6:00 de la tarde los viernes, de camino a casa, luego de una larga semana (¡aunque eso también es excelente!), sino las 6:00 de la mañana. Verás, ese es el momento cuando me reúno con cuatro hombres de mi iglesia para nuestro grupo semanal de rendición de cuentas. Por varios años, mis cuatro amigos más cercanos y yo nos hemos reunido en un restaurante para desayunar los viernes en la mañana con el fin animarnos unos a otros en nuestro caminar cristiano.

Ahora que la mayoría de nosotros ha entrado en el hermoso reino de ser abuelos, nos referimos a nosotros mismos como el grupo de “Los viejos para Cristo”. Si fueras a visitar nuestra mesa acostumbrada en la esquina de nuestro restaurante habitual, encontrarías avena, huevos, Biblias abiertas... ¡y océanos de café!

A lo largo de los años, esta banda de hermanos ha forjado y formado mi vida como cristiano. Si bien a veces nos llamamos como un grupo de rendición de cuentas, creo que somos más bien un grupo de ánimo. Nos ayudamos a seguir en el camino que lleva a la vida (Mateo 7:14). Con amor y firmeza empujamos al hermano que sentimos está desviándose hacia la incredulidad o hacia la desobediencia. Buscamos vivir el mandato de Hebreos 3:12-13: “Cuídense, hermanos, de que ninguno de ustedes

tenga un corazón pecaminoso e incrédulo que los haga apartarse del Dios vivo. Más bien, mientras dure ese ‘hoy’, anímense unos a otros cada día, para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado”.

¿Estás en un grupo como este? Con el tiempo, en la medida que te comprometes a caminar la vida cristiana con un grupo de hermanos, puedes experimentar bendiciones como estas:

- *Retroalimentación perspicaz.* Hermanos que te conocen bien pueden ayudarte a medir cómo estás espiritualmente. “Al necio le parece bien lo que emprende, pero el sabio atiende al consejo” (Proverbios 12:15).
- *Rendición de cuentas.* Hermanos que te conocen bien pueden ayudarte a rendir cuentas: a cumplir tus compromisos con el Señor, con tu esposa y con tu cuerpo local de creyentes. “El hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con el hombre” (Proverbios 27:17).
- *Ánimo.* Hermanos que te conocen bien pueden animarte a persistir en la medida que enfrentas dificultades en la casa, en el trabajo, en la iglesia y en la comunidad. “Más valen dos que uno, porque obtienen más fruto de su esfuerzo. Si caen, el uno levanta al otro. ¡Ay del que cae y no tiene quien lo levante!” (Eclesiastés 4:9-10).
- *Apoyo en oración.* Hermanos que te conocen bien pueden hablar con el Señor acerca de tus luchas, tus tentaciones y tus confesiones de pecado. “Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz” (Santiago 5:16).

Si estás en un grupo de rendición de cuentas como este, haz el compromiso y mantenlo. Puede ser una maravillosa bendición en tu caminar cristiano

en general y en tu matrimonio en particular. Si *no* estás en un grupo de rendición de cuentas, aquí te presento algunas ideas para organizar uno:

Primero, pídele al Señor que te dirija donde hombres con quienes Él quiere que inicies un grupo de hermanos. Entonces, empieza a buscar hombres cristianos que parezcan compartir tu deseo de crecer en tu caminar diario con Cristo. Busca hombres que sabes están comprometidos con Cristo, con Su Palabra, con la iglesia y con vivir en humildad y honestidad delante de su familia y amigos.¹

Pídele a estos hombres reunirse para explorar la posibilidad. Aparten un lugar y una hora que le sirva a la mayoría o a todos, aun si es bien temprano en la mañana. En esa reunión inicial, presenta tu deseo de rendir cuentas en tu propia vida y pídele a los otros que compartan sus intereses. Elijan un buen momento y lugar, y establezcan un formato básico. Pónganse de acuerdo con las reglas de honestidad, rendición de cuentas y confidencialidad.

Puede que se pongan de acuerdo en leer un libro juntos (como este mismo), para discutirlo en sus reuniones. Pero los grupos de rendición de cuentas no tienen que ser complicados ni requerir mucha preparación.

Como escribe Steve Farrar: “El propósito no es más que reunirse y ver cómo están. No hay otra agenda más que la honestidad. La discusión debe centrarse en cada hombre dar un reporte de sus disciplinas espirituales, su trabajo, su familia y cualquier otra cosa que los demás deban saber. Si tuviste un tiempo difícil con la tentación, déjalo saber. Si estás enfrentando una crisis personal en el trabajo o en la casa, déjaselos saber y pídeles su consejo y su oración”.²

Cuando tu grupo empiece a reunirse regularmente, con la ayuda de Dios, notarás una apertura y vulnerabilidad creciente el uno con el otro, un compartir confiado de gozos y luchas. Va a ser más fácil hacer preguntas

personales y responderlas honestamente. Puedes compartir la Escritura de manera grupal y orar unos por otros.

Hay mucho valor en caminar esta aventura de la fe con otros hermanos comprometidos con Cristo, ¡aunque eso signifique levantarse temprano cada mañana!

El escritor de Hebreos nos lanza este desafío: “No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino *animémonos unos a otros*, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25, énfasis añadido).

Reconocimientos

Si bien es mi nombre el que aparece en la portada como autor, reconozco en humildad que no soy más que uno de muchos que contribuyeron con este libro.

A principio de los años 80, mientras mi joven familia y yo asistíamos a una conferencia en Bluffton, Ohio, escuché al pastor Stu Latimer predicar un sermón sobre “Amar tu esposa como Cristo ama la iglesia”. Eso plantó la semilla de este libro. Gracias, Stu, por tu fidelidad en retarme como esposo joven.

Muchas personas proveyeron la oportunidad, el tiempo y el espacio para escribir este libro. Agradezco a Terry White y su equipo de BMH Books por preguntarme hace unos años si estaba listo para escribir otro libro. El ánimo que me dio para continuar creciendo en el ministerio de la escritura sigue dando fruto. Mi preciada familia espiritual, Christ’s Covenant Church de Winona Lake, Indiana, fue tan amable de darme una temporada sabática en honor de mi vigésimo quinto aniversario como pastor allí, dándome el tiempo para investigar y escribir. Gracias, ancianos y miembros, por su consideración. Mis suegros, Chuck y Ruth Rupp, mostraron una hospitalidad notable al permitirnos a Gladine y a mí vivir en su hermosa casa de verano a orillas del río Allegheny mientras escribía gran parte de este libro. Mi amado suegro partió ya, y lo extrañamos intensamente.

Un gran equipo de hermanas en Cristo hizo su mejor esfuerzo en tomar mis débiles intentos y mejorarlos a través de su lectura de corrección y sus consejos constructivos. Kate Harmon, Susan Hight, Kay Finley y mi esposa Gladine, todas sacrificaron de su tiempo para leer el primer borrador. Mi editora, Joyce K. Ellis, me entrenó para continuar perfeccionando mi escritura, en última instancia, sirviéndote a ti, el lector, para hacer este libro mucho más legible. ¡Gracias, hermanas!

Muchos hombres cercanos también me ayudaron a afinar mi pensamiento sobre el ministerio de cómo ser esposo. Los cuatro hombres en mi grupo de rendición de cuentas —Don Clemens, John Urschaltz, Rod Valentine y Bob Rex— cariñosamente conocidos como “Los viejos para Cristo”, me retaron fielmente y me animaron durante nuestros desayunos de los viernes mes tras mes. Gracias, amigos. Verdaderamente son hermanos fieles. Luego, a la hora del almuerzo, mi propio hijo, David, y mis nueros, Jake Barros y Josh Armstrong, procesaron conmigo los gozos y los retos de la vida matrimonial desde la perspectiva de su generación. Los amo, chicos, y me honro de tenerlos como “hijos”.

Quiero expresar mi gratitud de manera especial a mi amada esposa, Gladine, quien, irónicamente, sacrificó de su tiempo conmigo en este año para que yo pudiera escribir este libro para los esposos que quieren mostrar de una mejor manera su amor por sus esposas. Con el favor de Dios, su sacrificio va a beneficiar no solo a nuestro propio matrimonio, sino también los matrimonios de muchos hombres a quienes el Espíritu Santo ayudará a través de este libro. Gracias, Gladine. Te amo.

Lo más importante: reconozco humildemente que todos estos preciosos dones vienen de la mano de mi misericordioso y lleno de gracia Señor y Salvador. Él es infinitamente mejor que lo que puedo imaginar.

Notas

Introducción

- 1 Esta historia es una combinación de diversas situaciones de consejería que he experimentado como pastor. Los nombres de esta pareja y de otros individuos a lo largo del libro son ficticios para proteger la identidad de todo aconsejado.
- 2 Si estás estudiando este libro solo tú, o si todavía no has formado un grupo de rendición de cuentas, usa tanto las preguntas como los pasos de acción para tu reflexión y motivación personal.

1. El Esposo perfecto

- 1 D. M. Lloyd-Jones, *Life in the Spirit: An Exposition of Ephesians 5:18 to 6:9* [*La vida en el Espíritu: Una exposición de Efesios 5:18 a 6:9*] (Grand Rapids, MI: Baker, 1973), 184.
- 2 Harold W. Hoehner, *Ephesians: An Exegetical Commentary* [*Efesios: un comentario exegético*] (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2002), 775-776.
- 3 John Piper, “Lionhearted and Lamblike: The Christian Husband as Head, Part 1” [“Con corazón de león y como un cordero: el esposo cristiano como cabeza, parte 1”] un sermón basado en Efesios 5:21-33, predicado en Bethlehem Baptist Church, Minneapolis, Minnesota, el 25 de marzo de 2007.
- 4 El Dr. Hoehner nota que el ser cabeza en este contexto tiene que ver con autoridad más que con procedencia, como es presentado en ocasiones por los igualitarios. Escribe: “El liderazgo de Cristo es como el de Efesios 1:22, donde Él es ‘regidor’ o tiene ‘autoridad sobre’ la iglesia. Esto es justificado en Efesios 5:24 donde la sujeción de la esposa al esposo es comparada con la sujeción de la iglesia a Cristo... Que el esposo sea cabeza no denota ningún sentido de superioridad cualitativa sobre la esposa... El rol del esposo como cabeza es un poder de posición”, *Ephesians*, 739-740. Que Cristo sea cabeza es reforzado con el recordatorio de Su rol como Salvador de la iglesia.
- 5 Gary and Betsy Ricucci, *Love That Lasts* [*Amor que permanece*] (Wheaton, IL: Crossway Books, 2006), 36.
- 6 Charles Wesley, “And Can It Be That I Should Gain?,” [“Maravilloso es el gran amor”], 1738. Dominio público.
- 7 De hecho, estas dos palabras, *así como*, traducen en nuestras Biblias en español una sola palabra en el Nuevo Testamento griego, la palabra *kaqw,j*, una conjunción adverbial comparativa.
- 8 Alistair Begg, *Lasting Love* [*Amor que perdura*] (Chicago, IL: Moody Press, 1997), 143.
- 9 Bob Lepine, *The Christian Husband* [*El esposo cristiano*] (Ann Arbor, MI: Servant Publications, 1999), 167.
- 10 Lloyd-Jones, *Life in the Spirit*, 138.

2. Un amor predeterminado

- 1 Jim George, *A Man After God's Own Heart* [Un hombre conforme al corazón de Dios] (Eugene, Oregon: Harvest House, 2002), 66-67. Publicado al español por Editorial Portavoz (Grand Rapids, MI, 2013).
- 2 Lepine, *The Christian Husband*, 151.
- 3 Lloyd-Jones, *Life in the Spirit*, 139.
- 4 Lepine, *The Christian Husband*, 153.
- 5 Lee el libro de Oseas en el Antiguo Testamento. Ahí, Dios usa el amor de Oseas por su esposa infiel como una ilustración de Su propio amor por el Israel infiel.

3. Un amor sin par, parte 1

- 1 Otros pasajes que parecen distinguir a “Su pueblo” de la humanidad completa son Mateo 1:21; 25:31-34; 26:28; Juan 6:35-40; 10:11, 14-16, 17:19; y Hechos 20:28.
- 2 Begg, *Lasting Love*, 147.
- 3 Charles R. Swindoll, *Man to Man* [Hombre a hombre] (Sisters, OR: Multnomah, 1980), 95.
- 4 Dietrich Bonhoeffer, *Temptation* [Tentación] (Londres: SCM Press, 1964), 33.
- 5 John Ensor, *Doing Things Right in Matters of the Heart* [Haciendo las cosas bien en los asuntos del corazón] (Wheaton: Crossway, 2007), 48.
- 6 Steve Farrar, *Point Man* [El hombre clave] (Sisters, OR: Multnomah, 2003), 92.
- 7 Craig Peters, *Navigating Toward Home* [Navegando de camino a casa] (Mobile, AL: Evergreen, 2000), 108.
- 8 Nota cuántas veces los términos unos a otros o unos por los otros se usan en el Nuevo Testamento. La Biblia nos instruye a amarnos unos a otros, animarnos unos a otros, aceptarnos unos a otros, confesar nuestros pecados unos a otros, restaurarnos unos a otros, y mucho más. Si tienes algún software de estudio bíblico, o puedes hacer la búsqueda en el internet, busca estos términos. Los encontrarás docenas de veces.
- 9 Dos libros particularmente útiles en el desarrollo de la relación con tu esposa, incluyendo la apertura a la hora de compartir tus luchas y la confesión de pecados, son *Love That Lasts* [Amor que permanece] de Gary y Betsy Ricucci y *Cuando pecadores dicen: “Acepto”* de Dave Harvey.
- 10 Farrar, *Point Man*, 61.
- 11 Estos no son sus nombres reales.
- 12 Farrar, *Point Man*, 100.

4. Un amor sin par, parte 2

- 1 Farrar, *Point Man*, 59.
- 2 Begg, *Lasting Love*, 201.

- 3 Bill McCartney, *What Makes a Man?* [¿Qué hace a un hombre?] (Colorado Springs, CO: NavPress, 1992), 80.
- 4 El Salmo 32 también puede ser particularmente útil.
- 5 Farrar, *Point Man*, 65-66.
- 6 Farrar, *Point Man*, 69; énfasis añadido
- 7 Ver también Proverbios 7 para conocer más advertencias sobre el pecado del adulterio.
- 8 Roy B. Zuck (ed.), *Learning from the Sages: Selected Studies on the Book of Proverbs* [Aprendiendo de los sabios: estudios selectos sobre el libro de Proverbios] (Grand Rapids, MI: Baker, 1995), 217.
- 9 McCartney, *What Makes a Man?*, 61.
- 10 Derek Prince, *Husbands and Fathers* [Esposos y padres] (Grand Rapids, MI: Chosen Books, 2000), 32.

5. Un amor práctico

- 1 *Oxford Desk Dictionary* (Oxford University Press, 2003).
- 2 Lloyd-Jones, *Life in the Spirit*, 142–143.
- 3 Larry E. McCall, *Walking Like Jesus Did* [Caminando como lo hizo Jesús] (Winona Lake, IN: BMH Books, 2005), 110.
- 4 George, *A Man after God's Own Heart*, 82
- 5 Bill y Pam Farrel, *Marriage in the Whirlwind* [El matrimonio en el torbellino] (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1996), 24; énfasis añadido.

6. Un amor protector

- 1 Lou Priolo, *The Complete Husband* [El esposo completo] (Amityville, NY: Calvary Press, 1999), 184.
- 2 Thomas Watson, *The Godly Man's Picture* [La imagen del hombre piadoso] (Carlisle, PA: Banner of Truth Trust, 1992. Publicado por primera vez en 1666), 245.
- 3 Citado por Lepine, *The Christian Husband*, 42.
- 4 Farrar, *Point Man*, 214
- 5 Charlotte Elliott, “Tal como soy” 1835.

7. Un amor con propósito

- 1 Lepine, *The Christian Husband*, 42.
- 2 Lloyd-Jones, *Life in the Spirit*, 151
- 3 En *Ephesians: An Exegetical Commentary* [Efesios: un comentario exegético], el Dr. Harold Hoehner escribe que la idea de *presentar* que aparece en Efesios 5:27: “Puede entenderse técnicamente como ‘entregar’ a la novia tal como Pablo describe cuando se compara a sí

mismo con el ‘padre de la novia’ que presenta a la iglesia de Corinto como una virgen pura para su esposo, Cristo (2 Corintios 11:2)”, 758.

4 Lloyd-Jones, *Life in the Spirit*, 140, 177.

5 Watson, *The Godly Man’s Picture*, 245.

6 Una herramienta práctica que puede ayudarte a aprender más sobre este crucial tema de crecer en la semejanza de Cristo es mi libro *Walking Like Jesus Did* [*Caminando como lo hizo Jesús*]. Puedes pedir de manera directa con la casa editorial BHM Books, en www.bmhbooks.com, o por medio de diversos distribuidores.

7 John Piper, “Adam, Where are You?” [“Adán, ¿dónde estás?”], un sermón basado en Efesios 5:21-28, dado en Bethlehem Baptist Church (Minneapolis, MN, junio 17, 1984); énfasis añadido. URL: http://www.desiringgod.org/ResourceLibrary/Sermons/ByDate/1984/444_Adam_Where_Are_You
Recuperado el 8 de agosto de 2008.

8 John Piper, “Lionhearted and Lamblike”.

9 Farrar, *Point Man*, 145.

10 Lepine, *The Christian Husband*, 193.

11 Lepine, *The Christian Husband*, 117

12 George, *A Man after a God’s Own Heart*, 72.

13 Ricucci, *Love That Last*, 37.

8. Un amor proveedor

1 Andrew T. Lincoln, *Word Biblical Commentary: Ephesians* [*Comentario Bíblico Word: Efesios*] (Dallas, TX: Word, 1990), 380.

2 Hoehner, *Ephesians*, 768.

3 Watson, *The Godly Man’s Picture*, 244.

4 Hoehner escribe: “Es importante notar que en los versículos 28 y 29, o en el contexto completo, no hay otro mandato a amarse a uno mismo ni se afirma que amarse a uno mismo sea necesario para dos personas amarse mutuamente. Lo natural en el ser humano es amarse, nutrirse y protegerse a sí mismo”, 765.

5 Lloyd-Jones, *Life in the Spirit*, 215.

6 Ensor, *Doing Things Right in Matters of the Heart*, 147

7 Piper, “Lionhearted and Lamblike”.

8 Patrick Morley, *The Man in the Mirror* [*El hombre en el espejo*] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1997), 25.

9 Peters, *Navigating Toward Home*, 62.

10 Prince, *Husbands and Fathers*, 32.

11 Dean Merrill, *How to Really Love Your Wife* [*Cómo amar verdaderamente a tu esposa*] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1977), 49.

- 12 Lepine, *The Christian Husband*, 118.
- 13 Merrill, *How to Really Love Your Wife*, 40.
- 14 Priolo, *The Complete Husband*, 50.

9. Un amor con pasión

- 1 John Piper, “The Pleasure of God in the Good of His People” [“El placer de Dios en el bienestar de Su pueblo”], un sermón basado en Sofonías 3:1, dado en Bethlehem Baptist Church (Minneapolis, MN, 1 de marzo de 1987. URL: http://www.desiringgod.org/ResourceLibrary/Sermons/ByDate/1987/582_The_Pleasure_of_God_in_the_Good_of_His_People. Recuperado el 8 de agosto de 2008.
- 2 John Piper, “The Lord Will Rejoice over You” [“El Señor se regocijará sobre ti”], un sermón basado en Sofonías 3:14-17, dado en Bethlehem Baptist Church (Minneapolis, MN, el 25 de septiembre de 1982). URL: http://www.desiringgod.org/ResourceLibrary/Sermons/ByDate/1982/361_The_Lord_Will_Rejoice_over_You. Recuperado el 8 de agosto de 2008.
- 3 E. J. Young, *The Book of Isaiah*, Vol. 3 [*El libro de Isaías*] (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1972), 470.
- 4 Ensor, *Doing Things Right in Matters of the Heart*, 47.
- 5 Juan Calvino, *Commentary on the Book of the Prophet Isaiah*, Vol. 3 [*Comentario del libro del profeta Isaías*] (Grand Rapids, MI: Baker, 1979), 399.
- 6 Dennis & Barbara Rainey, *Rekindling the Romance* [*Reavivando el romance*] (Nashville: Thomas Nelson, 2004), 176.
- 7 Ed & Gaye Wheat, *Intended for Pleasure* [*El placer sexual ordenado por Dios*] (Old Tappan, NJ: Revell, 1977), 81. Publicado en español por Grupo Nelson (California, 2019)
- 8 C. J. Mahaney, *Sex, Romance, and the Glory of God* [*Sexo, romance y la gloria de Dios*] (Wheaton, MI: Crossway, 2004), 28. Publicado en español por Editorial Unilit (St. Medley, FL, 2006)
- 9 Mahaney, *Sex, Romance, and the Glory of God*, 28.
- 10 Ricucci, *Love that Lasts*, 117.
- 11 Mahaney, *Sex, romance, and the Glory of God*, 54.
- 12 Mahaney, *Sex, romance, and the Glory of God*, 56-57.
- 13 Mahaney, *Sex, romance, and the Glory of God*, 56.
- 14 Rainey, *Rekindling the Romance*, 224.
- 15 Rainey, *Rekindling the Romance*, 197.
- 16 Rainey, *Rekindling the Romance*, 220.
- 17 Mahaney, *Sex, romance, and the Glory of God*, 107.
- 18 Mahaney, *Sex, romance, and the Glory of God*, 105.
- 19 Mahaney, *Sex, romance, and the Glory of God*, 72.

20 Priolo, *The Complete Husband*, 173.

21 Merrill, *How to Really Love Your Wife*, 134.

22 David Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”* (Medellín, Colombia: Poema Publicaciones, 2014), 156.

23 Priolo, *The Perfect Husband*, 178

24 Cyril J. & Aldyth A. Barber, *You Can Have a Happy Marriage* [*Puedes tener un matrimonio feliz*] (Grand Rapids, MI: Kregel, 1984), 178-179.

10. Un amor que pide y ora

1 Lepine, *The Christian Husband*, 102.

2 C. J. Mahaney, *Humility: True Greatness* [*Humildad: grandeza verdadera*] (Sisters, OR: Multnomah, 2005), 20. Publicado al español por Editorial Vida (Nashville, TN, 2006).

3 E. M. Bounds, *Power Through Prayer* [*Poder a través de la oración*] (Chicago: Moody Press, 1985), 30.

4 Stormie Omartian, *The Power of a Praying Husband* [*El poder del esposo que ora*] (Eugene, OR: Harvest House, 2001), 26. Publicado en español por Editorial Unilit (St. Medley, FL, 2003).

5 Andrew M. Greeley, *Faithful Attraction* [*Atracción fiel*] (New York: Tom Doherty Associates, 1991), 189-190.

6 Squire Rushnell y Louise DuArt, *Couples Who Pray: The Most Intimate Act Between a Man and a Woman* [*Las parejas que oran: el acto más íntimo entre un hombre y una mujer*] (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2007), 9.

7 Rushnell & DuArt, *Couples Who Pray*, 9-22.

8 Begg, *Lasting Love*, 154.

9 Piper, “Lionhearted and Lamblike”.

10 Art Hunt, *Praying with the One You Love* [*Orando con quien amas*] (Sisters, OR: Multnomah, 1996), 69.

11 Hunt, *Praying with the One You Love*, 15.

11. Un amor que purifica

1 Hoehner, *Ephesians*, 756.

2 En vez de usar la conocida palabra griega *logos*, Pablo usa la palabra *rhema*. Frecuentemente, esta palabra se refiere a lo que es predicado más que escrito.

3 Para un estudio acerca de la semejanza a Cristo, ver el libro de este autor, *Walking Like Jesus Did*.

4 Para más información sobre este terriblemente olvidado ministerio donde los esposos y las esposas se ayudan mutuamente a lidiar con el pecado de una manera que está centrada en la cruz, que exalta a Cristo y que está saturada por la gracia, recomendando altamente el libro de

Dave Harvey *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*. Mi esposa y yo no hemos leído nada que se compare con este libro y que nos sea de tanta ayuda en cuanto a crecer en este ministerio el uno con el otro.

5 Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 87-89.

6 Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 11.

7 Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 80-81.

8 Lepine, *The Christian Husband*, 123.

9 Estoy en deuda con Harvey por recordarnos esta memorable metáfora extraída de la pluma del escritor puritano Thomas Watson. Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 12.

12. Un amor que perdona

1 Cuento esta historia con el permiso explícito de mi esposa.

2 *Diccionario de la lengua española*, 23va edición, entrada “perdonar” (2014). URL: <https://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=perdonar>. Recuperado el 6 de mayo de 2020..
Recuperado el 6 de mayo de 2020.

3 McCall, *Walking Like Jesus Did*, 87.

4 McCall, *Walking Like Jesus Did*, 87-88.

5 *Diccionario de la lengua española*, 23va edición, entrada “perdonar” (2014). URL: <https://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=perdonar>. Recuperado el 6 de mayo de 2020.

6 McCall, *Walking Like Jesus Did*, 87-88.

7 Lepine, *The Christian Husband*, 172.

8 Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 85.

9 Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 106.

10 John Piper, “Marriage: Forgiving and Forbearing” [“Matrimonio: perdonar y soportar”], un sermón basado en Colosenses 3:12-19, dado en Bethlehem Baptist Church (Minneapolis, MN, 18 de Febrero de 2007). URL: http://www.desiringgod.org/ResourceLibrary/Sermons/ByDate/2007/2000_Marriage_Forgiving_and_Forbearing. Recuperado el 8 de agosto de 2008.

11 Harvey, *Cuando pecadores dicen: “Acepto”*, 106.

12 McCall, *Walking Like Jesus Did*, 95.

13 Citado en Lepine, *The Christian Husband*, 180.

13. Un amor que persevera

1 Ver Watson, *The Godly Man’s Picture*, 241.

2 Begg, *Lasting Love*, 91-92

3 Charles Colson & Nancy Pearcey, *How Now Shall we Live?* [Y ahora... ¿cómo viviremos?] (Wheaton, IL: Tyndale, 1999), 323. Publicado en español por Spanish House Inc. (St. Medley, FL, 1999).

4 Priolo, *The Complete Husband*, 240–241.

5 Swindoll, *Man to Man*, 226.

6 Para conocer más sobre un estilo de vida de sufrimiento como el de Cristo, ver McCall, *Walking Like Jesus Did*, 65-73.

7 Nick Britten, “World’s Longest-Married Couple Clock Up 80 Years” [“La pareja casada por más tiempo registró sus 80 años”] en *Telegraph* (6 de febrero de 2005). URL: <http://www.freerepublic.com/focus/f-news/1414116/posts>. Recuperado el 8 de agosto de 2008.

14. Los desafíos y las recompensas de un amor como el de Cristo

1 Jay E. Adams, *Christian Living in the Home* [*La vida cristiana en el hogar*] (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing, 1972), 89.

2 Bryan & Kathy Chapell, *Each for the Other* [*El uno para el otro*] (Grand Rapids, MI: Baker, 2006), 84.

3 Ricucci, *Love That Lasts*, 42.

4 Ricucci, *Love That Lasts*, 23.

5 Ricucci, *Love That Lasts*, 25.

6 Mahaney, *Sex, Romance, and the Glory of God*, 30.

7 Chapell, *Each for the Other*, 16.

8 Mateo 25:21 parafraseado para los esposos.

Apéndice C. Para el hombre con un matrimonio particularmente difícil

1 Farrel, *Marriage in the Whirlwind*, 34.

2 Rainey, *Rekindling the Romance*, 297.

3 Gary Thomas, *Sacred Marriage* [*Matrimonio sagrado*] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2000), 152. Publicado en español por Editorial Vida (Grand Rapids, MI, 2011).

Apéndice D. Iniciando un grupo de rendición de cuentas para hombres

1 Iglesias con un ministerio fuerte de grupos pequeños se han beneficiado de hacer que sus grupos se reúnan tanto de forma “mixta” (hombres y mujeres juntos) como separada, intercalando estos sistemas de reuniones entre semanas. Por ejemplo, un mes de grupos pequeños podría ser así: hombres y mujeres se reúnen juntos las semanas 1 y 3. Solo las mujeres se reúnen la semana 2 y solo los hombres se reúnen la semana 4. Este plan les provee tanto a hombres como mujeres una rendición de cuentas específica para cada género al mes, y a la vez les permite tener un mismo grupo de amigos con los cuales relacionarse como parejas.

2 Farrar, *Point Man*, 119.